SERIE TENTACIÓN 2



# HE PECADO

VEGA MANHATTAN

# He pecado

# Serie Tentación 2

© Vega Manhattan

© Abril 2026

Imágenes: Freepik

Diseño de portada y maquetación: Vega Manhattan

Este libro y su contenido están protegidos por las leyes de derechos de autor. Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas de recuperación de información, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos) sin el permiso previo y por escrito de la persona titular de los derechos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

# NOTA DE LA AUTORA

Antes de que te sumerjas en estas páginas, me gustaría que supieras algo: esta no es una novela religiosa.

Aunque Zane vista de negro, esta historia no pretende entrar en debates teológicos, críticas a la Iglesia, ni tocar temas espirituales profundos. No busques aquí una crítica social ni una polémica religiosa, porque no la vas a encontrar.

Lo que tienes entre manos es, sencillamente, una historia de amor. Una historia sobre dos personas desastrosas, una niña que los pone a prueba y una atracción que no entiende de votos ni de leyes.

Si buscas controversia doctrinal, te has equivocado de libro; pero si buscas tensión, miedos reales y a un hombre descubriendo que su única fe tiene nombre de mujer, entonces bienvenida.

Aquí solo hay pasión, redención y la búsqueda de una familia propia. Todo lo demás son solo gajes del oficio.




## SERIE TENTACIÓN 2

# VEGA MANHATTAN

# Sinopsis

Un sacerdote.

Una abogada de éxito.

Y una niña de diez meses que pondrá sus vidas patas arriba.

Zane y Faith no se soportan, y lo último que deberían hacer es empezar a mirarse de esa manera… como si rendirse a la tentación fuera una buena idea.

Pero mientras intentan sobrevivir al caos, a la culpa y a un deseo tan inoportuno como imposible de ignorar, ambos descubrirán que lo verdaderamente peligroso no es lo prohibido, sino aquello a lo que ya no pueden seguir resistiéndose.

ÍNDICE

Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo
NOVELAS

«Lo más peligroso no siempre es lo prohibido, sino lo inevitable.»



# Introducción

Las tentaciones tienen muy mala fama, pero la verdad es que están injustamente tratadas.

Se habla de ellas como si irrumpieran en tu vida con cuernos, humo y una banda sonora siniestra, cuando en realidad suelen presentarse muchísimo mejor: bien vestidas, oliendo de maravilla y con una sonrisa que parece decir «tranquila, esto no va a arruinarte la vida… tanto».

Porque esa es la gran mentira de la tentación, nunca parece una catástrofe cuando aparece. Al contrario. Parece una idea excelente. Una oportunidad. Un pequeño desvío sin consecuencias. Un inocente «qué podría salir mal», frase que, históricamente, jamás ha sido el prólogo de una decisión sensata.

La tentación no grita. No empuja. No te obliga. La tentación susurra. Te habla con esa voz sedosa y perfectamente modulada que convierte el desastre en anécdota, el error en experiencia y el impulso más cuestionable del mundo en algo que, sinceramente, hasta te mereces un poco.

Y una parte de ti, la parte más peligrosa de todas porque además se cree inteligentísima, entra al juego encantada. Empieza a

negociar consigo misma como si esto fuera un debate serio y no una farsa montada para justificar aquello que ya tiene decidido hacer desde el primer segundo.

Que si solo esta vez. Que si por qué no. Que si tampoco es para tanto. Que si la vida son dos días y uno de ellos lo pasamos dudando.

Lo fascinante de las tentaciones es que casi nunca prometen felicidad. Prometen algo muchísimo más eficaz: emoción. Un poco de vértigo. La elegante posibilidad de estropearlo todo por algo que, en el momento exacto, parece maravillosa idea.

Y claro, el ser humano, que podrá tropezar cien veces con la misma piedra, pero siempre encontrará una forma poética de explicarlo, cae con una dignidad francamente conmovedora.

Esta historia trata, precisamente, de una de esas veces.

De una tentación de las que llegan sin pedir permiso, se sientan en el centro de tu cabeza y empiezan a sonreír como si ya supieran algo que tú todavía finges no saber.

Y, por supuesto, tenían razón.

Así que siéntate y ponte cómoda. Te prometo que valdrá la pena quedarse hasta el final.

# CONFESIONES

**Lunes a viernes: 18:30 - 19:30**

**Sábados:**
**12:00 - 13:00**

★ No se confesará a nadie fuera de horario



# Capítulo 1

Zane terminó de presionar los bordes de la cinta adhesiva sobre el cartel que acababa de pegar en la puerta de madera del confesionario.

Podría haberlo puesto en el tablón de anuncios de la entrada, pero ese tablón no lo leía ni Dios. Literalmente.

Así que optó por un folio amarillo chillón en una ubicación estratégica. Justo a la altura de los ojos, imposible de esquivar.

Se alejó un par de pasos para admirar su obra. Era claro. Conciso.

Y, sobre todo, necesario.

Porque Dios tendría tiempo y paciencia infinitos para escuchar los lamentos del rebaño, pero él no.

Lo único verdaderamente infinito en él era el hambre. Hambre de una doble con queso. Con extra de beicon. Con patatas fritas de verdad, de esas que llegan en un cuenco de papel con sal gruesa por encima y que hay que comer antes de que se enfríen porque después no son lo mismo.

Aunque frías también cumplían su función, Zane no era exigente cuando se trataba de llenar el estómago.

Un suspiro lo arrancó de su banquete imaginario y lo devolvió a la realidad. Zane giró lentamente la cabeza y miró a la mujer que estaba a su lado.

La señora Higgins estaba allí. Pequeña, menuda, con el pelo blanquecino recogido de cualquier manera, apoyada en un bastón ortopédico que solo usaba cuando quería dar lástima o abrirse paso en la cola de la carnicería. Llevaba el bolso de charol colgado del brazo como si fuera un arma reglamentaria y esa expresión que él ya conocía de sobra.

Cara de «necesito confesarme, padre, y no me voy de aquí hasta que me limpie la conciencia». Lo cual, viniendo de ella, podía significar cualquier cosa, desde un pensamiento subido de tono hasta haber deseado la muerte del vecino del quinto.

Aunque la primera opción era la más probable.

—Señora Higgins, qué alegría verla a estas horas.

La señora Higgins se volvió hacia él, entrecerrando los ojillos detrás de los cristales de las gafas.

—Si no fuera usted, padre, creería que lo que noto en su tono es un sarcasmo impropio de un hombre de fe —se santiguó rápidamente, casi como un acto reflejo defensivo—. Que el Señor me perdone por pensarlo.

Zane sonrió.

—Pero soy yo, señora Higgins, así que sabe que no es así.

Lo era.

Y ambos lo sabían.

—Pero dígame, ¿ha leído el cartel? —preguntó Zane, porque se lo estaba viendo venir. El folio amarillo no iba a frenarla.

La anciana se ajustó las gafas de pasta gruesa con un dedo y repasó el horario de arriba abajo, tomándose todo el tiempo del mundo.

—Un horario muy razonable para el pecador promedio —asintió con solemnidad.

—Razonable y, sobre todo, muy claro. Fíjese en la estrellita de abajo. La de…

Pero la anciana ya estaba en movimiento. Le dio la espalda con una agilidad pasmosa para alguien con bastón y cruzó el umbral del confesionario. Entró de lleno, ignorando la advertencia de la dichosa estrellita que él mismo había remarcado a conciencia con un rotulador negro.

Si es que lo sabía. Se había molestado en buscar celo por toda la sacristía para nada.

Zane suspiró. Si algo le había enseñado tantos años de sacerdocio era reconocer una batalla perdida. Así que arrastró los pies hasta la puerta contigua y tomó asiento al otro lado. Se encerró en su minúsculo y asfixiante compartimento con olor a cera vieja y deslizó la pequeña rendija de madera que los separaba.

—Ave María Purísima —murmuró, totalmente resignado a su cruel destino: morir de inanición en aquella silla.

—Sin pecado concebida.

—Adelante, señora Higgins, cuénteme. ¿Qué la trae hoy por aquí?

Zane intentó acomodarse en la silla como buenamente pudo. Estiró las largas piernas todo lo que el cubículo le permitió, que no era mucho.

—Padre, vengo a confesarme.

—Me hago una idea, sí.

Por supuesto, la señora Higgins ignoró el comentario por completo.

—Es grave.

Siempre era grave. No sabía cómo se las apañaba, pero la señora Higgins no tenía pecados normales y corrientes. Todo en su

conciencia era de una gravedad absoluta y apocalíptica.

Aquello iba para largo.

Como el día anterior. Y el anterior a ese.

Adiós a la doble con queso.

—La escucho.

—He vuelto a tener… ya sabe —bajó la voz hasta convertirla en un susurro ronco—. Pensamientos.

Sí. Zane, por desgracia, sabía.

—¿Como los que tuvo con el nuevo carnicero del supermercado? ¿Con el enfermero? ¿O los que tuvo con el repartidor de Amazon?

La lista de damnificados podía ser muchísimo más extensa y variada. Pero, sin duda alguna, esos tres lideraban el ranking de los recuerdos más traumáticos y perturbadores para Zane.

—¿Se acuerda del repartidor?

Cómo olvidarlo. Las descripciones anatómicas de la mujer sobre aquel fornido muchacho en pantalones cortos habían sido bastante detalladas.

—Vagamente —mintió.

—Ya no viene. Le cambiaron la ruta. Ahora me trae los paquetes otro chico. Uno bajito, con granos que parecen a punto de explotar en cualquier momento.

—Y carece de esos brazos, supongo.

—Supone bien, padre. No es lo mismo. Los de este otro son como alambres. No llenan la camiseta.

—Un auténtico despropósito anatómico.

La escuchó suspirar.

—Sí, padre. Pero no vengo por eso.

Pausa.

Zane esperó. Conocía perfectamente el ritmo de esa mujer. Sabía de sobra que ella necesitaba construir la escena paso a paso, dosificar la información y alcanzar el clímax narrativo con la precisión de una novelista de misterio a la que nadie le había explicado jamás que el género confesional no requería semejante nivel de suspense.

—Es por el señor Kowalski —soltó por fin.

—¿Arthur Kowalski? ¿El dueño de la ferretería de la esquina?

—Ese mismo.

Zane lo ubicó al instante. Setenta y bastantes años, viudo también de larga duración, portador de un bigote generoso y dueño de unas manos enormes, las de un hombre que se ha pasado la existencia entera apretando tuercas y tornillos. Iba a la misa de los domingos sin faltar uno solo y siempre dejaba caer un billete de veinte en el cesto de las limosnas.

Un buen tipo.

—¿Qué pasa exactamente con el señor Kowalski? —Zane se preparó para lo peor.

—Que me invitó a cenar.

Zane esperó a que llegara la parte terrible de la historia. La parte truculenta por la cual la señora Higgins necesitaba una absolución urgente, una penitencia severa y, muy probablemente, un exorcismo menor en toda regla.

Pero esa parte nunca llegó.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Zane, genuinamente desconcertado ante la absoluta falta de sangre o delitos mayores.

—A un restaurante italiano de los caros, de esos que te ponen manteles de cuadros rojos y blancos y velitas chorreando cera en el centro de la mesa.

—Me gusta la comida italiana —logró articular Zane, babeando mentalmente ante la imagen de un buen plato de pasta humeante.

—Pensé que le gustaban más las hamburguesas.

Zane soltó un quejido sordo. Su estómago secundó la moción emitiendo un rugido que retumbó en el habitáculo.

—Cuando tengo un hambre de este calibre no le hago ascos absolutamente a nada —reconoció, abandonando cualquier intento patético de disimulo sacerdotal.

—Como debe ser —la profunda satisfacción en la voz de la anciana.

Ella sabía perfectamente lo que era pasar penurias y hambre, y no soportaba bajo ningún concepto a la gente que desperdiciaba la comida. Ni a los tiquismiquis que se pasaban el día quejándose de los platos.

Precisamente por eso le caía tan bien el padre Zane. Ese hombre devoraba con ansia cualquier cosa comestible que le pusieran por delante.

De pronto se preguntó cómo tendría los brazos el sacerdote. Seguro que estaban estupendamente formados bajo tanta tela oscura. Una verdadera pena que con la amplitud de la sotana no se le apreciara ni un solo músculo en condiciones.

—¿A usted no le gusta la comida italiana? —preguntó Zane, ajeno por completo a la evaluación anatómica que estaba sufriendo en ese preciso instante.

—¡Soy viuda, padre! —exclamó ella, escandalizada.

Y repentinamente roja de vergüenza.

—Viuda, no monja de clausura, señora Higgins. Y, que yo sepa, las monjas también cenan en restaurantes italianos si se da la ocasión y alguien paga la cuenta.

—Pero desde luego no a solas con el señor Kowalski.

Touché. Ahí le había dado de lleno. La anciana tenía argumentos rápidos y letales.

—Las monjas hicieron unos votos de castidad inquebrantables ante el Señor. Creo recordar que usted no llegó a firmar ese contrato legal en ningún momento.

—No, desde luego que no; mi castidad actual no fue exactamente una decisión personal. Ay, mi pobre Harold… —suspiró la anciana con un tono cargado de dramatismo.

Ahí estaba el verdadero problema.

La mujer llevaba demasiados años echando de menos a un fantasma y acababa de descubrir, probablemente con un espanto absoluto, que una parte muy viva de ella quería dejar de hacerlo.

Y eso la aterrorizaba mucho más que cualquier repartidor con bíceps.

—Harold murió hace diez años, señora Higgins. Ya ha llovido bastante desde entonces.

—Once en mayo.

—Once en mayo —corrigió Zane rápidamente, ajustando el calendario fúnebre—. Usted lo quiso muchísimo.

—Mucho.

—Y él a usted.

—Más que a nada.

—¿Y qué cree que diría Harold si la viera ahora, encerrada en un confesionario, pidiéndole permiso a un cura para cenar con un hombre decente?

Silencio.

Zane notó perfectamente que la anciana sonreía en la oscuridad, aunque la madera le impidiera verla.

—¿Lo ve? Asunto arreglado.

—Pero la gente…

—La gente se aburre soberanamente, señora Higgins. Y cuando se aburre, opina de todo lo que pilla por delante.

—En eso tiene razón.

—Tengo razón en todo —sentenció él sin un solo ápice de modestia.

Ella rio por lo bajo.

Él no. Lo decía totalmente en serio y con pleno conocimiento de causa.

La anciana chasqueó la lengua.

—Hasta de usted opinan, padre.

Zane sabía que no debía preguntar.

—¿Y qué opinan exactamente? —preguntó, luciendo una sonrisa arrogante.

Porque la gente lo adoraba. Eso no era vanidad, era un hecho constatable. Desde que él estaba aquí la congregación había crecido. Tenía más feligreses que nunca y las cestas de las limosnas daban buena fe de ello.

—¿Además de que no sabe cantar los salmos?

A Zane se le borró la sonrisa.

—¿Perdón?

—Ay, ya sabe, padre. Dicen… cosas… —dejó la palabra flotando.

—Pues no, no sé. Ilumíneme.

—Que si es usted muy joven para ser cura.

—Bueno, eso no puedo negarlo bajo ningún concepto.

—Muy guapo para ser cura.

Zane sonrió un poco.

—También. Pero hay más curas guapos por el mundo.

—Que si es muy moderno…

—Ser cura no está reñido con el buen gusto —Zane sonrió un poco más, recuperando terreno y amor propio.

—Que si sonríe demasiado para ser cura…

Se le borró la sonrisa de golpe. Otra vez.

—¿Sonreír es un defecto imperdonable ahora?

—Para las del rosario de los jueves, sí. Dicen que un sacerdote no debería tener esos dientes.

Zane parpadeó, completamente descolocado y sintiéndose atacado en su higiene personal.

—¿Qué les pasa a mis dientes?

—Son muy blancos, padre. Eso genera desconfianza. Parece que va a vendernos un seguro en lugar de la salvación eterna.

De todas las cosas que había imaginado escuchar…

—Ah —no supo qué más decir para defender su impecable esmalte dental.

—Que usted… —intentó continuar la anciana, dispuesta a hundirlo en la miseria de los cotilleos parroquiales.

—No quiero saberlo —la interrumpió de forma tajante.

Había cosas que era muchísimo mejor no saber para mantener la salud mental intacta.

—Y a usted tampoco debería importarle lo más mínimo lo que digan las señoras del rosario. La opinión de la gente no paga las facturas, ni las revisiones del dentista, ni le hace compañía en las frías noches de invierno, ni la lleva a cenar a un italiano con velas chorreando cera.

La anciana guardó silencio, asimilando el golpe de realidad y la lógica aplastante del sacerdote.

—¿Y Dios? —preguntó, y la pregunta era sincera—. ¿Dios no pensará que estoy traicionando a Harold?

—Yo creo que, si Dios se tomó la tremenda molestia de ponerle al señor Kowalski en el camino después de once largos años, no fue para que usted le dijera que no.

Otro silencio. Más breve esta vez.

—¿Y la penitencia? —preguntó ella, aferrándose a las viejas costumbres.

Porque claro, sin un buen castigo el pecado no sabía igual.

—Póngase el vestido bueno. El azul, el que se puso en la misa de Pascua.

—¿Se fijó en el vestido? —el asombro en su voz fue tan genuino que Zane tuvo que morderse el interior de la mejilla para no reírse en voz alta.

—Señora Higgins, soy cura, no ciego. Vaya a cenar. Pida el vino caro, no se ande con miramientos con la cartera del pobre hombre. Y si el señor Kowalski resulta ser buen conversador, déjelo que la acompañe a casa tranquilamente.

—¡Padre! —exclamó ella, soltando un jadeo ahogado de puro escándalo.

—Hasta la puerta, señora Higgins. Hasta la puerta.

La escuchó suspirar de alivio al otro lado de la madera. Un suspiro largo y tembloroso que sonaba a pura liberación después de una década entera vistiendo de luto mental.

—Lo que pase después de cruzar el umbral de su casa es cosa suya y de Dios, y ninguno de los dos necesita que yo meta la nariz en esos menesteres.

—¡Padre! —exclamó de nuevo, sumamente escandalizada, aunque esta vez a Zane le sonó a puro teatro del bueno.

Seguramente la mujer ya estaba imaginándose lo que Zane no quería ni imaginarse bajo ningún concepto. Su cerebro de sacerdote se bloqueó automáticamente para evitar cualquier imagen gráfica de reumatismo y pasión otoñal.

El Señor le librara de semejante tortura visual.

—No he sido yo el que ha tenido… ya sabe… —Zane bajó la voz— Pensamientos.

La oyó reír. Una risa nerviosa, aguda y casi infantil, como la de una cría a la que acaban de pillar haciendo una travesura.

—Anda, vaya y diviértase, que no hemos venido al mundo para sufrir.

Zane acababa de soltar la penitencia más laxa de toda la historia de la archidiócesis. Una absolución exprés seguida de un empujón nada sutil hacia el disfrute mundano. Si el obispo tuviera un micrófono oculto instalado en el confesionario, lo degradaba a monaguillo antes de la hora de comer.

—Pero la Biblia…

—La Biblia, a veces, está sobrevalorada. Créame.

Lo decía el hombre que, por puro contrato divino, debía basar toda su existencia moral y laboral en ese preciso tomo de páginas ultrafinas.

—¿Usted cree?

—Lo creo, señora Higgins, lo creo.

La mujer procesó la herejía. Hubo unos segundos de mutismo absoluto en los que Zane casi pudo escuchar los engranajes de la culpa católica resquebrajándose uno a uno en la mente de la anciana.

—¿Sabe, padre? Me cae bien.

—Me alegro —sonrió.

—Mañana le cuento.

—O no, lo mismo he muerto de hambre —no estaba bromeando, necesitaba grasas saturadas de forma urgente.

Ella volvió a reír. Se levantó del reclinatorio de madera y se alisó la ropa con energía renovada.

—Gracias, padre. Y para lo que vale mi opinión, yo también creo que es usted demasiado todo para ser cura —hizo una pausa totalmente calculada para soltar la bomba final—. Pero esos pensamientos me los guardo para la próxima confesión.

Zane no tuvo más remedio que soltar una carcajada. Esa anciana era un peligro público en potencia.

—Vaya con Dios, señora Higgins.

—Y con Arthur —la oyó susurrar con una rebeldía deliciosa mientras abría su puerta.

Zane, todavía riendo por lo bajo, salió de su propio lado del confesionario. Se estiró la espalda entumecida y la observó alejarse por el pasillo central de la iglesia con una agilidad pasmosa que desmentía por completo cualquier uso real de aquel bastón ortopédico.

Y de frente venía, pisando fuerte y con el rosario en la mano, la señora Gallagher.

Zane miró el cartel amarillo pegado en la madera. No iba a servir de absolutamente nada y él lo sabía perfectamente.

Esa generación de ancianas devotas de la iglesia de San Patricio exigía tarifa plana cuando de hablar con Dios y de cotillear se trataba, y ningún folio amarillo con estrellita de advertencia iba a cambiar eso.

Se escondió detrás de la columna más cercana como buenamente pudo. Porque el Todopoderoso tendría el buzón de quejas abierto las

veinticuatro horas y oídos para todo el mundo, pero al padre Prescott se le había acabado el turno de atención al cliente.

¿Es que la gente se creía que los curas no tenían vida más allá de la iglesia?

Bueno, a ver, no es que la suya fuera exactamente frenética, pero tenía sus límites.

Y el hambre, por ejemplo, era uno de ellos. Un límite físico, real e irrefutable que el Todopoderoso en su infinita sabiduría había decidido no eximirle de padecer a pesar del alzacuellos.

Se asomó al pasillo. La señora Gallagher seguía allí, mirando alrededor, buscándolo.

Pues no iba a encontrarlo.

Zane salió por la puerta lateral. La que daba al callejón. No era la salida más digna para un sacerdote, pero era la más rápida, y Zane llevaba suficiente tiempo en este oficio como para haber dejado de lado ciertos escrúpulos en materia de dignidad cuando el estómago mandaba.

Salió a la calle, respiró el aire de Manhattan y puso rumbo a la hamburguesería. Fue entonces cuando el móvil vibró en su bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla.

Aceptó la llamada, se lo llevó a la oreja y se adelantó a cualquier saludo formal.

—No hago confesiones a domicilio ni fuera de horario.

—¿Ni por una doble XL con queso y patatas?



# Capítulo 2

—Una doble XL con queso y patatas no te va a comprar la absolución —dijo Zane, y se metió media hamburguesa de un bocado.

—Soy ateo.

—La coartada perfecta para ignorar el purgatorio y esquivar el cepillo de los domingos. Aunque a efectos prácticos, el Vaticano siempre deja la puerta abierta a los arrepentimientos de última hora cuando la cuenta corriente del pecador presume de tantos ceros. Por cierto, Rey Midas, tampoco ejerzo.

—¿Tengo cara de necesitar un abogado? —preguntó Cole a la defensiva.

Zane masticó despacio mientras estudiaba al hombre moreno de ojos grises que tenía frente a él.

—Y dos —dijo finalmente.

Cole resopló. Zane rio.

—Solo necesito a alguien con sentido común.

Zane miró hacia atrás, después miró de nuevo a su cuñado y se señaló a sí mismo.

—¿Yo? —sonrió ampliamente—. Claro que soy yo. Pero no mientras tenga hambre —volvió a pegarle un mordisco a la comida.

—Siempre tienes hambre.

—El estómago vacío es el mayor enemigo de la fe. Y de la diplomacia familiar.

—Jesucristo aguantó cuarenta días de ayuno en el desierto.

—Yo no soy Dios.

—Por fortuna —resopló Cole—. Necesito que hables con tu hermana.

—Es atea.

—Como hermano, no como sacerdote.

Zane se encogió de hombros.

—Tampoco es que me escuche.

—Necesito que alguien con un mínimo de autoridad le diga a tu hermana que está embarazada.

Zane masticó despacio.

—Ella lo sabe. Fue ella quien te lo dijo a ti.

—Zane…

—Cole…

—Esta mañana ha vomitado tres veces antes de desayunar y, cuando le he insinuado que quizás podía quedarse trabajando desde casa, me ha fulminado con la mirada como si le hubiese propuesto vender al bebé por piezas en el mercado negro.

El cura asintió comprensivo.

—Normal —dijo con la boca llena.

—¿Cómo que normal? ¿De qué lado estás?

—¿Cómo quieres que te mire? Sugerirle a Dakota que baje el ritmo por una simple cuestión fisiológica es como pedirle a Satanás que se ponga a tejer bufandas para los pobres. Una ofensa imperdonable y una burrada en toda regla.

—¿Burrada? —su cuñado no entendía nada—. ¡Que está embarazada, Zane! ¡EM-BA-RA-ZA-DA!

Zane se metió una patata en la boca. Le supo a poco, así que agarró un puñado generoso y repitió el proceso.

—Embarazada. Sí. El concepto lo domino —repitió.

Cole estaba a punto de arrancarse el pelo.

—¡Y se ha ido a trabajar! —elevó las manos al techo del local, buscando la paciencia que Dios no le estaba dando.

—¿Y qué esperabas exactamente? ¿Meterla en una burbuja de cristal blindado? Es Dakota, por el amor de dios. Si las monjas del colegio tenían que esposarla al pupitre para que se estuviera quieta cinco minutos seguidos.

—Normal que odie a las monjas —resopló Cole, pasándose una mano por la cara.

—Bueno —dijo Zane, rascándose la barbilla—. Es que Dakota…

El historial delictivo de su hermana en las instituciones religiosas daba para llenar tres tomos de derecho canónico. Había aterrorizado a novicias, desafiado a madres superioras y reescrito los diez mandamientos a su antojo antes de cumplir los doce años.

Pero al ver la expresión homicida que se estaba formando en el rostro de su cuñado, no terminó la frase.

Lo mismo si lo hacía, lo degollaba allí mismo con el cuchillo de untar.

Aunque, mirándolo con perspectiva, morir atragantado con una hamburguesa no era la peor forma de abandonar este mundo.

—No quiero tenerla en una maldita burbuja, joder. Solo quiero que se cuide un poco. No que se vaya a la oficina con las mejillas de color verde. ¡Verdes! De tanto vomitar en el retrete.

La imagen gráfica no era precisamente bonita ni apropiada para la mesa, pero desde luego eso no iba a quitarle el hambre a Zane. Habría hecho falta mucho más que un relato sobre náuseas matutinas para arruinarle la comida.

—Es completamente normal vomitar en el primer trimestre. Pasa en las mejores familias.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? —pero no lo dejó responder—. Claro que lo sabes. Me apuesto el alzacuellos, la sotana y la colecta entera del próximo domingo a que has arrasado con toda la sección de maternidad de la librería —se mofó de él, apuntándole con una patata a medio morder.

—Cállate.

—Como no dejes tu papel de neandertal controlador y sobreprotector, te va a mandar al carajo antes del segundo trimestre. Lo verdaderamente raro y milagroso es que no lo haya hecho ya.

Cole no dijo nada; apartó la mirada.

Zane rio.

—Ah, amigo. Pues sí que lo ha hecho.

—Solo me ha sugerido amablemente que me vaya a tomar el aire fresco. Y me ha echado de la oficina —suspiró—. Y soy el jefe.

Zane soltó una carcajada.

—Déjala trabajar. Fácil, ¿no?

—Tiene que cuidarse.

—Está embarazada. No enferma ni rota.

—¿Y si le pasa algo?

—Entonces estarás ahí. Como siempre —hizo una pausa para tragarse la penúltima patata—. Pero ahora mismo lo peor que le puede pasar es que su marido la trate como si fuese de porcelana.

—No podría soportarlo si le pasase algo —confesó Cole, sonando genuinamente aterrado.

Ahí estaba el gran Cole Vane. El terror de Wall Street, el tiburón financiero implacable, completamente agobiado y temiendo por la integridad de su mujer solo porque la había visto vomitar el desayuno.

Que no era una estampa agradable, a ver, resultaba bastante jodido, y a Zane tampoco le entusiasmaba precisamente ver a su hermana sufriendo de esa manera. Pero intentar enjaularla o sugerirle que se quedara pudriéndose del aburrimiento en casa no iba a ayudarla en absoluto.

—¿Y si pruebas a decirle exactamente eso a ella en vez de soltármelo a mí mientras intento terminar de comer? —sugirió Zane.

Cole levantó la vista y lo miró fijamente a los ojos.

Zane era su mejor amigo y ahora también ejercía de cuñado oficial. Era la persona en quien más confiaba en el mundo entero, con la única y obvia excepción de la propia Dakota.

—También estará asustada —dijo Zane, dejando las bromas a un lado por pura y simple piedad.

—Dakota no se asusta jamás —replicó Cole.

—Dakota es humana, Cole, por mucho que a veces nos cueste creerlo —Zane arrastró el cuenco de cartón por la mesa para rescatar la última patata frita sobreviviente—. Y ahora mismo tiene a una miniatura vuestra revolucionándole el sistema y haciéndole echar hasta la última papilla. Está aterrorizada. Pero ella no se encierra a llorar ni pide ayuda. Ya deberías saberlo.

Cole se frotó la cara con ambas manos, asimilando el golpe de realidad.

—¿Entonces qué demonios hago? ¿Dejar que vaya a la oficina a echar las tripas en la papelera de su despacho?

—Sí. Vas a ir a verla, vas a llevarle algo sólido que su estómago tolere y le vas a decir a la cara que estás exactamente igual de acojonado que ella. Vas a dejar de tratarla como a una niña pequeña. Pero hazlo desde una distancia prudencial, por si decide lanzarte la grapadora a la cabeza.

Cole esbozó media sonrisa y asintió despacio, visiblemente más aliviado.

—Distancia prudencial. Anotado.

—Bien. Y ahora, si me disculpas —Zane se limpió los restos de grasa de las comisuras con la servilleta de papel—, todavía me queda otra hamburguesa y el queso se está quedando helado. Lidiar con tus dramas matrimoniales requiere una barbaridad de energía.

Cole sacudió la cabeza, murmuró algo ininteligible sobre las arterias obstruidas y el inminente castigo divino por el pecado de la gula, y terminó abandonando el local de comida rápida para dejarlo a solas con su banquete.

Zane se tomó su tiempo. Ignoró cualquier ápice de decencia y devoró la segunda ración con la absoluta y rotunda devoción que merecía semejante milagro de la industria alimentaria.

Un buen rato después empujó la puerta de cristal y salió a la calle con el estómago lleno y el espíritu en paz.

Ahora sí. Ahora poseía la fortaleza necesaria para enfrentarse a todo. A los pecados imaginarios de la señora Higgins, a las crisis existenciales de su cuñado, a los misterios insondables del universo y a cualquier penitencia absurda que el obispo decidiera imponerle.

El hambre era el mayor obstáculo entre un hombre y su mejor versión. Alguien tendría que escribir un evangelio sobre eso.

Iba de camino a la iglesia cuando el móvil vibró en el bolsillo. Lo sacó y miró la pantalla.

Número desconocido.

Nada raro. La mitad de la ciudad tenía el suyo, pero él solo guardaba el de unos pocos.

Aceptó la llamada mientras cruzaba la plaza.

—¿Diga? —contestó con voz neutra.

—¿Zane Prescott?

—El mismo.

—Buenos días, señor Prescott. Soy Rebecca Hill, del bufete Whitfield & Hill. ¿Lo pillo en mal momento?

Whitfield & Hill. Uno de los despachos más elitistas, despiadados y obscenamente rentables de toda la ciudad. Los socios que ocupaban aquellas oficinas con vistas panorámicas le habían puesto un cheque en blanco sobre la mesa cuando…

De eso hacía ya mucho tiempo.

Y él acabó detrás de un altar, que es una forma muy distinta y bastante peor pagada de escuchar a la gente mentir.

—¿En qué puedo ayudarla, letrada? ¿Se ha saltado algún mandamiento y necesita confesión urgente?

—¿Perdón?

Qué poco sentido del humor.

—¿En qué puedo ayudarla? —repitió.

—¿Conoce usted a Daniel y Jessica Keller?

Zane asintió con la cabeza. Eran amigos, aunque hacía algunos años que no se veían.

—Sí. Claro que sí.

Silencio al otro lado. Medio segundo de más. Y medio segundo de más, en boca de una abogada que cobraba la hora a precio de oro, nunca era buena señal.

Era la pausa dramática previa a una catástrofe.

—Señor Prescott, lamento comunicarle que…

Zane ya sabía lo que iba a escuchar.

—¿Cómo ha sido? —la interrumpió.

—Un accidente de tráfico.

Se persignó como acto reflejo.

—Lo siento mucho, señor Prescott. Sé que no es fácil escuchar algo así por teléfono, pero necesitaría verle en persona lo antes posible.

—¿Me han encargado el funeral?

—Eh… —una pausa larga— No exactamente.

Hubo otra pausa.

—Tenían una hija.

¿Una hija? Zane no sabía que habían sido padres. El tiempo los había distanciado tanto que se había perdido ese capítulo de sus vidas.

¿Pero qué tenía que ver él con la hija…?

No, espera. No habrían sido capaces de…

Zane sintió un frío repentino que le recorrió los brazos. Su cerebro de abogado encendió todas las alarmas rojas de forma simultánea.

—Hay una menor en situación de desamparo, señor Prescott.

No.

No podía ser lo que estaba pensando, ¿verdad? El Todopoderoso no podía tener un sentido del humor tan sumamente retorcido.

—Y usted figura en su testamento como tutor legal.

¡¿Perdón?!



# Capítulo 3

Momentos antes, en el bufete Whitfield & Hill…

—¡¿Qué yo qué?!

No era eso lo que Faith esperaba escuchar cuando Rebecca Hill, la hija de uno de los socios fundadores del bufete, y también su jefa, la llamó a su despacho.

—Entiendo que todo esto te pueda parecer… —la mujer de mediana edad movió la mano en el aire, buscando la palabra adecuada.

Faith le ahorró el esfuerzo lingüístico.

—¿Una putada?

Porque eso era exactamente lo que era.

Una putada, y de las gordas. Una emboscada diseñada para dinamitar su impecable, estructurada y milimetrada existencia.

Aunque a ver, si iba a ser honesta consigo misma (y Faith Ashford era muchas cosas, pero no se mentía a sí misma), su existencia no era ni impecable ni estructurada ni, por asomo, milimetrada.

Era, en el mejor de los casos, un desastre.

Pero aquello seguía siendo una putada enorme.

—Un… inconveniente —zanjó Rebecca, deslizando los documentos por la mesa hacia ella.

—Lo de «inconveniente» es quedarse muy corta —resopló Faith, cogiendo los papeles—. Hacía años que no los veía, más de una década. No entiendo por qué yo... Tiene que haber algún tipo de error. Un cruce de datos, una errata del notario, lo que sea.

Empezó a leer.

—A veces la gente confía más en los recuerdos que en el presente —respondió Rebecca, empleando ese tono diseñado específicamente para no alterar a los clientes al borde del colapso mental—. El testamento es firme y legal. Se te nombra como una de las tutoras legales de la menor.

¿Por qué iban a nombrarla a ella como una de las tutoras legales de nadie?

No tenía sentido ninguno.

Entonces su mirada encontró el otro nombre en el papel. El coautor de aquella inminente tragedia doméstica.

—¡¿Zane Prescott?! —exclamó entonces, quedándose blanca.

Ay, señor. Le iba a dar un soponcio ahí mismo.

—¿Lo conoces? —preguntó Rebecca, alarmada por su repentino cambio de color.

—Claro que lo conozco. Y tú también. Media ciudad sabe quién es su familia. Es el hermano de Dakota Prescott, la directora de comunicación de Vane & Co.

Rebecca frunció el ceño, procesando el organigrama empresarial a toda velocidad.

—¿La mujer de Cole Vane?

Faith asintió con la cabeza.

—¡¿El cura?! —soltó Rebecca, perdiendo de golpe toda su impecable compostura de abogada de éxito.

—El mismísimo representante local del Altísimo en persona.

—Oh…

Un sacerdote y ella.

Un sacerdote católico y una abogada adicta al trabajo que consideraba un éxito personal rotundo sobrevivir a la semana sin provocar un incendio en su propia cocina.

La alianza resultaba tan absurda que rozaba la ciencia ficción.

Faith soltó una carcajada irónica.

—No tengo instinto maternal. No tengo plantas de interior vivas. Ni siquiera tengo cactus vivos, que se supone que son indestructibles. Los míos amenazan con secarse por pura negligencia —hizo una pausa—. Mi mayor logro en el terreno de la responsabilidad afectiva es recordar qué día pasa el camión de la basura.

Estaba perdiendo la compostura. Aunque tampoco necesitaba mucho para perderla.

—¡Y el hombre con el que se supone que debo coordinarme para mantener con vida a un ser humano responde directamente ante el Vaticano!

—Lo del sacerdote es preocupante —murmuró Rebecca, aferrándose al pragmatismo legal e ignorando olímpicamente el inminente colapso nervioso de su compañera—. No pueden adoptar, ¿no? Todo ese rollo de los votos y el celibato se lo impide por sistema.

Faith soltó el documento en la mesa y suspiró pesadamente.

—Si es así, Zane Prescott nos lo aclarará.

Vio a su compañera fruncir el ceño.

—Es abogado —aclaró Faith.

—Oh… —la rubia abrió los ojos un poco, tratando de ubicar el nombre en algún listado del colegio de abogados.

—Pero no ejerció demasiado tiempo.

—Ohhhh —los abrió mucho más al encajar por fin las piezas del puzle—. Ese Prescott.

—Ese mismo.

—Tendré que avisar a mi padre —una sonrisa pequeña y satisfecha asomó en la comisura de sus labios—. Al fin logrará verlo sentado en esta sala de juntas, aunque sea en calidad de cliente forzoso y con sotana.

Zane Prescott había facturado las horas justas en el frente civil para que su leyenda siguiera provocando sudores fríos en todos los despachos de Manhattan. Todo el mundo recordaba qué clase de letrado había sido frente a un estrado durante su fugaz y despiadado reinado.

De los mejores. Sin ningún tipo de duda. Un manipulador nato, un estratega brillante y un rival absolutamente letal para la parte contraria.

Pero, en un giro dramático de los acontecimientos que hoy en día seguía traumatizando a los cazatalentos de la ciudad, el gran prodigio prefirió cambiar los trajes a medida por la bendición apostólica, y no miró atrás ni una sola vez.

Faith nunca lo entendió. Semejante desperdicio de talento, de ambición y de pura capacidad de facturación le resultaba casi ofensivo.

Claro que nunca entendía absolutamente nada de ese hombre. Ni su absurda renuncia al éxito, ni su ego desmedido camuflado de falsa humildad, ni, sobre todo y por encima de todo lo demás, el

misterio genuinamente incomprensible de por qué le caía bien a tanta gente cuando, en las distancias cortas, era un individuo soberbio e insoportable de primera categoría.

Se obligó a centrarse.

Tenía un problema logístico mucho más urgente entre manos. Uno que, por desgracia, también lo involucraba a él.

—¿Qué edad tiene la niña?

—No vas a poder matricularla en un elitista internado suizo y solucionar el problema a base de talonario.

Faith la miró con cara de «jamás se me había pasado eso por la cabeza, ¿cómo te atreves a insinuarlo». Sostuvo la expresión aproximadamente tres segundos y luego suspiró.

—Vaya por Dios —dijo, genuinamente apenada consigo misma.

Porque sí que lo había pensado. Había sido el primer pensamiento. El segundo también. Probablemente el tercero.

Rebecca rio. Si es que la conocía demasiado bien.

—Tiene diez meses.

¡Diez meses!

—¿Ni siquiera habla?

—Imagino que no articula frases complejas. Como mucho emitirá sonidos incomprensibles y exigirá cosas a gritos.

—¿Ni camina?

—A lo mejor se arrastra por el parqué con oscuras intenciones destructivas. Pero caminar erguida, lo dudo bastante.

Faith dejó escapar un gemido lastimero.

—Es un bulto frágil, irracional y extremadamente ruidoso que requiere atención constante, alimentación especializada y cuidados intensivos para no morir por asfixia con cualquier objeto minúsculo

que encuentre a su alcance. Y los encuentra todos, no te quepa duda —explicó Rebecca, con el conocimiento que le aportaba ser madre de tres.

—No estás ayudando —resopló Faith.

—Créeme, no hay ayuda terrenal ni divina ante algo así —Rebecca lo sabía perfectamente—. Aunque siempre puedes deshacerte del marrón y dejar que asuntos sociales se encargue del papeleo y de la niña. Tú que puedes.

La mujer que lucía un traje sastre inmaculado, un peinado esculpido con laca resistente a huracanes y una capa de maquillaje blindado que costaba más que el alquiler de un piso céntrico, pareció haber envejecido diez años de golpe con ese simple suspiro.

—Hay quienes no podemos.

—Existe el preservativo, la píldora y todo un arsenal farmacéutico diseñado específicamente para evitar este tipo de tragedias orgánicas, ¿sabes? La ciencia lleva décadas trabajando en ello.

Rebecca enarcó las cejas.

—Pues a ti te han ayudado más bien poco.

Zasca.

Faith abrió la boca. La cerró. No tenía respuesta para eso, y las dos lo sabían perfectamente.

—Mi vida no está estructurada bajo ningún concepto para albergar o cuidar de nadie. Joder, si ni siquiera sé cuidar de mí misma —Faith se pasó una mano frenética por el pelo—. Anoche vomité al comerme un yogur. Llevaba caducado dos semanas. Y era lo único comestible que quedaba en mi nevera. Eso y un trozo de tomate que ya había desarrollado su propio ecosistema de moho.

Rebecca arrugó la nariz.

—Eres una abogada y una mujer de éxito. No tienes por qué ser una madre. Nadie te culparía por no aceptar, Faith. No has pedido

nada de esto —dijo con seriedad.

No, estaba claro que no había pedido nada de eso.

Su instinto de supervivencia le gritaba que firmara la renuncia allí mismo. Que alegara incompetencia alimentaria severa, incapacidad emocional documentada y tal vez algún trastorno inventado con nombre en latín, y que saliera corriendo del despacho sin mirar atrás ni una sola vez.

Y sin embargo…

—¿Dónde está?

—¿La niña? —Faith asintió con un movimiento seco—. Con servicios sociales.

Lo normal. El protocolo estricto para menores sin familia directa localizada. Un laberinto estatal de trabajadores sociales sobrepasados, despachos grises y expedientes interminables.

—Tampoco tienes que tomar una decisión ahora. Lo que sí tengo que hacer por imperativo legal es avisar al otro tutor y explicarle la situación —anunció Rebecca.

Faith lo sabía. Entendía la dinámica, conocía el procedimiento de memoria y sabía perfectamente que lo correcto, lo profesional y lo sensato era levantarse, marcharse a su propio despacho y dejar a su jefa trabajar en estricta privacidad.

Pero ella era parte involucrada en aquel desastre en ciernes. La coprotagonista forzosa. La otra mitad de aquella ecuación absurda.

Así que no se movió ni un centímetro.

Rebecca la miró. Evaluó la situación. Puso los ojos en blanco, cogió el teléfono y marcó el número.

El número de Zane Prescott.

Y puso el manos libres.

Un tono.

Dos.

Tres…

—¿Diga? —contestó una voz al otro lado.

Profunda, tranquila, con esa cadencia pausada de quien no tiene prisa por nada porque ha depositado su agenda en manos de una entidad superior.

Faith resopló en cuanto la escuchó.

—¿Zane Prescott?

—El mismo.

—Buenos días, señor Prescott. Soy Rebecca Hill, del bufete Whitfield & Hill. ¿Lo pillo en mal momento?

Tardó un momento en responder.

—¿En qué puedo ayudarla, letrada? ¿Se ha saltado algún mandamiento y necesita confesión urgente?

Faith puso los ojos en blanco.

Rebecca parpadeó un par de veces, descolocada ante semejante nivel de insolencia pastoral.

—¿Perdón?

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Conoce usted a Daniel y Jessica Keller?

—Sí. Claro que sí.

—Señor Prescott, lamento comunicarle que…

—¿Cómo ha sido? —la interrumpió.

Era listo, eso nunca se había sometido a debate.

—Un accidente de tráfico. Lo siento mucho, señor Prescott. Sé que no es fácil recibir algo así por teléfono, pero necesitaría verle en persona lo antes posible.

—¿Me han encargado el funeral?

Faith miró al techo.

Pidió paciencia.

A quien fuera. A lo que fuera. Al universo en general y a ningún destinatario en particular, porque era una atea convencida que consideraba los domingos como un día extra para revisar demandas pendientes.

—Eh… No exactamente —hubo una pausa—. Tenían una hija.

Y Faith sonrió. Una sonrisa pequeña, involuntaria y absolutamente despiadada al notar cómo Zane Prescott, el hombre que tenía respuesta para todo, se había quedado completamente sin palabras.

—Hay una menor en situación de desamparo, señor Prescott.

Silencio.

Porque se lo estaba viendo venir, claro que se lo veía venir, y Faith casi podía escuchar el sonido exacto de sus conexiones neuronales colapsando en tiempo real, intentando procesar la llegada inminente de responsabilidades incompatibles con la paz del Señor.

—Y usted figura en su testamento como tutor legal.

—¡¿Qué yo qué?!

Faith soltó una carcajada, no pudo evitarlo.

*Bienvenido al club, Prescott.*



# Capítulo 4

Zane no era un hombre que soliese quedarse sin palabras.

Tenía labia. Siempre la había tenido. Y la sotana, lejos de quitársela, se la había afilado. Porque si algo te enseñaba el sacerdocio era que las palabras importaban.

Que había que saber elegirlas. Que, en el momento adecuado, una frase bien colocada podía cambiar el rumbo de una conversación, calmar a una persona al borde del abismo o, en su caso, sobrevivir a una confesión de cuarenta minutos sobre un bolígrafo robado sin perder la compostura ni el sentido del humor.

Por eso no terminaba de entender qué demonios estaba pasando en su propio cerebro en ese preciso momento.

La abogada había terminado de hablar hacía ya un buen rato y él seguía ahí sentado, sin saber qué decir.

Y eso que había tenido tiempo de sobra para asimilarlo. Varias manzanas enteras recorridas a pie desde que colgó el teléfono. Tiempo más que suficiente para que el cerebro procesara, ordenara y llegara a algún tipo de conclusión racional.

En cambio, había invertido ese tiempo en convencerse de que tenía que haber un error. Un fallo tipográfico garrafal firmado por un

notario con prisa. Un cruce de expedientes. Una broma del colegio de abogados con un sentido del humor cuestionable.

Algo.

Cualquier cosa.

Porque joder, él…

—Soy cura —dijo finalmente.

Lo dijo como si esas dos palabras lo explicaran todo.

Y lo explicaban. Vaya si lo explicaban.

—Nadie se había dado cuenta —resopló Faith, sentada a su lado, inyectando una dosis de sarcasmo porque no hacía falta explicarlo, el alzacuellos hablaba por sí solo.

—Los difuntos también lo sabían y ¡mira tú! —exclamó Zane.

Se pasó una mano por el pelo castaño rojizo; todo aquel asunto lo estaba superando por completo. Lo cual ya era decir, porque Zane Prescott no era de los que se dejaban superar fácilmente por nada.

Pero tener a Faith allí al lado, respirando su mismo aire, ocupando su mismo espacio vital y siendo parte fundamental e igualmente horrorizada del problema, no estaba ayudando en lo más mínimo.

Tener a Faith cerca nunca lo ayudaba en lo más mínimo.

—Lo siento —dijo, haciendo un esfuerzo visible por recomponerse —. No suelo perder la paciencia así.

—Sí que lo haces —bufó Faith, desmontando su teatro al instante —. Conmigo no tienes paciencia. Nunca la has tenido.

Él giró la cabeza hacia ella, despacio.

La miró. Realmente la miró. Sus ojos verdes grisáceos, grandes y almendrados. Su nariz recta y fina. Su boca, esa boca que...

—Contigo —enfatizó, marcando bien la diferencia—. Eres la excepción.

—Vaya por Dios.

—No uses el nombre de Dios en vano.

—¿No es precisamente eso lo que haces tú? —contraatacó ella, manteniéndole la mirada.

Ese hombre no lograría, bajo ningún concepto, que ella apartase los ojos primero.

Quería hacerlo, eso sí. Joder si quería.

Sostenerle el pulso visual a Zane Prescott exigía una cantidad de energía absolutamente ridícula. Sus ojos eran intensos. Siempre la miraban con esa fijeza que parecía escanearle hasta las malas intenciones que todavía no había formulado.

Y la ponía nerviosa.

Un detalle fisiológico lamentable y humillante que Faith se negaba en rotundo a analizar. Su pulso se aceleraba por pura y simple indignación.

Por la situación. Por el estrés acumulado. Por la cafeína del tercer café de la mañana que le estaba haciendo cosas cuestionables al sistema cardiovascular.

Obviamente.

No por ninguna razón biológica.

A ver, porque él no era guapo. En absoluto. No poseía una de esas perfectas mandíbulas que parecen talladas a mano, ni presumía de esa presencia masculina tan irritantemente magnética. Y desde luego no era el hombre más absurdamente atractivo de todo el maldito estado que, además, por una crueldad que Faith todavía no había terminado de perdonarle al destino, también resultaba ser cura.

No. Por supuesto que no era por nada de eso.

Zane, en cuanto notó que ella desviaba por fin la mirada, volvió a centrarse en lo verdaderamente importante. Aquella locura.

Releyó el párrafo en cuestión por tercera vez, por si acaso la tercera revelaba algo distinto que las dos anteriores.

«…designamos al señor Zane Prescott y a la señorita Faith Ashford como cotutores legales de nuestra hija, con la obligación de asumir conjuntamente dicha responsabilidad y de cuidar, proteger y proveer para el bienestar de la menor…»

No. Él no era la persona indicada para esto. Lo sabía con la misma certeza con la que sabía cualquier otra cosa.

Y aunque quisiera, tampoco podría.

Y no quería poder.

Eso también.

—Joder —murmuró, y se pasó la mano por el rostro, agotado.

—¿Los sacerdotes pueden decir tacos? —preguntó Rebecca, extrañada.

—Él sí —dijo Faith, arrastrando las palabras con el cansancio vital y profundo de quien lleva demasiados años conociendo las infinitas y cuestionables licencias morales de ese individuo en particular.

—Yo sí —confirmó Zane exactamente al mismo tiempo.

Faith miró a Rebecca con una cara que lo decía todo.

—¿Ves? Con curas como él, normal que existamos los ateos.

—Y curiosamente te llamas Faith —rio Zane.

Faith lo fulminó con la mirada.

—Por desgracia, yo no elegí mi nombre —dijo ella, sosteniéndole la mirada—. Tú, en cambio, sí elegiste ser un embustero. Igual que ahora estás eligiendo dejarme tirada.

Él la miró, perdiendo de golpe cualquier rastro de humor.

—Algún día me gustaría entender por qué me odias tanto.

—Yo no te…

Zane la interrumpió.

—Supongo que no soy el único embustero de la sala.

Silencio.

Rebecca los miró a los dos. Luego miró el espacio entre los dos. Luego volvió a mirarlos. Y archivó mentalmente todo lo que acababa de observar en una carpeta que tenía el rótulo de «asuntos que no son de mi incumbencia, pero resultan tremendamente elocuentes».

—No soy experta en derecho canónico, padre Prescott —dijo por fin, recuperando el tono profesional—, ni estoy al tanto de las responsabilidades civiles que puede aceptar o rechazar un sacerdote en activo. Pero entiendo que su condición complica bastante, por decirlo con suavidad, la posibilidad de aceptar este nombramiento.

Sí. Así era.

—El Código es muy claro al respecto.

—Un clérigo no tiene prohibido adoptar —intervino Faith.

Zane la miró.

—La Iglesia, y yo —el «yo» lo dijo de una manera que Faith catalogó mentalmente como «retintín clerical de primera categoría»—, podríamos desmontarte eso con bastante facilidad. No nos prohíbe hacernos cargo de un familiar cercano, faltaría más. Pero sí establece con bastante claridad que un clérigo no puede asumir responsabilidades civiles que interfieran de manera sustancial con el ejercicio de su ministerio. Una tutela requiere disponibilidad constante y estabilidad doméstica que un sacerdote en activo difícilmente puede garantizar. Es una obligación permanente. Decisiones médicas, escolarización, vivienda, presencia. No es compatible con lo que soy ni con lo que se espera de mí.

—¿Y si el juez no lo considera un impedimento suficiente? —preguntó Faith.

—No basta con que un juez civil no lo vea como tal —esta vez la miró de reojo antes de volver a dirigirse a Rebecca—. La jurisdicción civil puede declararme apto para una tutela. Lo que no puede hacer es dispensarme de mis obligaciones clericales ni obligar a la Iglesia a tratar esa decisión como irrelevante. Son planos distintos y paralelos, y en el mío, asumir una tutela sin permiso y sin consecuencias sencillamente no existe como opción.

—Entonces, aunque civilmente pudiera hacerse, eclesiásticamente seguiría teniendo consecuencias —resumió Rebecca.

Zane asintió con la cabeza.

—No soy un ciudadano libre, letrada. No mientras siga vistiendo este alzacuellos.

No era una excusa. Era la realidad.

Y una mierda. Eso era.

Porque Zane sabía perfectamente lo que implicaba su rechazo. Sabía de sobra cómo funcionaba el sistema de protección de menores. Si ninguno de los dos firmaba ese documento, la niña pasaría directamente al sistema de acogida. Acabaría en un centro de menores o, con mucha suerte, dando tumbos entre familias temporales que la tratarían como lo que era para el sistema: un expediente más en una carpeta.

Conocía el procedimiento al dedillo. Lo había vivido de cerca.

La imagen le revolvía el estómago. El remordimiento ya se hacía notar.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Entonces deja de vestir ese maldito alzacuellos —soltó Faith—. ¡Si ni siquiera crees en Dios!

—Faith Ashford —la advertencia en la voz de Rebecca.

—Lo siento —dijo ella, sonando a que no lo sentía en absoluto—. Pero no puedes obligarme a hacer esto, Zane —le advirtió.

—¿Yo? ¿Obligarte a ti? —replicó él.

—¡Pues claro que tú!

—¿Qué tengo yo que ver en esto?

—¡Mucho! No puedes dejarme el marrón a mí sola y marcharte tan tranquilo con tu sotana y tu conciencia intacta.

—Yo no te estoy dejando con ningún marrón —se defendió, manteniendo el tipo con una calma que a Faith le resultaba físicamente irritante—. Estoy exponiendo una realidad canónica y civil que existe independientemente de lo que tú o yo queramos.

—¡Estás rechazando su custodia con la excusa de que eres cura!

—¡Soy cura! —la calma se resquebrajó—. No es una excusa, es lo que soy.

—¿Y lo de ayudar al prójimo qué, solo cuando te conviene? Qué buen cristiano estás hecho, Prescott —la ironía en su voz.

Zane enarcó las cejas muy despacio.

—¿Y tú? ¿Qué excusa ibas a poner tú?

El contraataque fue limpio y preciso.

Zane no se reconocía en absoluto cuando estaba con ella. Y eso le resultaba desconcertante.

Faith Ashford tenía una habilidad única, casi un don si no fuera tan molesto, para sacar a relucir la versión de él que menos le gustaba reconocer.

—Yo al menos no voy a desvincularme alegando que visto sotana —escupió Faith.

—Porque no la vistes —remató él.

Con cuatro palabras le dejó claro que la calaba. Que sabía exactamente lo que estaba haciendo, que llevaba rato rastreando a la desesperada cualquier fisura legal por la que escapar, y que la

única diferencia entre los dos en ese momento era que él tenía una excusa y ella todavía estaba buscando la suya.

—Tampoco soy experta en derecho canónico, Zane, pero estoy absolutamente segura de que podría encontrar fallos en tu sagrada normativa —amenazó Faith—. Y aunque no las hubiera, eres sacerdote. Se supone que eres el último ser humano sobre la faz de la tierra que dejaría desamparada a una menor huérfana, ¿no?

Zane sonrió.

No fue la sonrisa cálida y compasiva del sacerdote. Fue algo más.

—Eso es un golpe bajo, letrada.

Faith asentía con la cabeza, sin un gramo de remordimiento.

—Menos bajo que lo que te mereces.

Rebecca, al notar el silencio que se instauró mientras se miraban, decidió intervenir.

—Puedo darles un momento a solas si lo necesitan.

—No —dijeron los dos a la vez.

Y respiraron profundamente, intentando calmarse antes de cometer un asesinato doble en primer grado en la misma sala de juntas.

—Como supongo que saben los dos —Rebecca los miró a ambos alternativamente—, un testamento no es, de por sí, la aceptación ineludible de una custodia. Son personas libres —señaló a Zane—. Bueno, ya me entiende. Pueden tomar las decisiones que consideren convenientes. Nada, legalmente, los ata a esa niña si no es estrictamente lo que desean.

Ambos lo sabían. Conocían la ley, conocían los resquicios del sistema, conocían exactamente los pasos que habría que dar para desvincularse del asunto en menos de una hora y volver a sus respectivas vidas como si aquello no hubiera ocurrido.

El problema era que tener la salida de emergencia abierta de par en par no la hacía más fácil de cruzar.

Rechazar la custodia sobre el papel era un trámite burocrático de cinco minutos. Reconocer en voz alta, mirándose el uno al otro, que iban a dejar a una menor completamente sola en el sistema de acogida del Estado requería un nivel de frialdad que ninguno de los dos poseía.

La trampa moral era perfecta.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó entonces Zane, rindiéndose a la necesidad de conocer al desastre.

—Tiene diez meses. Y se llama Emma.

Emma. Tenía nombre. Ya no era un problema logístico ni un párrafo incómodo en un documento legal ni una menor en situación de desamparo.

Era una niña real, de diez meses, que en ese momento estaba sola y rodeada de extraños sin entender absolutamente nada de lo que estaba pasando a su alrededor.

Pero aun así…

Zane abrió la boca.

—Lo siento, de verdad, pero no puedo…

—Yo me haré cargo de ella —lo cortó Faith.

Él la miró.

—¿Tú? —una sonrisa pequeña asomó a sus labios—. Si no te gustan los niños.

—Tampoco me gustas tú y mira, aquí estoy, aguantándote.

Zane sonrió un poco más.

Y le dio un poco más de caña porque le apetecía.

—Ni siquiera puedes cuidar de ti misma, Faith, por el amor de Dios. ¿Cómo pretendes cuidar de una niña?

—¿Y tú qué sabes de mi vida? —estaba indignadísima—. Puede que no sea su mejor opción, pero no la dejaré tirada.

Él sabía perfectamente que Faith no haría algo así, y se sentía aliviado por ello.

Podía no soportar su actitud el noventa y nueve por ciento del tiempo. Podía perder la paciencia con ella de maneras que no reconocía en ningún otro contexto de su vida.

Pero Faith era buena gente.

Nunca se lo diría, claro. Pero lo pensaba.

—Tú, mejor que nadie, sabes lo que es verte solo.

Sí, lo sabía. Pero, por suerte, él tuvo a Dakota para sobrevivir a aquello.

—Vaya, supongo que, muy en el fondo, tienes corazón —lo intentó de nuevo, buscando la sonrisa.

No llegó.

Joder, nunca acertaba con esa mujer.

—Firma la renuncia, Zane —Faith miró entonces a su jefa—. Aceptaré la tutela de Emma.



# Capítulo 5

En mitad de la sala aguardaba el comité de bienvenida.

Una mesa baja sepultada bajo juguetes de plástico, una asistente social equipada con la clásica carpeta de rigor y una colorida manta extendida sobre el suelo.

Y en el epicentro exacto de esa manta, sentada, luciendo un calcetín puesto y otro dado por desaparecido en combate, había una niña.

Emma Keller tenía diez meses, el pelo castaño claro alborotado, los ojos marrones enormes y la boca manchada de una sustancia viscosa que en algún momento había sido una galleta.

Y en ese preciso instante estaba destrozando la cabeza de un muñeco de goma con sus encías.

Faith había sobrevivido a juicios que duraban semanas. A clientes que llamaban a las dos de la madrugada para cambiar de opinión sobre cosas que habían tardado meses en decidir. A socios que convertían cada reunión en un ejercicio de resistencia psicológica.

Pero había algo en la imagen de aquella cría, tan pequeña y tan absolutamente ajena a lo que su mera existencia estaba a punto de

hacerle a su vida, que le produjo un pánico profundo, primitivo y completamente irracional.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?

En serio. ¿Qué hacía ella en ese lugar? ¿En qué momento exacto había tomado la decisión de aceptar esa locura?

Podría haberse levantado, haber firmado la renuncia y haberse marchado.

Como haría cualquier persona razonable.

Como hizo Zane.

—¿Señorita Ashford?

Faith parpadeó y centró la mirada en la asistente social. Una mujer de cuarenta y tantos años, moño, ojeras de fondo permanente y una expresión que combinaba la amabilidad profesional con el cansancio existencial de quien lleva dos décadas viendo exactamente esa misma cara en exactamente ese mismo umbral y ya no necesita preguntar qué están pensando.

—Eh… Buenas tardes —logró articular Faith, sin moverse un solo milímetro del marco de la puerta.

—Buenas tardes. Pase, por favor —la mujer señaló la silla frente a ella—. Tenemos bastante papeleo que firmar antes de que se la lleve.

Papeleo. Faith podía con el papeleo. El papeleo era su idioma nativo, su zona de confort absoluta, el único terreno en el que se sentía completamente invencible e imbatible. Firmaba documentos complejos con los ojos prácticamente cerrados. Había leído contratos de doscientas páginas repletos de cláusulas abusivas sin pestañear una sola vez. Había encontrado errores en escrituras que tres notarios distintos habían dado por perfectas.

Los papeles significaban control.

Algo que estaba a punto de perder en ese momento porque Emma la miró. Faith también la miró.

Emma la seguía mirando sin parpadear.

Nadie dijo nada. Principalmente porque una de las dos todavía no sabía hablar y la otra había olvidado temporalmente cómo se hacía.

—Es muy tranquila —comentó la asistente social, con el tono de quien intenta vender un piso con gotelé—. Llevamos dos días con ella y apenas ha llorado.

—Entiendo… —dijo Faith.

No. No entendía. No tenía el menor marco de referencia para saber si un bebé que no lloraba era una señal excelente, una señal preocupante o simplemente un bebé.

Pero imaginó que el silencio tenía que ser bueno. Que llorando sería peor. Que había cosas más alarmantes que una niña tranquila sentada en una manta destrozando un muñeco de goma.

Aunque aquello no era suficiente para dejar de cuestionarse su decisión. Ni de lejos.

Pero era algo, ¿no?

—Pase —insistió la asistente.

Faith, que seguía petrificada en el umbral, como si hubiera visto al mismísimo diablo en pañales, se obligó a entrar en la sala de una vez; tomó asiento.

—Es una niña muy buena —sonrió la mujer—. Duerme bastante bien para su edad. Come sin problemas. Le está saliendo el tercer diente, así que muerde todo lo que encuentra a su alcance. Le recomendaría que guardase los objetos de valor.

Faith miró su bolso. El bolso de cuero italiano, artesanal, que había tardado ocho meses en poder permitirse y al que seguía tratando con el respeto reverencial que merecía.

Bajó la vista hacia Emma.

Emma había abandonado los restos babados del muñeco de goma y estaba examinando el cuero con una expresión que Faith no supo interpretar del todo pero que no le gustó nada.

Se aferró al asa con ambas manos. Por si acaso.

—¿Empezamos con el papeleo? —preguntó la asistente, dejando frente a Faith una pila de documentos.

El trámite del papeleo fue lo de menos. El verdadero terror psicológico llegó justo después...

—A ver —dijo la asistente social—. Rutinas de alimentación. Cada tres horas, ni más ni menos, o el mundo se acaba. Las papillas, por consistencia, que a esta edad el estómago no perdona. El biberón a treinta y siete grados exactos, se lo comprueba en la muñeca, no en la mano —hizo una pausa para respirar—. Las señales de alerta médica están aquí subrayadas en rojo, son las importantes, las otras son las que le van a quitar el sueño sin necesidad. El pediatra se llama el doctor Lee, ya está al tanto, tiene su número ahí —otro papel—. Lista de lo que necesita comprar antes de esta noche. No mañana. Esta noche —la miró por encima de las gafas—. ¿Me sigue?

Faith no había seguido nada a partir del biberón a treinta y siete grados.

—¿Puede repetirlo? —dijo, poniendo el móvil sobre la mesa con la pantalla hacia arriba y la grabadora ya activada—. Tranquilamente, si es posible.

La asistente social miró el móvil. Luego la miró a ella. Enarcó las cejas.

—¿Tiene experiencia previa con bebés? —preguntó con una expresión que daba a entender que ya sabía la respuesta.

Faith sostuvo la mirada con toda la dignidad que pudo reunir, que en ese momento no era mucha, pero era la que había.

—Ninguna en absoluto.

La asistente no pareció sorprendida. Ni siquiera levantó la vista del todo. Anotó algo en la carpeta con la tranquilidad de quien lleva años esperando exactamente esa respuesta.

—¿Tiene a alguien que la ayude de forma activa? ¿Pareja, familia cercana, algún tipo de apoyo logístico?

Faith pensó en Zane Prescott. En su alzacuellos, en su Código Canónico y en la cara de alivio mal disimulada con la que había firmado la renuncia mientras ella se hundía sola en ese sillón de cuero caro.

—No —dijo.

La asistente volvió a escribir algo. Probablemente estaba cumplimentando el formulario de inhabilitación inmediata como ser humano responsable. O solicitando una segunda opinión psiquiátrica.

Cualquiera de las dos opciones le parecía razonable.

—Mire —dijo la mujer, dejando el bolígrafo sobre la mesa—. Nadie sabe lo que hace al principio. Nadie. Ni siquiera los que ya tienen hijos, y los que dicen que sí mienten o no recuerdan bien. Así que no se preocupe demasiado por no saber. Preocúpese si no pregunta.

Faith la miró.

—¿Y a quién se supone que debo preguntar exactamente?

—Al pediatra. A Google. A cualquier madre que conozca —hizo una pausa—. Y a mí, si hace falta —le tendió una tarjeta—. Aquí tiene mi número. No para emergencias reales, que esas son el 112. Para las otras.

—¿Las otras?

—Las de las dos y cuarto de la madrugada cuando la criatura lleva cuarenta minutos llorando sin causa aparente, usted ha agotado todas las opciones que conoce y alguna que ha improvisado sobre la

marcha, y se está planteando seriamente si la ventana del salón es una salida viable —recogió los papeles con calma—. Esas.

—Eso no es tranquilizador.

La asistente social la miró con cara de «¿y de verdad espera que algo de todo esto lo sea?»

Faith guardó la tarjeta en el bolso.

Cuando terminaron con el último formulario, la mujer se levantó, cruzó la sala y recogió a Emma de la manta. Luego se volvió hacia Faith y se la tendió.

Faith miró a Emma.

Emma miró a Faith.

Las dos procesaron la información disponible.

—Cójala —dijo la asistente.

—Sí —dijo Faith—. Claro. Un momento.

No movió un solo músculo.

—Señorita Ashford…

—Estoy procesando.

La mujer esperó.

Faith extendió los brazos despacio, con la rigidez de alguien que no ha sostenido nada verdaderamente frágil en toda su vida adulta, y recibió a Emma con la delicadeza de quien sujeta algo que podría explotar ante el mínimo error de cálculo.

Emma la observó desde esa distancia, tomándose su tiempo. Luego tomó una decisión. Alargó la mano. Encontró el pelo de Faith. Y tiró hacia abajo con una precisión y una fuerza desproporcionadas para alguien que solo llevaba diez meses en el mundo.

—¡Ay! —se quejó Faith.

Emma sonrió. Le asomaban dos dientes diminutos y perfectos, y en su expresión había algo que, con el debido respeto, se parecía demasiado a la satisfacción.

Luego abandonó el pelo y se centró en el segundo botón de la chaqueta.

—Eso es Chanel —le informó Faith.

Emma tiró más fuerte.

—Emma, no.

Emma la miró. Luego volvió al botón.

Faith suspiró.

¿Todavía podía arrepentirse y salir corriendo?

—Tome, sus cosas —la asistente le tendió una bolsa de tela azul marino— Ropa, juguetes, documentación médica —señaló la sillita que había en el rincón—. Y eso. Del centro. Puede quedársela hasta que compre la suya. Las pertenencias de sus padres están siendo inventariadas. Lo que corresponda a la niña, ropa, juguetes, objetos personales, se lo haremos llegar en cuanto termine el proceso. Puede tardar unos días.

Faith miró la bolsa de tela azul marino. Todo lo que Emma tenía en el mundo en ese momento cabía en una bolsa de tela.

—Va a estar bien, señorita Ashford —dijo la mujer, con una sonrisa comprensiva en sus labios.

Faith asintió porque no se le ocurrió nada mejor que hacer, y porque si abría la boca en ese momento no estaba segura de lo que podría salir.

Cogió la bolsa. Cogió su bolso. Cogió la sillita. Y salió del centro con el paso de alguien que tiene absolutamente todo bajo control.

No tenía nada bajo control. Absolutamente nada. Ni un solo elemento de los que acababan de entregarle.

En la acera, el coche que había pedido la esperaba. El conductor bajó, evaluó la situación en silencio, instaló la sillita en el asiento trasero con una eficiencia que Faith envidió, y sujetó la puerta abierta para que pasaran.

Abrochar aquel laberíntico arnés le llevó a Faith cuatro agónicos minutos.

Había redactado contratos mercantiles en menos tiempo.

El conductor esperó. Sin emitir un solo comentario, sin soltar el más mínimo suspiro y, sobre todo, sin juzgarla por el espejo retrovisor. Era un hombre sabio, o un hombre bien pagado. Que, a fin de cuentas, venía a ser lo mismo.

Cuando el coche por fin arrancó, Emma se giró hacia la ventanilla. Los ojos enormes y muy abiertos, la boca formando una o perfecta, la mano regordeta apoyada en el cristal.

—Bah —dijo Emma, señalando algo indeterminado en el exterior.

—Sí —dijo Faith, que no tenía la menor idea de qué estaba señalando.

Ni de cómo iba a sobrevivir a las próximas veinticuatro horas, ni a las siguientes, ni a ninguna de las que venían detrás.

—Vamos a casa.

Emma se giró a mirarla y le dedicó la sonrisa de los dos dientes. Faith sintió que algo se le apretaba en el pecho.

Dios mío. ¿En qué lío se había metido?

Había tomado una decisión sin ni siquiera pararse a pensar. Sin listas de pros y contras, sin llamar a nadie para que la convenciera de que era una idea terrible, sin dormir tres noches mirando al techo. Solo había abierto la boca y las palabras habían salido solas.

Y ahora ese pequeño ser con criterio destructivo dependía de ella.

Podría con ello, sí. Había sobrevivido a cosas peores.

Trabajaría desde casa hasta que encontrara una niñera, o una guardería, o algún tipo de solución logística que todavía no tenía, pero que existía en algún lugar. Porque tenía que existir.

Y podría con ello.

La niña era tranquila, según la asistente. Dormía bien, según la asistente. Solo mordía cosas de valor sentimental e irremplazable, eso ya lo había comprobado ella misma, pero era un detalle menor.

Manejable. Todo era manejable si se le dedicaba el enfoque correcto.

Sí. Ella podría. Ella siempre podía con todo. Llevaba toda la vida pudiendo sola con todo y no había ninguna razón objetiva por la que una niña de diez meses fuera a ser la excepción.

Ninguna razón en absoluto.

El móvil vibró en su mano. Lo miró.




Faith bufó. La cara dura del hombre, en serio.

Firmaba su renuncia con alivio mal disimulado y encima tenía el descaro de hacerse el interesado.

18:11



CAPULLO CON SOTANA

¿Emma ya está contigo?

¿Cómo ha ido?

¿Todo bien?

Como si te importara.



# Capítulo 6

¡Pues claro que le importaba!

¿Cómo demonios no iba a importarle?

Llevaba días dándole vueltas al asunto. Días enteros con Emma acampada en un rincón del cerebro que no traía botón de apagado, y con la puñetera respuesta de Faith haciendo eco en un rincón todavía más molesto.

«Como si te importara.»

Que no pudiese hacerse cargo de Emma por su situación era un tema logístico y canónicamente distinto al de si le importaba o no.

¡Por supuesto que le importaba!

Era humano, joder. Empático. Buena gente, que conste en acta.

A la vista estaba. Daniel y Jessica habían confiado en él para hacerse cargo de su hija si ellos faltaban.

Sí, un absoluto sinsentido porque sabían perfectamente que él no podría, pero esa no era la cuestión. La cuestión era que confiaban en él; sabían que podían hacerlo.

Porque a él le importaba el prójimo.

Era cura, por el amor de Dios, pues claro que le importaba la gente.

Y Emma era gente. Ergo, le importaba.

Y no poder cuidar de ella no significaba desaparecer del mapa. No significaba que Emma dejara de existir para él solo por haber firmado un dichoso papel.

Las cosas no funcionaban así. Él no funcionaba así.

Por eso se había ofrecido a ir con Faith a recoger a la niña. Y bueno, a ayudarla en lo que buenamente pudiera.

No. Esa fue toda la respuesta de la abogada del demonio.

Zane cogió el móvil. Lo soltó. Lo volvió a coger, tecleó la pregunta, la releyó y la borró de golpe al ver la hora. Era demasiado temprano para escribirle, ¿no?

Sí. Podría despertar a la cría.

Porque estaría dormida, ¿verdad? ¿O acaso el insomnio infantil había hecho acto de presencia?

Ante la duda, dejó el aparato boca abajo sobre la mesita.

¿Pero estarían bien? ¿Cómo demonios llevarían esas cuarenta y ocho horas?

Se pasó una mano por el pelo, exasperado, y se quedó clavando la vista en el techo.

«Como si te importara.»

Le importaba. ¡Pues claro que le importaba!

Se levantó. Era temprano. Demasiado temprano para cualquier ser humano con la conciencia tranquila y sin la primera misa de la mañana asignada.

Se vistió en automático, moviéndose por la minúscula habitación con la inercia de la rutina. Pantalones oscuros, camisa oscura. Y el alzacuellos. Se abrochó la tira blanca frente al pequeño espejo del

baño, mirándose fijamente a los ojos. El maldito trocito de plástico rígido que le había servido de escudo antibalas legal en el despacho de Rebecca Hill y que, de repente, parecía apretarle en la garganta bastante más de la cuenta.

¿Y las madrugadas? ¿Y las comidas? ¿La estaría alimentando en condiciones?

A ver, a Faith no le gustaban los niños, eso era un hecho empírico, pero tampoco era idiota.

Insoportable un rato largo, sí; tonta, en absoluto.

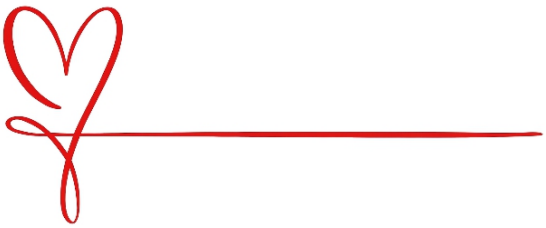
Zane soltó un bufido, reajustándose el tirante cuello de la camisa y apartando por fin la vista del dichoso espejo.

Tenía tantas preguntas a las que dar respuesta… Y la primera, la que encabezaba la lista con luces de neón, era: ¿estaría Emma bien?

¡Joder!

Lo de que civil y canónicamente estuviera libre de toda responsabilidad sonaba de maravilla en la acústica de un despacho blindado.

Pero la puñetera realidad era otra.



La misa de la tarde fue bien.

O eso le dijeron después, porque Zane no estaba del todo seguro de haber estado presente en ningún momento relevante. Su cuerpo había recitado, respondido y bendecido por pura inercia. Porque su

cabeza había estado en otro sitio completamente distinto durante la mayor parte del servicio.

Concretamente, en un apartamento de Manhattan que no conocía, con una niña de diez meses que tampoco conocía y una abogada que, por desgracia, conocía menos de lo que le gustaría.

No porque quisiera conocerla para nada en específico. Solo quería entenderla. Su hostilidad hacia él, sobre todo. Porque Faith Ashford era la única persona en el mundo que no cedía a sus encantos. Nunca lo había hecho.

Y él no entendía por qué. Y para entenderlo, tenía que conocerla. Pero conocerla de verdad, porque en realidad no sabía mucho de ella.

Sabía que no le gustaban los niños. Sabía que se había hecho cargo de un marrón del que él se había desecho.

Con razones legítimas, sí, pero…

—Padre, ¿se encuentra bien? —le preguntó la señora Higgins al terminar la misa—. Hoy está un poco… ausente.

—Estoy perfectamente, señora Higgins —mintió.

Porque sí, los sacerdotes también mentían.

Sobre todo, mentían.

La anciana lo evaluó con sus ojillos implacables detrás de los cristales gruesos.

—Miente usted fatal para ser cura.

Zane sonrió.

O creyó hacerlo.

—Y usted es demasiado observadora para su propio bien.

La anciana no necesitó que se lo pidieran dos veces.

—No hacía falta mucha observación, padre. Se ha saltado la mitad del salmo responsorial, ha mirado el móvil tres veces durante la misa y ahora mismo está aferrado a él como si fuera a cantarle los números de la lotería.

Pues sí que era observadora la mujer.

—¿Qué tal todo con el señor Kowalski? —preguntó Zane, con la esperanza de poder cambiar de tema.

—Iba a confesarme.

La mujer debió de leerle en la cara que el horno no estaba precisamente para bollos espirituales.

—Pero casi que lo dejamos para otro día.

—¿Pero todo bien?

—Desde luego, bastante mejor que a usted, padre. Qué complejos son los asuntos del corazón, ¿eh?

Y sin regalarle ni media sílaba más, dio media vuelta y se marchó.

Zane se quedó allí, preguntándose a qué venía eso.

¿Qué corazón ni qué ocho cuartos?

Tras despachar al resto de los feligreses, Zane entró en la sacristía, se sentó y sacó el móvil.

Escribió. Borró. Escribió de nuevo.

Mandó el mensaje antes de poder arrepentirse.


20:25
HEREJE CON DESPACHO
¿Todo bien?

—¿Qué le pasa?

Zane levantó la mirada y se encontró con Patrick, el sacristán, mirándolo fijamente. Estaba sentado frente a él, doblando minuciosamente los paños del altar.

Zane ni siquiera había reparado en su presencia al entrar. Eso decía bastante del estado en que se encontraba.

—¿Por qué cree que me pasa algo?

El hombre, que rondaba los sesenta y tantos y que tenía ese aire inconfundible de sacristán de toda la vida: espalda ligeramente encorvada, manos curtidas de doblar paños y encender velas, y una expresión entre paciente y resignada, se encogió de hombros.

—Porque lleva dos días con esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa —señaló vagamente en dirección a su rostro—. La que significa «problemas».

—No tengo ningún problema.

Y volvió a mirar el móvil. Y esperó.

Nada.

Iba a escribir otro mensaje, desesperado ya, cuando este vibró.




Zane enarcó las cejas.

Leyó y releyó la respuesta. Eso era ironía, ¿verdad?

20:35



HEREJE CON DESPACHO

¿Todo bien?

Perfectamente.

¿Eso qué significa?

Lo que pone.

...

¿Cómo está Emma?

¿Está comiendo bien?

Qué pregunta más rara.

No lo es.

Un poco sí.

¿Tienes niñera ya?

¿Qué te importa, Prescott?

—¡Pues claro que me importa! —estalló en voz alta.

Estaba de la dichosa frasecita hasta el mismísimo cogote.

Se pasó una mano por la cara mientras gritaba internamente, frustrado. Entonces recordó un pequeño detalle técnico: no estaba solo. Miró al sacristán, que lo contemplaba con la impasibilidad de una gárgola.

—Lo siento, yo…

El hombre le restó importancia con un gesto de la mano, como si espantara una mosca.

—Hasta el Señor debe de tener días malos, padre.




A Zane se le hincharon las narices, literalmente.

El sacristán lo observó un instante, entre curioso y divertido.

—Porque sé que es cura, padre, si no diría que está así por una mujer. Y no me refiero a nada fraternal.

Zane lo miró con las cejas enarcadas.

—Pero soy cura —dijo a la defensiva.

Y esperaba dejar el asunto zanjado con eso.

Esperaba mucho.

—Ya… Bueno… —Patrick no levantó la vista de los paños—. Pero también es hombre. Y esa es la cara que ponemos todos cuando nuestras mujeres nos sacan de quicio.

—No tengo ninguna mujer. Soy cura —insistió.

—Lo sé, padre, lo sé —dijo el sacristán, tranquilamente—. ¿Sabe cómo se arregla lo que sea que le pase con quien sea?

—No tengo nada que arreglar con nadie.

—Ya…

El silencio que siguió fue de los incómodos.

—De todas maneras, le voy a dar un consejo que no me ha pedido —dijo el sacristán, sin levantar la vista de los paños que parecían ser eternos—. Discutir por esos aparatitos es el camino más corto hacia el martirio. Y usted ya tiene suficiente con los de la doctrina. Si tanto le altera, vaya allí, dé la cara y resuélvalo antes de que le tiren los platos a la cabeza.

Zane abrió la boca para decirle que él no necesitaba consejo alguno, pero…

—¡Joder! —exclamó, sin cortarse un pelo.

Se levantó y salió de la sacristía.

Patrick dobló el último paño, se enderezó todo lo que la espalda le permitió y murmuró para sí mismo algo que sonaba vagamente a «estos jóvenes, todavía creen que pueden engañarnos».



# Capítulo 7

Era la segunda vez en pocos días que Zane se quedaba sin palabras.

Aquello ya empezaba a ser preocupante.

Pero es que, ¿qué podía decir teniendo lo que tenía delante?

Faith parecía la única superviviente de un naufragio tras haber luchado contra un kraken. El pelo corto era un nido en el que podrían anidar cómodamente tres especies distintas de pájaros. Llevaba una camiseta gris gigante que, en algún momento de su vida anterior, debió de estar limpia. Las ojeras eran tan profundas y moradas que hundían sus ojos en el cráneo, y la piel de su rostro estaba roja e hinchada, con esa textura inconfundible de quien no ha dormido en…

Bueno… días.

Faith se quedó mirándolo, parpadeando despacio, con un tic nervioso en el párpado derecho.

—Vaya —dijo Zane cuando por fin recuperó el habla—. Veo que tu definición de «perfectamente» incluye un estilismo postapocalíptico y un sutil aroma a lactancia en apuros. No puedo hacer exorcismos, pero si lo necesitas… Espera, ¿qué es ese pegote verde?

Ella le dedicó una mirada cargada de puro odio.

—Vete. A. La. Mierda. Fraude con alzacuellos —dijo ella, arrastrando las palabras por el cansancio.

Pero tenía energía para insultarlo. Para eso, siempre.

Faith intentó cerrarle la puerta en las narices, pero Zane, que ya se veía venir la jugada, fue más rápido. Plantó el pie izquierdo en el marco de la puerta y usó su peso para frenar el impacto.

Empujó y entró.

—Pero qué demonios…

—No blasfemes.

—¡Pues no entres en mi casa sin que te inviten!

Tarde, Zane ya estaba en mitad del salón.

Y volvía a quedarse sin palabras.

El biberón en el sofá. La manta en el suelo. Tres chupetes desperdigados en distintos puntos del parqué. La taza de café a medias encima de un libro de derecho mercantil sin abrir. Dos cojines en el suelo. Dos baberos encima de la mesita.

—Desde luego —dijo Zane con ironía—. Perfectamente.

—¿Qué demonios quieres? ¿Y cómo has conseguido mi dirección?

Zane dejó de inspeccionar el salón y reparó en ella, que se había dejado caer en el sofá, agotada.

—¿Desde cuándo no duermes?

—¿Qué te importa? —gruñó ella.

Pero cerró los ojos.

Solo un momento. Emma estaba dormida y el silencio era una cosa preciosa y escasa que había aprendido a valorar en las últimas cuarenta y ocho horas de una manera que nunca habría imaginado posible.

—Odio esa frase, que lo sepas —gruñó Zane, aunque el tono carecía de su mordacidad habitual.

—Odias todo lo que yo diga —replicó ella con la voz ya adormilada.

Zane estuvo a punto de soltarle que aquello no era así, que era justamente al contrario; que era ella quien odiaba todo lo que él decía, todo lo que él era. Pero se calló al ver cómo ella se recostaba un poco, levantando las piernas y encogiéndolas en el sofá.

—Estás agotada.

Faith abrió un poco los ojos, solo un poco, pero los párpados le pesaban una tonelada y volvieron a cerrarse por puro agotamiento.

—Podré con ello —balbuceó, más por orgullo que por convicción —. Así que márchate. Y cierra al salir.

Se acomodó mejor contra el cojín y no tardó mucho en soltar un ronquido suave. Zane puso los ojos en blanco. ¿En serio? ¿Se quedaba frita así, sin más?

Miró alrededor, cogió la manta que había sobre el respaldo de la silla más cercana y se la echó por encima. Se quedó un momento allí, de pie, observando cómo la respiración de Faith se acompasaba.

Pues sí que estaba agotada, sí.

Zane se asomó al pasillo. Había una puerta entreabierta al fondo. Se acercó despacio, y miró dentro.

Emma dormía en la cama de Faith. Un brazo arriba, el otro abajo, el pelo alborotado, los dos dientes asomando entre los labios entreabiertos.

Así que esa era Emma.

Sonrió sin darse cuenta.

Era preciosa. Tenía cosas de Jessica, pero también se parecía a Daniel.

Daniel era un buen tipo. De los mejores. Y Jessica también. No se merecían marcharse tan pronto, ni de esa manera, ni dejando atrás a esta pequeña que dormía ajena a todo.

Suspiró. Que Dios los tuviera en su gloria, pensó mientras se persignaba.

Cuando volvió al salón, Faith había cambiado de postura y el pelo le cubría parte de la cara. Zane se arrodilló a su lado. Vaciló un segundo, con la mano suspendida en el aire.

Al final, le apartó aquel mechón con suavidad, apenas lo justo para dejárselo detrás de la oreja. Faith frunció el ceño, se removió ligeramente y, un instante después, volvió a relajarse por completo.

Un segundo después volvió a roncar.

Zane rio por lo bajo.

Era completamente otra así: tranquila, dormida…

*Preciosa,* pensó, sonriendo.

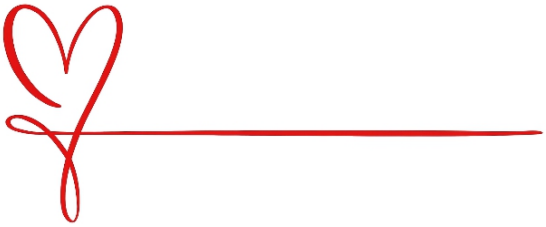
La sonrisa le duró exactamente el tiempo de darse cuenta de que estaba sonriendo. En cuanto fue consciente del gesto, la borró de un plumazo. Se puso en pie rápidamente.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué la estaba viendo preciosa? ¿Por qué narices estaba sonriendo como un adolescente idiota?

Bien… Esa era una pregunta que no tenía ninguna respuesta cómoda y que, por tanto, era mejor no hacerse.

Miró alrededor y gimió por lo bajo. El apartamento era un caos.

—¿En qué lío me he metido?



Emma se despertó cuarenta minutos después.

Cuando Zane entró en la habitación, la encontró sentada en la cama, absorta en la contemplación de sus propios pies. Al levantar la vista y verlo en la puerta, Emma abrió la boca.

Zane se tensó, preparándose para el berrido. Pero Emma, en lugar de llorar, soltó un gorjeo alegre y alzó los brazos hacia él.

Zane sintió algo extraño en el pecho. No supo identificarlo bien, y la verdad era que tampoco quiso hacerlo. La cogió, y Emma apoyó la cabeza en su hombro con una confianza absoluta e inmerecida.

Como si fuera lo más normal del mundo.

Sí. Demasiado raro. Y demasiado acojonante.

Mejor ignorarlo, se dijo Zane, mientras sentía el peso ligero y cálido de la niña contra su pecho.

—Hola, pequeña. Yo soy Zane —susurró.

Emma lo miró con curiosidad y estiró una mano regordeta para tocarle la cara. Sus dedos rozaron la mandíbula de Zane y él no pudo evitar una sonrisa.

—A mí también me alegra conocerte, aunque habría preferido hacerlo en otras circunstancias —admitió, hablando con la niña como si fuera una confidente de confianza.

Ella lo miraba fijamente.

—¿Estás bien aquí?

La niña sonrió, él se lo tomó como un sí.

—Claro que estás bien. Faith lo está haciendo bien.

—Bah.

—Sí… Lo sé. Sé que dice que no le gustan los niños, pero creo que es una mentira que ni ella misma se cree. Si no le gustases, no estarías aquí —Zane lo pensó—. O sí, porque es buena persona. Pero no le digas que dije eso, ¿vale? Será nuestro secreto.

—Bah.

—Sí… Todo irá bien. Faith es una gran mujer, aunque esto también será nuestro secreto. Negaré haberlo dicho. Serás muy feliz con ella. Y no voy a dejarla sola con esto. Yo siempre estaré, ¿vale?

Era una promesa que pensaba cumplir.

La pequeña sonrió, como si hubiera entendido el pacto, y Zane sintió otro estrujón en el pecho que lo dejó sin aliento por un segundo.

—Sí, estaré siempre que pueda —prometió—. Jamás estarás sola.

Emma volvió a apoyar la cabeza en su hombro, y él la abrazó, sonriendo. La sonrisa se le borró de la cara en cuanto le llegó un olorcillo inconfundible.

Zane suspiró.

—Vamos a ver dónde están los pañales...

Un rato después, con la niña ya limpia, Zane volvió al salón. Faith seguía allí, ajena al mundo, con la manta subida hasta la barbilla y el pelo desparramado sobre el cojín. Y sí, seguía roncando.

Había algo en esa imagen, la mujer más terca, más insoportable y más inesperadamente valiente que conocía, completamente rendida en su propio sofá, que también le producía una sensación extraña que tampoco supo, ni mucho menos quiso, identificar.

Y que también decidió ignorar.

Ignorar era sano. Ignorar era sabio. Ignorar era exactamente lo que necesitaba hacer.

Emma lo miró. Luego miró a Faith. Luego volvió a mirarlo a él con esos ojos enormes que parecían estar procesando información constantemente.

—Bah —dijo la pequeña que solo los bebés y los que están muy desesperados entienden.

—Sí —murmuró Zane, bajando la voz—. Lo de estos días ha sido demasiado para ella. Pero lo ha hecho bien, ¿verdad?

—Bah.

Zane sonrió.

—Sí, lo ha hecho de maravilla. Así que vamos a dejarla dormir, ¿vale?

Emma lo consideró un momento con sus ojos enormes. Luego apoyó la cabeza en su hombro otra vez.

Y Zane se quedó allí de pie, en mitad de un salón que no era suyo, con una niña que no era suya dormitando contra su cuello, mirando a una mujer que técnicamente tampoco era nada suyo, preguntándose en qué momento exacto había dejado de entender lo que era su vida.

Suspiró.

Miró a Emma.

—¿Tienes hambre? Porque yo estoy famélico.



# Capítulo 8

Lo primero que registró fue la luz.

Demasiada luz. La clase de luz que significaba que era tarde, mucho más tarde de lo que debería ser, y que algo no cuadraba, aunque su cerebro todavía no estaba lo suficientemente despierto como para determinar qué.

Lo segundo fue el silencio.

Un silencio raro. Demasiado tranquilo.

Faith parpadeó. Miró el techo. No era su techo. Bueno, sí era su techo, pero lo estaba mirando desde un ángulo que no era el de su cama, lo cual significaba que había dormido en el sofá, lo cual significaba...

Nada. Su cerebro se negó a procesar nada durante aproximadamente diez segundos más.

Luego, el pánico la arrolló de golpe.

—¡Emma! —gritó.

Intentó levantarse de un salto, se enredó miserablemente con la manta y acabó aterrizando en el suelo con un golpe sordo y absolutamente cero dignidad.

—Cada uno se despierta como quiere... supongo —comentó alguien.

¡Y en su casa no debería haber nadie!

—¡¿Quién anda ahí?! —exigió Faith, peleándose a muerte con la tela hasta que por fin logró ponerse en pie a duras penas.

Clavó los ojos en el dueño de la voz. Sentado en el suelo, con sus largas piernas cruzadas y el alzacuellos torcido, estaba Zane Prescott. En su mano sostenía un ridículo sonajero de plástico amarillo.

Frente a él, Emma. Sentada sobre una manta en el medio del salón, con un juguete en las manos y los ojos enormes y muy despiertos, la pequeña parecía completamente ajena al microinfarto que acababa de provocar.

—Bah —soltó Emma con una sonrisa.

—Buenos días —remató Zane, con una tranquilidad pasmosa, como si aquella estampa surrealista fuera lo más normal del mundo.

A Faith le entraron ganas de arrancarle la cabeza de cuajo.

—Esto tiene que ser una maldita pesadilla —escupió, clavándole una mirada cargada de furia homicida—. O el mismísimo infierno.

Zane arqueó una ceja.

—Me alegra ver que has descansado.

—¿Qué haces aquí? ¿No dije que te fueras? ¿Qué hora es? No, espera, me da igual. ¿Cuánto tiempo he dormido? Emma, ¡por Dios!

Se abalanzó hacia la alfombra, dejándose caer de rodillas a su lado, y agarró a la niña.

—¿Estás bien?

Empezó a moverla y a inspeccionarla desde todos los ángulos, como si necesitara un peritaje urgente para comprobar que seguía entera y sin daños estructurales.

Fulminó a Zane con la mirada.

—Como le hayas hecho algo…

Zane le sostuvo la mirada, resopló y puso los ojos en blanco con una exasperación digna de un mártir. Se puso en pie.

—Haber pensado eso antes de caer en coma dejando a la niña desatendida —soltó con frialdad.

Faith soltó un grito ahogado de indignación, sintiendo cómo el color le subía a las mejillas.

—¡Yo no hice eso!

—¿Y qué hiciste exactamente? —la acorraló él.

—Yo solo... solo... —la culpabilidad se filtró en su voz—. Solo cerré los ojos un momento.

—Si yo no llego a estar, la niña se queda sola —sentenció Zane.

—¡Si no llegas a estar, no me habría dormido! —le gritó ella.

—¿Y si en vez de ser yo, llega a ser otro?

Y él no supo por qué, pero aquello le sentó fatal; el simple hecho de pensarlo le revolvió el estómago.

—Sí, el Espíritu Santo —se mofó ella—. Eras tú, Prescott. Deja de buscarle los cuatro pies al gato... o cinco, o los que coño tenga el bicho ese —respondió sin pensar, agitando una mano en el aire para restarle importancia al asunto.

—Tiene cuatro, pero se le buscan tres.

Faith puso los ojos en blanco.

—¿Quieres un café? —preguntó Zane entonces.

Ella volvió a clavarle la mirada. Y luego miró a su alrededor.

—¿Has limpiado?

—No, ha sido el Espíritu Santo —se mofó.

—¿Y quién te ha dado permiso para limpiar?

—De nada —soltó él, ya de camino a la cocina con aire de suficiencia.

—¡Serás...!

—¡Con leche y dos de azúcar, ¿verdad?! —gritó Zane desde la cocina.

—¡Mimimmimi, ¿mimi?! —repitió ella con voz aguda, imitando el tono de suficiencia de Zane mientras agitaba las manos en el aire como si estuviera dando una bendición ridícula—. Soy el padre Prescott y lo sé todo porque hablo con las nubes, mimimi. ¡Capullo!

Miró a Emma, que la observaba fijamente.

Faith bufó.

—Es culpa de él. Yo generalmente no soy así —le aseguró a la niña.

Emma la miró con esa profundidad analítica de quien está cuestionando seriamente la veracidad de su testimonio.

—Te lo juro —insistió.

Zane reapareció en el salón con una taza humeante en una mano y una bolsa de papel con cruasanes en la otra. No eran unos cualquiera; eran sus favoritos, los de esa pastelería que cerraba tarde y que costaban un riñón.

—¿Has ido a comprar? —preguntó Faith, parpadeando con incredulidad.

—Anoche pedí que me trajeran algunas cosas. Era eso o morir de inanición, y la segunda parte nunca es una opción para mí.

Se dejó caer en uno de los butacones y le hizo un gesto imperioso con la cabeza para que se acercara.

—Vamos, necesitas comer —ordenó.

Faith dudó, sopesando sus opciones de indignación, pero finalmente claudicó. Se puso en pie, dejando a Emma a sus anchas sobre la manta, y se dejó caer de nuevo en el sofá. Cogió la taza de café y la miró.

—No tiene cianuro, si es lo que te preocupa —bromeó Zane.

—No creo que seas un asesino.

—Gracias. Supongo —no dejaba de sonreír.

Faith refunfuñó algo que sonó vagamente a «esa maldita sonrisa insoportable» y se bebió media taza de un sorbo.

Cerró los ojos un momento. El café estaba bueno. Odiaba que el café que él había preparado estuviera bueno.

—Gracias —masculló, mirándolo a los ojos.

Tampoco era un monstruo, a ver. Sabía ser educada y dar las gracias cuando la pura supervivencia biológica lo requería. Aunque fuera al mismísimo Satanás en persona.

Él no dijo nada. Solo la miró, con esa fijeza suya que siempre hacía que se removiera, incómoda.

—¿Por qué no me llamaste?

Faith frunció el ceño.

—Te he estado preguntando si estaba todo bien —continuó él—. Es evidente que estás agotada y que todo esto te supera. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no es tu problema —bufó ella—. Renunciaste, ¿recuerdas?

—Eso no quita que no pueda estar, Faith.

Ella lo miró.

—Estar —repitió, con un tono que podría cortar cristal—. Qué bonito suena eso. Estar.

—No seas irónica.

—Dime, Zane, ¿qué significa exactamente que puedes estar? ¿Que aparezcas en mi casa sin avisar, te cueles dentro y me dejes dormir horas mientras cuidas a una niña que ya no es tu responsabilidad? ¿Eso es estar?

—Sí —dijo él, sin inmutarse—. Eso es lo que significa exactamente estar.

—¡Venga ya! —rio ella con ironía.

Intentó pasarse una mano por el pelo, pero los dedos se le quedaron encallados en un nudo. Al levantar el brazo, le llegó una bocanada de olor rancio y arrugó la nariz.

Olía mal. Olía a una mezcla humillante de leche agria y derrota personal.

Zane soltó una carcajada al verla.

—Sí, necesitas una ducha.

—Que te den, Prescott —masculló ella antes de volver a tomar un poco más de café.

—Volviendo a lo importante… —dijo Zane, todavía divertido—. Una cosa es no poder hacerme cargo de su custodia y otra muy distinta es no poder estar en su vida. Y compartir esto contigo.

—Yo no quiero compartir nada contigo.

—Si llego a firmar, habrías tenido que hacerlo.

—Habría renunciado.

Zane sonrió ampliamente.

Era esa sonrisa perfectamente adorable...

¡Horrible! Faith quería decir horrible, pero su traicionero cerebro se había quedado colgado en el adjetivo equivocado.

—Jamás harías algo así.

Ella debería sentirse halagada porque él pensara así de ella. Y se sentía halagada, solo que no lo reconocería ni muerta.

—Qué poco me conoces entonces.

—Menos de lo que me gustaría —reconoció él.

Había dejado de reír y ahora la miraba con una intensidad que Faith catalogó como «peligrosa para la salud pública».

Faith carraspeó, nerviosa, y clavó la vista en Emma; cualquier cosa era más segura que sostenerle el pulso visual a él.

¿Qué había querido decir con eso? ¿Por qué querría conocerla, si la odiaba?

Zane se echó hacia delante y empujó los cruasanes hacia ella con un gesto seco.

—Come.

Faith lo fulminó con la mirada.

—No me des órdenes —bufó.

—Come, Faith —el tono no admitía réplica; era esa voz que daba a entender que sería capaz de meterle la comida en la boca a la fuerza si la lógica no funcionaba.

Faith refunfuñó algo sobre que ese era el «verdadero Zane, el abogado dictador», pero acabó cogiendo un croissant. Al primer bocado no pudo evitar soltar un gemido mientras cerraba los ojos. Sabía a gloria bendita.

—¿Desde cuándo no comes? —preguntó él con la voz completamente ronca.

Faith abrió los ojos para encontrarse de nuevo con ese par de ojos color avellana que la miraban fijamente.

—No lo sé —confesó, y era la pura verdad.

—Juzgando lo que vi o, mejor dicho, lo que no vi en esa nevera, imagino que hace mucho —sentenció él.

Ella se puso roja de vergüenza, sintiéndose como una adolescente pillada en una falta grave.

—No suelo comer en casa —se justificó.

—Eso no es excusa. Tienes que tener comida —dijo de mal humor.

Verla así, descuidada y al límite, le provocaba una irritación que no lograba canalizar. Le molestaba que no comiera bien y, sobre todo, le molestaba que a él le importara tanto.

—Han sido unos días complicados.

Zane la recorrió de arriba abajo con la mirada y una sonrisa ladeada, cargada de esa suficiencia que tanto la irritaba, se dibujó en sus labios.

—Me di cuenta.

Faith lo miró con ganas de degollarlo.

—Capullo… —masculló.

Zane rio por lo bajo y la dejó comer en paz mientras desviaba la atención hacia Emma, que seguía felizmente entretenida con el descubrimiento de sus propias manos.

Era mejor estar pendiente de eso que de la cara de satisfacción plena de Faith cada vez que mordía uno de sus cruasanes favoritos.

Sí, él sabía que esos eran sus favoritos.

Sus gemidos de placer lo confirmaban.

¿Era necesario gemir tanto?

¿Y por qué no podía gemir la mujer?

¡Porque le estaba afectando!

*¡Pero es que no debería de afectarte, Zane! ¿Desde cuándo te afecta nada que tenga que ver con una mujer?*

¡Y menos con esa mujer!

Es Faith. ¡Faith!

Faith volvió a gemir. Zane sintió un tirón en la base de la columna que no tenía nada que ver con la caridad cristiana. E imaginó ese sonido en otras circunstancias, en otra habitación, lejos de los biberones y las mantas de sofá.

*¿Pero qué pasa contigo, Zane?*, se reprendió internamente, apretando la mandíbula hasta que le dolió.

—Zane…

—¿Sí? —preguntó con la voz ronca.

Demasiado ronca.

*No la mires. No la mires porque podrías ver cómo se humedece los labios, o podrías ver cómo el rastro del azúcar se ha quedado pegado a su comisura como una invitación al pecado capital…*

—Ya que estás aquí…

Él la miró.

—Ya que estoy aquí… —la animó a continuar.

—¿Podrías…? —se calló de golpe.

No, no iba a pedirle eso. No le pediría un favor, y menos un favor como ese.

¡Ni que estuviera loca!

—Practico el celibato —soltó él de la nada, demasiado tenso porque joder, ella acababa de lamerse la comisura de los labios y él había imaginado que...

*¡¿Pero por qué la miras, hombre?!,* se gritó internamente, mientras su autocontrol amenazaba con desmoronarse por un simple rastro de azúcar.

—¿Perdón? —pestañeó Faith, completamente descolocada.

—Soy cura y practico el celibato —repitió.

—¿Y por qué me estás contando…? —Faith dejó la frase a medias, haciendo un gesto vago con la mano.

¿De verdad esa pequeña provocadora no se estaba dando cuenta de nada?

—Quieres pedirme algo y no te atreves. Y te has puesto roja como la grana mientras pensabas en ello.

Faith abrió los ojos de par en par.

—¡Jamás se me ocurriría…!

—Jamás es mucho tiempo, Faith —la interrumpió él, de mal humor.

Sí. Enfadado. Enfadado consigo mismo, porque joder, ella estaba logrando lo que nadie había logrado en todos esos años que llevaba vistiendo una sotana.

Hacerle desear no llevarla.

Y eso lo enfadaba tanto como lo alegraba. En proporciones que prefería no examinar demasiado.

—Ni aunque fueras el último hombre…

—Cuidado con lo que dices —la cortó, con una calma que no sentía—. Porque te puedes tragar tus palabras.

—¡Estás loco! No deberías hablarme así. Eres un cura, por el amor de Dios.

Y precisamente porque era un sacerdote, ahí tendría que haber dejado el tema. Porque ¿cómo era eso que decían? No juegues con fuego si no quieres quemarte.

Pero, por lo visto, a Zane Prescott le iba la marcha. Y quería quemarse.

—¿Excitada, Faith?

No, rectificando. Lo que le gustaba era arder directamente en el infierno.

—¡Jamás me excitaría un tipo como tú! Arrogante, insoportable, dominante…

El problema fue que Faith tembló al pronunciar esa última palabra.

«Dominante.»

Y ahí fue donde todas las alarmas de Zane se encendieron.

*Espera, espera, no me digas que…*

—¡Deberían quitarte la sotana! —exclamó ella, pero abrió los ojos de par en par al darse cuenta de lo que acababa de soltar.

Para que todo fuera peor, lo había mirado y se lo había imaginado exactamente así. Sin la ropa negra. Y no había ocurrido solo esa vez, no, había ocurrido más veces de las que le gustaría reconocer.

—¡No me refiero a eso! —negó rápidamente, aunque el tono le salió sin rastro de convicción, más parecido a una súplica que a una defensa.

Y él lo supo. Supo que estaba mintiendo. Y una sonrisa arrogante y pecaminosa se formó en sus labios.

—Llena la bañera, Faith —ordenó.

No era una sugerencia. Era el mandato de quien sabe que va a ser obedecido.

Al verla coger aire, temblar, y notar ese rubor subiendo por su cuello, él sonrió. Profundamente satisfecho.

Estaba ganando un juego que ni siquiera sabía que estaba jugando.

Seguro que, si se acercaba un poco más, podría ver sus pupilas completamente dilatadas, negras de una necesidad que ella todavía se empeñaba en bautizar como odio.

Zane tenía que parar eso ya. Aunque no quisiera. Porque, joder, para su sorpresa, no quería. Pero el alzacuellos todavía apretaba,

recordándole que había límites que ni siquiera un cínico como él debía cruzar...

—De agua fría, a ser posible. Porque parece que te hace falta, eh.

Sus palabras fueron como un jarro de agua helada. Aunque Faith no lo reconocería ni bajo tortura.

-—¡Aaahhhgggggg! —exclamó, fuera de sus casillas, mientras le hacía caso y se dirigía al baño a paso furioso.

Zane rio. Pero la sonrisa le duró poco cuando notó la incomodidad en su entrepierna.

Ay, señor. ¿Cómo, de repente, había podido complicarse aquello tanto?

¿Pero por qué se había metido en ese berenjenal? La respuesta era simple, porque ella lo había provocado, por eso.

*Vamos, Zane,* se recriminó internamente. *Eres tú el que la provocaste a ella.*

Y Dios, cuánto había disfrutado haciéndolo. Por muy mal que estuviera.

Porque estaba mal. Muy mal. Un clérigo no debería tener esos pensamientos.

Se suponía que él era el pastor, pero en aquel salón se había sentido como el lobo. Uno hambriento, además. Hambriento de ella. Hambriento como hacía mucho tiempo que no se sentía, desde antes de llevar esa sotana.

Estaba jodido. Muy jodido. Porque acababa de descubrir que la deseaba.

¡Pero eso era totalmente imposible!

No. Ni de coña. Eso no podía ser verdad. Estaba confundiendo las cosas y sacándolas totalmente de quicio.

Era una simple erección. Pura física sin la menor importancia. Le habría pasado a cualquier tío con ese nivel de tensión y de juegos verbales. Y él, para colmo, había entrado al trapo jugando fuerte. Así que no había absolutamente nada por lo que preocuparse.

¿Verdad?

Pues claro que no. Por lo tanto, la maniobra más inteligente era restarle peso al asunto y olvidarse del puto tema de una vez por todas.

Seguro que no volvería a pasar.



# Capítulo 9

Era un auténtico capullo. Eso era.

Un fraude clerical. Un impostor con alzacuellos. ¡Una farsa con sotana!

¿Pero cómo se atrevía a…?

A…

—¡Aaahhhhggg! —exclamó, sin poder controlarse.

Y que la escuchara, que a ella le importaba una mierda.

¿Cómo se atrevía a insinuar siquiera que…?

¡Por favor, que era cura! Un cura que iría al infierno, eso seguro. Porque un cura no debería hablar de esas cosas, claro que no.

¡Ni darle órdenes! ¡A ella! Que si come, que si llena la bañera.

Y ella lo hacía, sí, pero no porque le estuviera haciendo caso. No. Era porque ella ya había decidido hacer esas cosas antes de que él abriera la boca. Que quedara claro.

Que no se flipara el sacerdote de tres al cuarto con su complejo de Dios y su mandíbula marcada.

Abrió el grifo de la bañera con más fuerza de la necesaria.

—¿Excitada, Faith? —susurró ella para sí misma, imitando su tono con una mueca de asco que no lograba ocultar el temblor de sus manos—. Imbécil. Egocéntrico. Pervertido.

Y mientras esperaba a que se llenara la bañera, intentó convencerse de que el calor que notaba en la piel era solo el vapor del agua caliente.

¡Porque eso era!

Se metió en la bañera con un suspiro que llevaba horas acumulando.

El agua caliente. Por fin. Algo que no requería instrucciones de uso, que no lloraba a las tres de la madrugada y, sobre todo, algo que no la miraba con ojos color avellana desde el sillón de su salón.

Cerró los ojos.

Zane Prescott estaba en su casa.

Zane Prescott estaba en su casa, cuidando de Emma, probablemente con esa sonrisa suya absolutamente insoportable, sentado en su suelo, siendo ridículamente competente con una niña de diez meses cuando ella llevaba dos días al borde del colapso.

Capullo.

Se hundió un poco más en el agua.

Y encima le había dado una orden y ella había obedecido. Sin rechistar. Bueno, sí había rechistado, pero había obedecido igual, que era exactamente lo mismo que obedecer sin rechistar salvo por el detalle del orgullo, que en este caso había quedado en una situación bastante comprometida.

Y había dado a entender que…

«¿Excitada, Faith?»

Se pasó la mano por la cara.

El problema, el verdadero problema, era que Zane Prescott siempre había sido un problema.

Había algo en él, en la manera en que la miraba, en la manera en que hablaba, en la manera en que ocupaba el espacio de una habitación sin pedir permiso, que le hacía cosas al sistema nervioso que no tenían ninguna explicación razonable ni ninguna solución práctica.

Especialmente porque era cura.

Especialmente porque practicaba el celibato, según él mismo había sentido la necesidad de recalcar. ¡Como si ella no lo supiera!

*Qué desperdicio,* pensó entonces, sin poder evitarlo.

Porque eso sí podía pensarlo. Era un desperdicio en toda regla. Porque ese hombre era…

Un impostor. Eso era. Un impostor que la había llevado a ese extremo. Por el cabreo, eh. Ella estaba así por el cabreo acumulado. Y por el estrés. Y por los días sin dormir.

Y porque el agua estaba muy caliente.

Se removió en la bañera, intentando encontrar una posición cómoda, y fracasó porque la incomodidad no tenía nada que ver con la bañera y lo sabía perfectamente.

La mano se movió sola.

Por el cabreo, claro.

«¿Excitada, Faith?»

—Cállate —le dijo al techo.

El techo no respondió. Zane tampoco, desde el salón, aunque ella habría jurado que de alguna manera lo sabía. Que lo intuía. Que esa sonrisa suya de satisfacción absoluta seguía ahí, aunque la separaran dos habitaciones y una puerta cerrada.

Se mordió el labio.

Y la mano se movió sola, con la lógica implacable de un cuerpo que llevaba demasiado tiempo ignorando cosas que ya no podía ignorar.

Era la tensión. Evidentemente.

La tensión acumulada de dos días sin dormir, sin comer, sin un momento para ella sola. Una respuesta fisiológica completamente normal ante el estrés. No tenía absolutamente nada que ver con él.

Con su voz.

Con la manera en que había pronunciado esa palabra: «excitada».

Con esa manera suya de mirarla de arriba abajo despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo y ninguna intención de usarlo en otra cosa.

—Ay, Dios —murmuró, cerrando los ojos.

La ironía de estar invocando al jefe de su mayor enemigo y, en ese momento, el objeto de su deseo no se le escapó. Pero la racionalidad hacía rato que se había evaporado con el vapor del agua.

Faith dejó que sus manos viajaran por su cuerpo, imaginando, sin poder evitarlo, que era él quien la tocaba. Aquel hombre que, bajo la tela negra y el discurso de castidad, escondía una naturaleza que a ella la atraía sin poder remediarlo, le gustase o no.

Dominante.

Se llevó una mano al cuello, cerrando los dedos sobre su propia garganta, imaginando que era él quien lo hacía.

Casi podía oírlo. Casi podía sentirlo allí, con ella.

Podía sentir su aliento caliente contra su oreja, aquella voz grave que anulaba cualquier capacidad de protesta y cualquier intención de resistirse, imaginando que le decía «No se te ocurra correrte hasta que yo te lo diga».

Faith metió dos dedos dentro de ella y acarició su clítoris con el pulgar mientras apretaba su cuello un poco más.

—Por favor —rogó en voz baja—. Por favor, necesito hacerlo.

Podía imaginarlo sonreír contra su piel mientras ella se tocaba cada vez con más rapidez.

—Zane, por favor —casi lloriqueó.

«Ahora, preciosa. Córrete para mí.»

—Sí, Zane, sí —gimió mientras el placer la recorría entera y le robaba hasta el último gramo de tensión acumulada.

Se mordió el labio para no gritar. Porque él seguía ahí fuera.

Y eso, de alguna manera, lo hacía todo considerablemente peor.

O mejor. Dependía de cómo se mirara.

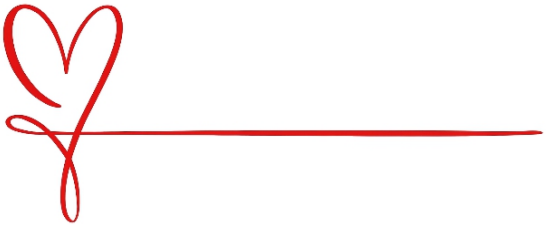
—¡Maldito seas, Prescott! ¿Por qué tienes que provocar esto en mí?

Estaba jodida, y mucho. Ya no servía de nada intentar engañarse, ni esconderse tras el sarcasmo o la indignación. La realidad le acababa de estallar en la cara con la misma fuerza que el orgasmo que aún le hacía temblar las piernas.

Lo deseaba. Oh, Señor (o quien fuera que estuviera escuchando allá arriba; si es que había alguien, claro), lo deseaba con una intensidad que rozaba lo patológico.

¿Qué se suponía que debía hacer con aquello?

Faith se hundió un poco más en el agua, tratando de enfriar un incendio que, sospechaba, solo acababa de empezar.



Faith cruzó el umbral del salón, con un chándal azul que le quedaba ligeramente grande y con una toalla turbante en el pelo.

Zane, sentado en el sofá donde Faith dormía, la observó tan intensamente que la hizo sentir desnuda. Se removió, nerviosa, mientras él la miraba de arriba abajo. Y arriba de nuevo.

Faith tenía las mejillas sonrosadas por el calor del agua, y el cuello... Joder, el cuello estaba encendido. Un rastro de rubor intenso descendía por la base de su garganta, revelando el mapa de la agitación que acababa de vivir.

Él había cazado al vuelo sus gemidos: sofocados, furiosos... sonidos que llevaban su nombre implícito.

Sí, Zane ya lo tenía claro. Ese era el problema entre ellos. Que se deseaban.

¿Desde cuándo?

¿Y cómo no se había dado cuenta antes?

Bueno, porque antes no había mirado más allá. No había podido ir más allá en sus rifirrafes verbales. No había podido provocarla de esa manera y observar su reacción.

Ni se había permitido a sí mismo reaccionar al efecto que ella provocaba en él.

Cuando sus ojos volvieron a mirar los de ella, Zane sintió que el alzacuellos se transformaba en soga, y amenazaba con asfixiarlo.

—Ya puedes marcharte —soltó ella.

Sí, eso era lo que debería hacer. Darse la vuelta, abrir la puerta y largarse si pretendía conservar un mínimo de dignidad bajo esa sotana.

Pero Zane Prescott no era de los que huían cuando empezaba a oler a quemado.

Al parecer, también era un masoquista redomado.

No se movió del sofá. Se quedó allí, estático, torturándose mientras ella se quitaba la toalla del pelo y empezaba a secárselo con una tranquilidad exasperante.

—Tendrás cosas que hacer —insistió ella, viendo que él seguía allí, sin la mínima intención de moverse.

—Ninguna —mintió él sin pestañear.

—¿No tienes una misa que dar? ¿O confesiones que escuchar? —Faith soltó la toalla sobre una silla.

—¿Quieres confesarte? —soltó provocativamente.

Ella se limitó a poner los ojos en blanco.

—Ya sabes que soy atea —sentenció ella mientras se instalaba en la mesa grande del salón y abría el portátil.

—Las creencias cambian.

—Lo dices con conocimiento de causa, supongo —la ironía en su voz.

Zane se limitó a sonreír.

—Puede ser.

—Mis creencias no cambiarán, créeme —insistió Faith, seria—. No creo que exista ningún Dios, ni lo creeré nunca.

—Nunca es mucho tiempo, Faith —repitió él, paladeando la frase.

Ella lo fulminó por encima de la pantalla. Hacía apenas unos minutos, esa misma sentencia había tenido un matiz radicalmente

distinto, uno que todavía le hacía hervir la sangre.

—Nunca —reafirmó.

Volvió a centrarse en el monitor, fingiendo que las líneas de texto tenían algún sentido.

—¿Teletrabajo? —quiso saber él.

—Mientras encuentro niñera, puedo hacer el trabajo de oficina desde casa —asintió ella, antes de soltar un juramento entre dientes al revisar el calendario—. Mierda. La próxima semana tengo juicio. Necesito una niñera ya.

—Me tienes a mí.

—Sí, una niñera con sotana —se mofó ella.

—Siempre puedo quitármela.

¿Acababa de ronronear eso? ¿Con qué fin?

Capullo.

—Tú tienes demasiadas responsabilidades. ¿No fue exactamente por eso por lo que rechazaste hacerte cargo de Emma?

Directo a la yugular.

—Puedo hacerme cargo de ella a ratos.

—Ya…

—Soy la mejor opción y lo sabes. Cuidaré de ella. Me la puedo llevar a…

—¡¿A dónde?! ¡Si ni siquiera tengo un carrito todavía! —estalló ella, perdiendo la paciencia por completo—. La asistente social dijo que sus cosas tardarían unos días en llegar. Apenas tuve tiempo de comprar lo básico antes de recogerla. Joder, y necesito una cuna también, me da pánico dormir con ella en la cama —abrió el buscador del móvil, dispuesta a comprar una online a golpe de tarjeta.

—Yo me encargo de ella. Y de la cuna —la interrumpió él.

—No es tu problema —le recordó ella.

—Yo decido qué convierto en mi problema —replicó él, muy enfadado.

Ella levantó la vista de golpe.

—No tienes que…

—Yo me quedaré con ella —la cortó, tajante—. Y me organizaré para ayudarte.

—No tienes que hacerlo.

—Tengo que hacerlo —insistió él, sin dejar margen a la réplica.

Se levantó del sofá, cogió un par de sillas y las encajó frente al asiento, improvisando una barrera para que Emma no pudiera rodar al suelo si se movía durante el sueño. Y se acercó a Faith.

—No estás sola en esto, ya te lo dije. Y no —escupió antes de que ella pudiera articular palabra—, no quiero volver a oír que no me importa, que no es mi problema o que rechacé la maldita custodia.

—Iba a decir que lo entiendo —soltó Faith, dejándolo descolocado por un segundo—. Entiendo por qué lo hiciste. Entiendo que sea incompatible con tu vida.

Él asintió, agradecido por ese comentario.

—También es incompatible con la tuya —le recordó él—, y tú aceptaste.

—No es lo mismo. Y lo sé.

Ambos lo sabían.

—No, no lo es. Pero ella no tiene la culpa de nada de esto.

Zane señaló con la barbilla a Emma, que dormía plácidamente ajena a todo. Luego, volvió a mirar a Faith.

—Quiero estar —sentenció.

—¿Cuándo? ¿Entre misa y misa?

—Sí. Entre misa y misa si es necesario. Déjame estar y ayudarte con esto.

—Zane…

—¿O vas a tener algún problema si estoy cerca?

—¿Eh? —se había perdido.

—Un novio, Faith. Por mucho que sea cura, soy insoportablemente atractivo. Si hay alguien que pueda molestarse de que yo ande por aquí...

Faith lo miró durante tres segundos completos.

—Eres cura.

—Un cura atractivo.

—Y un egocéntrico.

—También —concedió él, sin el menor asomo de vergüenza—. Pero soy un hombre, al fin y al cabo.

—Mi novio sabría que no eres una amenaza.

Él la miró con cara de «deja de engañarte a ti misma y no intentes engañarme a mí, que no me lo trago».

—Sé que no hay novio.

—No me faltan pretendientes.

—No lo dudo.

Ella lo miró, suspicaz, sin tener muy claro cómo debía tomarse aquello. ¿Era un piropo o todo lo contrario?

—Está bien —cedió ella por fin.

Lo dijo convencida de que sería algo puntual, una ayuda de emergencia para cuando no tuviera más opciones y el mundo se le cayera encima.

No podía estar más equivocada.

En ese momento, Faith no alcanzaba a imaginar que Zane acabaría metido de lleno en su casa.

Y en su vida.

Zane volvió al sofá y cogió a Emma.

—¿Qué haces?

—Yo la preparo, tú arréglate.

Faith frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Vamos a comprar la cuna y todo lo que necesite. Y a llenar ese frigorífico.

Y así fue como la vida de los tres cambió por completo.



# Capítulo 10

Faith empujaba el carrito de última generación, gris marengo, con amortiguación y un manillar ergonómico que Zane había elegido sin parpadear hacía exactamente cuarenta y cinco minutos, ignorando olímpicamente las protestas de Faith sobre el precio.

Emma, ajena al drama, succionaba con entusiasmo el sonajero nuevo, también elegido por Zane.

—Eso no.

—¿Perdón?

—Que eso no —repitió ella.

Faith señaló el potito que él acababa de meter en el carrito con la autoridad de alguien que llevaba toda la vida criando bebés, cuando él sabía perfectamente que hacía cuarenta y ocho horas no sabía ni cómo sujetar uno.

—Tiene colorantes.

Zane le dio la vuelta al frasco. Lo leyó. Lo volvió a leer.

—No tiene colorantes.

—Tiene cosas que no entiendo.

—Eso no es lo mismo que colorantes.

—Para mí sí.

Faith le quitó el potito de las manos, lo examinó con la concentración de quien revisa una cláusula abusiva en un contrato mercantil y lo devolvió al estante.

—Este —dijo, cogiendo otro.

Zane miró la nueva opción. Luego miró a Faith. Luego miró a Emma, que desde su silla nueva observaba la escena con los ojos muy abiertos y un babero torcido que no le habían puesto bien desde el principio pero que ninguno de los dos había sabido corregir del todo.

—¿Qué diferencia hay?

—Este tiene menos ingredientes.

—¿Y eso es mejor?

—Menos es más.

—Eso es una frase hecha, no un criterio nutricional.

—Zane…

—Faith…

Emma gorjeó. Los dos la miraron. Ella agitó los brazos con entusiasmo, aparentemente satisfecha con el desarrollo de los acontecimientos.

—Que decida Emma —dijo Zane, señalándola.

—Tiene diez meses.

—Y mejor criterio que tú comprando potitos.

Faith cogió los dos frascos, los comparó durante un momento interminable y finalmente metió en el carrito el que había elegido ella. Luego metió también el que había elegido él.

—Por si acaso —dijo sin mirarlo.

Zane no dijo nada. Empujó el carrito hacia el siguiente pasillo.

—¿Sabes cocinar? —preguntó.

El silencio que siguió fue suficientemente elocuente.

—Algo —dijo ella.

—¿Qué es algo?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que se comen.

Zane se paró en medio del pasillo y la miró.

—Pasta —admitió Faith, sosteniéndole la mirada con una dignidad admirable dadas las circunstancias—. Y ensalada. Y tostadas.

—Las tostadas no son cocinar.

—Depende de cómo las hagas.

—No depende.

—Tú no sabes cómo las hago yo.

—Me lo imagino.

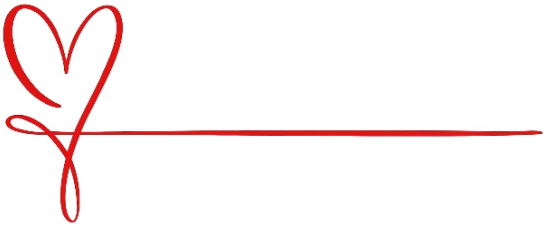
Ella abrió la boca y él le puso un bote de tomate en las manos antes de que pudiera hablar.

—Para la pasta —explicó.

Faith miró el bote. Luego lo miró a él. Luego, sin decir nada, lo metió en el carrito.

Zane sonrió. Aquello, inesperadamente, no estaba siendo tan malo.

El problema era precisamente ese.



Cuando llegó el momento de pagar, Faith alargó la mano hacia el datáfono con su tarjeta preparada.

Zane fue más rápido.

—¡Zane!

—Ya está —dijo él, guardando la suya con una calma exasperante.

—¡No tienes que pagar mis cosas!

—Estoy pagando las de Emma.

—Tampoco tienes que pagar las suyas. Ya es bastante que pagases con el carrito.

Lo pagó porque se la jugó igual, y ella le montó el pollo, pero a él, por supuesto, le había dado exactamente igual. Como le estaba dando igual entonces.

—Haber sido más rápida.

—He tardado dos segundos.

—En esto, dos segundos es una eternidad —sonrió él, disfrutando de su victoria mientras metía la compra en las bolsas—. Reflejos, letrada.

Faith lo fulminó con la mirada mientras la cajera, una mujer con una paciencia digna de canonización, fingía con profesionalidad que no estaba escuchando absolutamente nada.

—No puedes pagar tú todo —dijo Faith, bajando la voz, mientras lo ayudaba a guardar la compra—. No tiene sentido. Tú no...

Se calló de golpe.

Zane enarcó una ceja.

—¿Yo no qué?

—Nada.

—No, di lo que ibas a decir.

Faith vaciló un segundo.

—¿Los curas cobráis sueldo o...?

—¿O qué? —la interrumpió él, divertido—. ¿Creías que trabajaba gratis?

—No sé cómo funciona exactamente.

Zane rio, y esperó a salir del supermercado para explicarle.

—Cobramos. No es Wall Street, pero cobramos. Y, además, no tengo hipoteca porque tengo un piso ya pagado, pero vivo en la parroquia, como allí. Habitualmente. Así que, haciendo números, probablemente ahorro más que tú con todo tu sueldo de abogada de élite.

Faith procesó esa información con una expresión que Zane catalogó mentalmente como «indignación razonable mal gestionada».

—Ese no es el punto —dijo por fin.

—¿Y cuál es el punto?

—Que Emma es mi responsabilidad.

—Y mía también —respondió él, sin un gramo de duda.

—Renunciaste a la custodia.

—Ya estamos —Zane miró al cielo, pidiendo ayuda divina—. ¿No te dije que no quería volver a escuchar eso?

—Es la verdad —insistió ella.

—La verdad es que tengo dinero y me lo gastaré en lo que me dé la gana —replicó.

—No vas a pagar nada más de lo que falta.

Y faltaban cosas. Vaya si faltaban.

La cuna, la bañera de bebé, la esterilla para el suelo, el monitor de respiración, el humidificador, ropa, sábanas para la cuna, crema para el culito, termómetro, una trona plegable y, por supuesto, ese parque de juegos que Zane ya había ojeado con cara de «esto entra en el salón sí o sí».

Y algunas cosas más.

—Ponme a prueba, Faith —desafió él—. Intenta sacar tu tarjeta antes que yo en la tienda de bebés y veremos quién tiene mejores reflejos.

Ella lo miró.

Él la miró.

Emma agitó el sonajero en el aire.

—Eres imposible —masculló Faith.

—Lo sé —dijo Zane—. ¿Vamos a por la cuna primero?

—Sí, pero pagaré yo —insistió ella.

Zane rio.

Y rio todavía más al demostrarle que no debería ponerlo a prueba.

Él pagó todo.

Faith intentó adelantarse en la cuna y en la bañera. Zane tenía la tarjeta en la mano antes de que ella abriera el bolso.

Faith intentó adelantarse en la ropa. Zane había pagado el primer pijama antes de que ella encontrara la cartera.

Faith intentó adelantarse en los pañales, el humidificador, la esterilla y las sábanas de la cuna, en ese orden. Zane lo evitó las

cuatro veces.

Cuando salieron de la última tienda, Faith estaba roja de indignación y él empujaba el carrito con la satisfacción tranquila de quien ha ganado una batalla sin ni siquiera despeinarse.

—Te odio —escupió ella, fulminándolo con la mirada.

Él se detuvo en seco y la miró fijamente.

—Ya te gustaría, Faith...

*Y ya me gustaría a mí,* pensó, pero no lo dijo.



# Capítulo 11

Esa misma noche, cada uno en su cama, no dejaban de darle vueltas a lo mismo.

¿Podrían las cosas volver a ser como antes? ¿Podrían sus vidas volver a ser las de hacía apenas unas horas?

¿Podría Faith seguir mintiéndose a sí misma, repitiéndose que lo odiaba cuando, en realidad, lo que sentía por él era algo mucho más peligroso?

Recordó cómo, mientras ella intentaba ponerse al día con el trabajo esa tarde, él había montado la cuna. Emma estaba sentada en la trona que acababan de comprar, justo a su lado, observando el despliegue de eficiencia de Zane mientras Faith trabajaba.

O, al menos, lo intentaba.

—¿Sabes lo que estás tarareando? —le había preguntado ella sin levantar la vista del ordenador, fingiendo que no le afectaba verlo allí, con las mangas remangadas y un destornillador en la mano.

—Shakira —había respondido él con total naturalidad, mientras apretaba un tornillo.

Ella resopló.

—Eres un fraude clerical.

Zane soltó una de esas risas suyas. Una risa que, hasta el día anterior solía hacerla querer meterse los dedos en la garganta para vomitar de pura irritación.

Una risa que ahora, de repente y sin sentido ninguno, hacía que quisiera meterse los dedos en un lugar muy distinto.

—Y tú llevas tres horas mirando la misma página —dijo él, sacándola de su ensoñación con un golpe de realidad.

Tenía razón, solo que no iba a decírselo.

Y también era un excelente cocinero, pero eso sí se lo había dicho, aunque con menos palabrería de la que le habría gustado dedicarle porque ya tenía demasiado ego.

—Mmm… —la pasta que había preparado para cenar estaba buenísima.

—¿Te gusta?

—Está rica. No conocía esta faceta tuya —él rio—. Bueno, en realidad no conocía ninguna más allá de la del cura tocapelotas.

—¿Ya no lo soy?

—Oh, sí que lo eres. Hace falta mucho más que un buen plato de comida para ganarte mi simpatía.

—Para mí eso es más que suficiente —dijo con la boca llena—. Siempre tengo hambre.

—Ya se nota. ¿No decías que así ahorras dinero? ¿No te dan de comer en la iglesia?

—A Sor Angustias le ha dado por la crema de calabaza —puso cara de asco—. Todos los días. Sin excepción. El lunes crema de calabaza, el martes crema de calabaza, el miércoles...

—Entiendo.

—No, no entiendes. Porque el jueves también es crema de calabaza.

Faith soltó una carcajada antes de poder evitarlo.

Emma, sentada en su trona mordiendo el mordedor, también rio.

—¿Desde cuándo eres tan payaso? —preguntó, riendo.

Él la miró fijamente.

Demasiado fijamente y serio.

—¿Qué? —preguntó ella, dejando de reír y removiéndose incómoda.

—Todavía no me creo que haya conseguido hacerte reír —negó con la cabeza.

—¿Intentabas hacerme reír?

Él asintió con la cabeza.

—A ver si lograba caerte mejor.

Ella resopló.

—Pues no te creas que lo has conseguido. Todavía te tengo guardado en contactos como «Capullo con sotana».

Zane se atragantó, riendo.

—¿Y tienes pensado cambiarme el nombre?

—No —dijo seriamente, haciéndolo reír todavía más.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —se hizo el tonto desde el principio.

—¿Cómo me tienes guardada?

—Como Faith —dijo en un tono de «cómo te habría nombrado si no».

Faith lo miró, suspicaz.

Zane puso los ojos en blanco.

—Pero que conste que pienso cambiarlo.

—Ujum...

—Herejecondespacho —lo dijo tan rápido y bajito que no se le entendió nada.

—¿Cómo?

—Hereje con despacho —resopló, teniendo la decencia de lucir avergonzado.

Ella lo miró fijamente, seria.

—Pero de verdad que lo voy a cambiar.

Entonces Faith soltó una carcajada.

—No lo cambies, me gusta —dijo entre risas.

Él sonrió, plenamente satisfecho de haberla hecho reír otra vez.

—Pero dime...

—Mmm...

—¿Por qué querrías caerle bien a alguien que te cae mal?

Él enarcó las cejas.

—¿Tú? ¿Crees que me caes mal? —pestañeó él—. ¿Por qué podría haberte dado esa impresión?

Ella se encogió de hombros.

—Sonríes mucho.

—Sí...

—A mí no.

—¿Eh?

—Conmigo eres un cascarrabias. Pierdes la paciencia enseguida.

Él negó con la cabeza despacio.

—No me caes mal, Faith —reconoció—. Pero créeme, me gustaría que así fuera.

Ella enarcó las cejas.

—¿Y eso?

Él sonrió, dejándola creer que bromeaba.

—Quizás te ayude saber que a mí me sigues cayendo mal —dijo ella.

—Bueno —concedió él—. Aunque no te caiga bien del todo todavía, me alegra haberte hecho reír. Es un buen comienzo y me conformo con eso. Por ahora —añadió, guiñándole un ojo.

Ella rio a su pesar.

—Eres un cura muy raro.

—Gracias —lo dijo con una satisfacción absoluta, y consiguió que se riera todavía más.

Ahora, tumbada en la oscuridad con Emma respirando tranquila en la cuna, Faith sonreía recordando, mientras miraba el techo.

No, las cosas ya no podrían ser como antes.

Y eso, de alguna manera, era lo más aterrador de todo.

Su móvil sonó con la llegada de un mensaje.




Zane sonrió al ver la respuesta y escribió otro mensaje.

23:33



HEREJE CON DESPACHO

¿Sigue dormida?

No se ha movido desde que la acostaste.

Aprovecha para descansar.

Tú también deberías hacerlo.

Debes estar agotado.

Lo haré pronto.

Buenas noches, Faith.

Buenas noches, Zane.

Zane estuvo tentado de teclear otro mensaje más, por el simple y patético hecho de que quería seguir hablando con ella.

¿Tenía eso algún sentido?

No. Como absolutamente nada de lo que había pasado ese día lo tenía.

¿Qué lógica iba a tener desear a esa mujer hasta ese extremo? ¿Y que encima no fuera un hecho aislado? A la vista estaba que el problema seguía ahí, manteniéndole la entrepierna en tensión solo de pensar en ella. En esos labios gimiendo su nombre. En esa piel sonrosada tras la ducha…

¿Cómo gemiría si de verdad fuera él quien la hiciera disfrutar? ¿Gritaría de placer si le comiera el coño? ¿Gritaría si se la follase a lo bestia?

¿Cómo quedaría esa preciosa piel marcada tras uno de sus azotes? ¿La haría eso perder la cabeza?

El que terminó gimiendo en voz alta fue él.

No podía estar pensando en esas cosas. No debería estar pensando en esas cosas. Él había tomado una decisión inquebrantable años atrás.

*Y absolutamente estúpida.*

Esa no era la cuestión.

Tocó la pantalla del móvil, en la foto de Faith, y pulsó «ver foto de perfil». La imagen se hizo más grande.

Estaba seria ahí, nada que ver con la mujer de hacía un rato, esa que había bajado las defensas estando con él y por fin se había mostrado como era.

Absolutamente encantadora.

Además de sexy como el demonio.

*No, Zane, no vayas por ahí. ¡Otra vez no!*

Iba a ser difícil. Si aquello no era una jodida locura pasajera iba a ser muy, pero que muy difícil.

¿Qué tentación no lo era?

Y no, alejarse no era una opción. Porque estaba Emma. Y él tenía una obligación con Emma.

Y eso también se lo acababa de sacar de la manga por toda la cara, porque todos sabemos de sobra que el muy cínico rechazó la custodia de primeras.

Pero en fin…

Fue a cerrar la conversación cuando se percató de algo. Entró en la agenda de contactos y pulsó «editar nombre». Una mueca en sus labios mientras pensaba.

«Mi manzana particular.» Pero lo borró al segundo, negando con la cabeza ante semejante alarde de cursilería bíblica. No, aquello era demasiado.

«Tentación.» Borrado también. Sonaba a perfume de imitación o a pecado de manual.

Pero lo era, y tanto que lo era. Su entrepierna podía dar fe de ello.

«Pecado capital.» Demasiado dramático incluso para él.

«Atea.» Ella lo usaría como medalla.

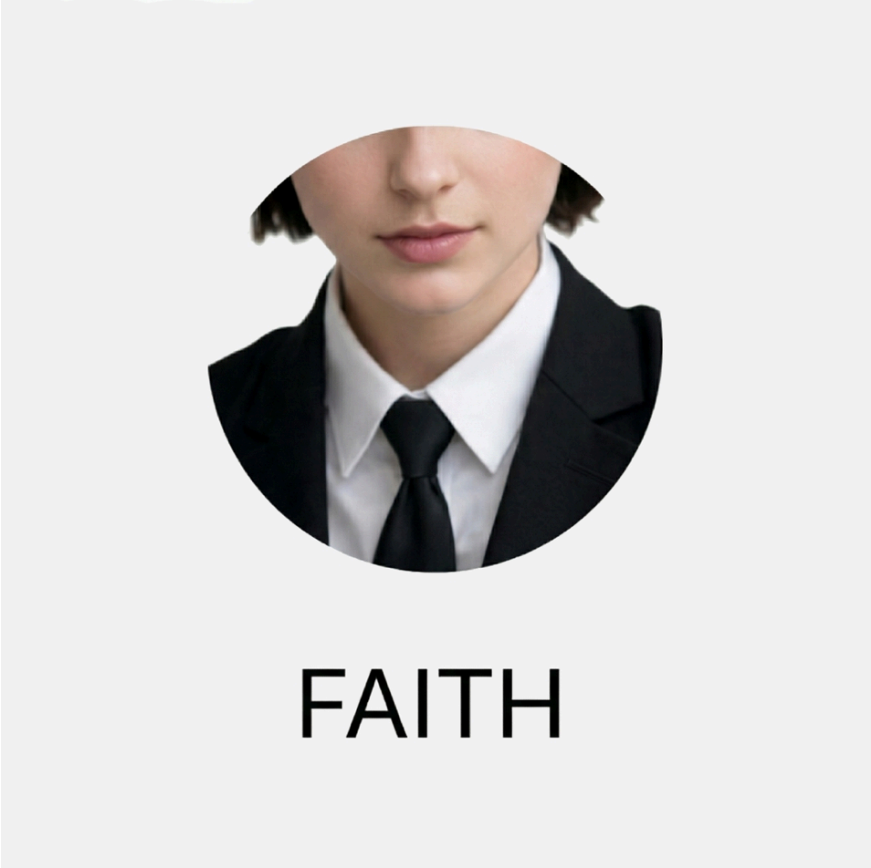
«Dolor de entrepierna.» Se rio, pero fue una risa agónica.

«Tormento con chándal.» Casi. Estuvo a punto de dejarlo.

«Mi Caos Favorito». No. Por. Dios.

Se le estaba yendo de las manos. Al final, soltó un suspiro cargado de derrota y tecleó cinco letras.

—Sí. Mejor así —susurró a la oscuridad.

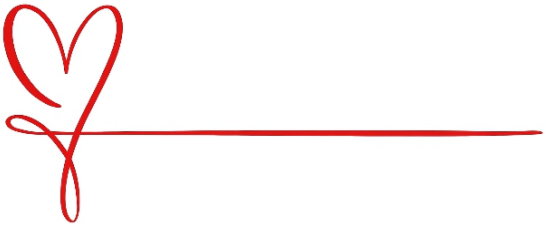



Dejó el móvil sobre la mesilla de noche y soltó un gruñido contenido al poner la mano sobre su erección. Sabía que no debería. No tenía que hacerlo, pero joder, era humano. Y estaba a punto de perder la maldita cabeza.

Cerró los ojos intentando, pero lo primero que vio fue a ella. A Faith riendo de verdad.

Cogió de nuevo el móvil.

—Dak —dijo cuando su hermana descolgó el teléfono, sin darle tiempo a saludar—. Estoy jodido.



Mientras tanto, lejos de allí…

«El de la sotana.» Porque ya el capullo sobraba.

Lo borró.

«Cura un poco tocapelotas.» Se lo merecía, pero no.

«El Padre Prescott.» Demasiado formal para alguien que tarareaba Shakira con un destornillador en la mano.

«Shakira.» Se rio para sus adentros, pero lo descartó. No quería sonreír cada vez que él la llamara.

«Sor Angustias.» Se rio sola. No, eso era cruel.

Se quedó un momento con el cursor parpadeando mientras pensaba. Tecleó despacio.

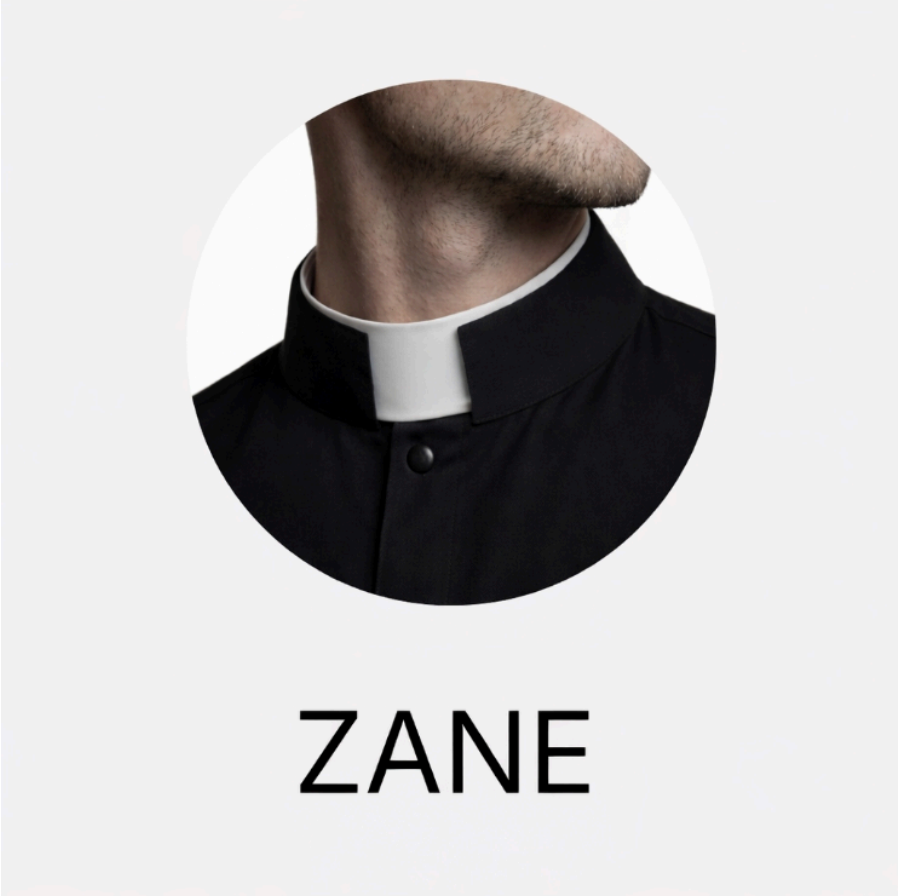
«Dominante con alzacuellos.»

Lo miró.

Gimió.

*No vayas por ahí, Faith.*

Resoplando, escribió cuatro letras.




Dejó el móvil sobre la mesilla de noche y gimió al darse cuenta de que tenía las piernas cerradas. Con fuerza.

Bueno, ¿es que lo de la bañera no había sido suficiente?

Pues al parecer, no.

Genial. Llevaba horas con un cura en su vida y ya no recordaba cómo era no tenerlo. Le llenaba la nevera, le montaba los muebles, le hacía la cena y encima conseguía que se riera cuando llevaba años sin encontrar a nadie que lo lograra sin que le resultara forzado.

Y por si todo eso fuera poco, tenía esa maldita voz. Y esas manos. Y esa manera de mirarla como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Que lo sabía, por cierto. Eso era lo peor.

Se tapó la cara con la almohada.

Estaba jodida, ¿verdad?

Sí, ambos lo estaban, pero no podían imaginar cuánto.



# Capítulo 12

—Y este —dijo Zane, señalando la puerta de madera oscura— es el confesionario.

Emma lo miró con sus ojos enormes.

—Aquí viene la gente a contar sus secretos. Sus problemas. Sus pecados —hizo una pausa y la miró muy serio—. Tú nunca usarás uno de estos.

Emma parpadeó.

—En serio —insistió él—. No lo necesitarás.

Emma soltó un gorjeo.

—Exacto —asintió Zane—. Y este sitio —señaló el pasillo central, los bancos, el altar— es donde la gente viene a buscar respuestas. O a hacer preguntas. O simplemente a quedarse en silencio un momento cuando el mundo de fuera se vuelve demasiado ruidoso.

Zane reajustó el peso de la niña contra su cadera y reanudaron su particular tour por la nave de San Patricio.

—Eso de ahí arriba son las vidrieras —continuó, señalando los cristales tintados que filtraban la luz de la mañana—. Cuestan un ojo de la cara de mantener, así que ni se te ocurra tirarles nada cuando

aprendas a lanzar cosas con puntería. Y esa de ahí es la pila bautismal. El agua suele estar helada, ya te aviso.

Que la niña acabara pasando la mañana recibiendo una clase de arquitectura eclesiástica teñida de cinismo no entraba en los planes de nadie. Mucho menos en los de Faith. Pero la abogada había tenido una emergencia de última hora en el bufete, lo que había reducido sus opciones de supervivencia familiar a dos: o se llevaba a una bebé de diez meses a una oficina infestada de tiburones legales, o el padre Prescott se la llevaba a la iglesia.

Faith, por supuesto, había peleado con uñas y dientes en contra de la segunda opción.

—La niña no pisará una iglesia.

—¿Por qué no? Sus padres eran creyentes.

Faith dejó la taza de café sobre la mesa.

—Sus padres no estaban muy centrados —replicó ella—. La dejaron a mi cargo... —lo repasó de arriba abajo con la mirada—. Al de los dos —añadió, con un tono que dejaba clarísimo que aquello era infinitamente peor.

A Zane no le quedaba más remedio que darle la razón. Pero le gustaba demasiado picarla, así que...

—Tampoco es que un despacho repleto de fríos abogados sin sentimientos sea el mejor ecosistema para un bebé.

Faith enarcó las cejas.

—¿Fríos abogados?

—Como el hielo.

—¿Sin sentimientos?

—Ninguno. Solo os importa ganar.

—Tú eres abogado —le recordó ella, destilando veneno.

—Ya, bueno, pero yo no ejerzo. No es lo mismo.

—No, lo tuyo es todavía peor. Te recuerdo que te apodaban «El implacable».

Él hizo un gesto en el aire con la mano, restándole importancia.

—La gente es muy exagerada.

—Ya…

—Vamos, sabes de sobra que es lo mejor. Además, antes he quedado con Dakota, así la conoce. Que no deja de repetirme lo mal hermano que soy.

Faith suspiró.

—Pero no la adoctrines. Emma es atea.

—¿Y decidir eso por ella no es adoctrinarla también?

—No —atajó ella rápidamente—. Es hacerla libre.

—Libre será para elegir lo que le dé la gana ser y creer en lo que le dé la gana creer.

—Sin que nadie le lave el cerebro —insistió Faith.

—Prometo que no le enseñaré a rezar el rosario.

—Y si pones las manitas así, rezas, mi niña —le arrulló la anciana, cogiendo las manos regordetas de Emma para juntárselas a la fuerza en una postura de devoción absoluta.

Emma se quedó mirando fijamente las manos arrugadas de la mujer, parpadeó muy despacio y le dedicó una sonrisa babeante.

—Bah —soltó la niña.

—Sí, eso mismo, preciosa —asintió la anciana con una solemnidad tremenda, como si la bebé acabara de recitar un versículo en arameo antiguo.

—¿No cree que es un poco pequeña para entender el concepto de la salvación eterna, señora Higgins?

La mujer lo miró por encima de sus gafas.

—¿Y usted cuándo aprendió a rezar, padre Prescott?

Zane frunció el ceño.

—Exacto —sentenció ella, dándose por ganadora ante su silencio —. No lo recuerda. Simplemente lo sabe.

Y ni corta ni perezosa, le plantó su viejo rosario de cuentas brillantes directamente en las manos a Emma, que las agarró al vuelo.

—¿Ve? Ya lo pilla. El Señor obra de formas misteriosas.

—Lo que pilla es que brilla. Y se lo quiere comer —murmuró Zane, quitándoselo de las manos antes de que Emma decidiese merendarse a Jesucristo.

—Qué encanto de criatura. ¿Y cómo decía que se llamaba, padre?

—Emma —respondió Zane, armándose de paciencia.

Se lo había dicho ya quince veces en menos de diez minutos, y tenía bastante claro que tendría que repetírselo alguna que otra vez más.

—Emma… Qué nombre tan bíblico —suspiró la mujer, ignorando el pequeño detalle de que no había una sola Emma en todas las Sagradas Escrituras.

—No hay ninguna Emma en la Biblia, señora Higgins.

—Pues debería haberla —dijo ella, con la autoridad de quien lleva décadas frecuentando las Sagradas Escrituras y considera que tiene voz y voto en su contenido—. ¿Y cómo dice que fallecieron los padres de la criaturita?

—En un accidente.

—Que Dios los tenga en su santa gloria —se persignó con devoción—. No te preocupes, pequeña, seguro que allí arriba están muy bien. Esta misma noche le rezaré a mi difunto Harold para que también los cuide.

Ni que el bueno de Harold fuera un santo canonizado con un puesto en la junta directiva del cielo y no un puñetero mortal más.

En fin. Cosas de las personas mayores.

Para desviar el tema antes de que la anciana le encasquetara otro rosario a la niña, Zane cometió el peor error táctico de toda su mañana.

—¿Alguna novedad del señor Kowalski?

Zane se arrepintió en el milisegundo exacto en el que la última sílaba abandonó su boca. Los ojos de la señora Higgins se iluminaron con el brillo letal de quien acaba de encontrar a una presa dispuesta a escuchar.

Le cayó encima una hora de cháchara. Sesenta puñeteros minutos de monólogo ininterrumpido para destripar cada mínimo detalle: el mantel de cuadros rojos y blancos, la vela que goteaba cera por el lado izquierdo, el camarero joven que tenía los ojos del color del mar en verano, el tiramisú que estaba demasiado frío pero que Arthur insistió en pedir de todas formas porque era el postre favorito de su difunta esposa y le parecía un bonito homenaje, lo cual la señora Higgins encontró simultáneamente tierno y ligeramente perturbador.

—¿Y llegó a casa bien? —preguntó Zane cuando por fin encontró un hueco para meter una sílaba.

—Perfectamente —dijo ella—. Me acompañó hasta la puerta, como usted dijo. Y me dio un beso.

Pausa.

Zane la miró.

Ella lo miró.

—En la mejilla —dijo por fin, con una inocencia que no le creyó ni un segundo—. Más o menos.

—Señora Higgins…

—Cuando me pueda confesar, le diré la verdad sobre ese beso.

—No es necesario, señora Higgins. De verdad que no —atajó él rápidamente, viendo venir el desastre.

Pero ella ya no lo escuchaba. La mujer ya enfilaba hacia el confesionario.

Zane dejó caer la cabeza hacia atrás, clavando la vista en el techo abovedado en busca de una paciencia divina que, evidentemente, no iba a llegar. Luego bajó la mirada hacia Emma, que seguía cómodamente sentada en su carrito.

—Bueno, enana, supongo que me va a tocar comerme mis propias palabras —masculló—. Sí que vas a tener que entrar en un confesionario hoy. Menos mal que no entiendes absolutamente nada de lo que vas a oír ahí dentro, porque si no, te traumatizarías de por vida.

Emma le dedicó una sonrisa babeante y soltó una burbuja de saliva.

—Bah.

—Sí... —suspiró Zane—. Con un traumatizado ya es más que suficiente.

Y así fue como Emma se convirtió también en parte activa de la iglesia. O, al menos, todo lo activa que puede llegar a ser una bebé de diez meses que no sabe ni valerse por sí misma y cuya mera supervivencia en este mundo cruel depende única y exclusivamente de un cura.

Pero el caso era que volvió allí, para desgracia de Faith.



# Capítulo 13

Los días pasaban y, aunque de cara a la galería pareciera que todo iba sobre ruedas, la verdad era otra muy distinta.

Las cosas iban peor que nunca.

Y es que hay un fenómeno curioso que le ocurre al cerebro humano cuando se obsesiona con algo.

De repente lo ve en todas partes.

El dichoso sistema de activación reticular, que lo llaman los psicólogos para hacerse los listos.

Si buscas un coche rojo, de repente parece que todos los concesionarios del planeta han hecho liquidación de ese modelo; si quieres ser madre, el mundo se plaga de embarazadas y carritos.

Pues a Zane y Faith les estaba pasando exactamente eso. Solo que el centro de toda aquella atención malsana no era un objeto, ni una idea, ni un miedo.

Eran ellos. Y el deseo contenido.

Un roce accidental no es nada. En cualquier otra circunstancia, con cualquier otra persona, es un simple choque de extremidades al que no se le da más importancia. Cero.

Pero cuando la tensión sexual te está asfixiando, cuando eres hiperconsciente de cada milímetro que se mueve el otro, cuando tu cerebro lo filtra todo a través de una lente que grita «peligro de combustión espontánea», un roce deja de ser nada.

Y empieza a ser un problema. Un problema muy gordo.

Pasó un día en la cocina, cuando ambos alargaron la mano a la vez hacia el mismo paquete de café. Sus nudillos apenas chocaron durante un microsegundo, pero los dos pegaron un tirón hacia atrás como si el envase estuviera al rojo vivo, tragando saliva y fijando la vista en los azulejos para no tener que mirarse a la cara.

Volvió a pasar otra tarde en el pasillo. El apartamento no era el palacio de Versalles, de acuerdo, pero había espacio de sobra para no tener que rozarse las caderas al cruzarse. Y, sin embargo, se rozaron. Una fricción estúpida de apenas un segundo que dejó a Faith con la respiración entrecortada y a Zane apretando la mandíbula hasta casi astillarse los dientes.

Por no hablar de las miradas. Esas que se lanzaban a traición cuando creían que el otro estaba demasiado distraído con Emma.

Zane observando fijamente cómo Faith se mordía el labio inferior mientras repasaba un informe del juzgado; Faith clavando los ojos en los antebrazos tensos de Zane cuando este se remangaba la camisa para lavar un biberón.

Miradas pesadas, oscuras, cargadas de toda la frustración de saber que estaban jugando a la ruleta rusa con el cargador lleno.

Y, como era de esperar, un día el arma se disparó.

¿La gran culpable? Emma. Obviamente.

La pequeña llevaba dos horas así. Sin motivo aparente. No tenía hambre, había dormido, el pañal estaba limpio. Simplemente estaba incómoda, y lo expresaba de la única manera que sabía: con un llanto continuo y desgastador que no llegaba a ser berrido, pero que tampoco cesaba.

Zane, con las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, paseaba a la niña por el salón. La había sentado. La había vuelto a coger. Le había dado el chupete, que escupió. Le había ofrecido el mordedor, que tiró al suelo. Le había cantado algo que en otro contexto habría sido un himno, pero que a Emma le dio exactamente igual. Y ahora la estaba paseando. De un lado al otro. Y vuelta a empezar.

Faith llevaba veinte minutos mirando la pantalla del portátil.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé —dijo Zane, que seguía paseando con la niña en brazos.

—¿Ha comido?

—Sí.

—¿El pañal?

—También.

—¿Entonces?

—Faith… —estaba empezando a perder la paciencia—. Si lo supiera, lo habría arreglado ya.

Ella se calló.

Tres minutos duró callada.

—Prueba a ponerla en la trona.

—Ya lo he hecho.

—Pues vuelve a intentarlo.

—No va a funcionar.

—¿Lo has intentado o no?

—Faith —repitió él, esta vez con menos paciencia y la mandíbula apretada.

—Solo digo que...

—Ya sé lo que dices.

Emma lloró un poco más fuerte, como si quisiera subrayar el momento. Zane le dio una vuelta más por el salón, murmurándole algo que Faith no llegó a escuchar, y la niña bajó un poco el volumen, aunque no lo suficiente.

Faith cerró el portátil.

Lo abrió.

Lo volvió a cerrar.

—No puedo concentrarme.

—Lo sé —dijo él, sin mirarla.

—Con ese ruido es imposible.

—No es ruido, es Emma —la corrigió él, y el tono fue suficientemente neutro para resultar irritante.

—Ya sé que es Emma —bufó ella—. No necesito que me lo expliques.

—Pues no la llames ruido.

—No la he llamado ruido, he dicho que...

—Te he escuchado perfectamente.

Faith volvió a intentarlo…

Nada, que no había manera.

—¡¿Puedes hacer que se calle de una vez?! —soltó Faith, desesperada, haciendo que Emma llorase todavía más.

—Está molesta, Faith. No es un interruptor que pueda apagar —respondió Zane, y su tono de superioridad moral fue la chispa que faltaba.

Faith cerró el portátil de golpe. Se puso de pie y empezó a caminar por el salón.

—Tengo un juicio mañana.

—Ya lo sé.

Se pasó una mano por el pelo.

—Así no puedo concentrarme.

—Ya lo sé —repitió él.

Se pasó las manos por la cara.

—¡¿Y de qué me sirve que lo sepas si no puedes hacer nada?! —explotó.

El berrido de Emma se escuchó en todo el vecindario.

—¡Mierda! —Faith fue a acercar a la niña, pero Zane puso una mano, impidiéndole que se acercara.

—La pondrás más nerviosa.

Así que, para evitar una catástrofe en mitad del salón, Zane tomó la única decisión lógica y se marchó con Emma a la habitación, aislando a la niña de la fuente de estrés.

Le costó una hora entera de paseos a oscuras y balanceos interminables, pero consiguió que se durmiera por fin. La dejó en la cuna, volvió al salón.

Allí estaba Faith, mirando por la ventana, completamente en tensión. Mientras se preguntaba cómo demonios habían llegado a eso.

A parecer una pareja de anuncio cuidando a una niña.

Joder, las cosas se les estaban yendo de las manos. Eso no debía pasar.

¿Cuándo había ocupado él un lugar tan evidente en su casa? Peor aún: ¿cuándo lo había ocupado en su vida?

¿En qué maldito momento Zane había empezado a hacerse cargo de todo de manera automática?

Zane ya no era solo el cura arrogante que la sacaba de quicio. Ahora era el tipo que le preparaba el café exactamente como le gustaba. El que sabía, solo con verle tensar los hombros frente al portátil, que estaba a punto de estallar de estrés por el bufete. El que se llevaba a la niña a la otra punta del apartamento sin necesidad de cruzar una sola palabra, solo para darle espacio y quitarle peso de encima.

Estaban jugando a las casitas, joder. Y a ella le estaba gustando demasiado.

El pánico se le instaló en el centro del pecho, frío, punzante y paralizante. De repente, la presencia de Zane se había vuelto dolorosamente indispensable.

Tenía que parar aquella locura. Tenía que echarlo de allí, recuperar su espacio y reconstruir el muro antes de ahogarse irremediablemente en él.

—Por fin se durmió —Zane se puso a su lado—. ¿Por qué no aprovechas para trabajar? Puedo echarte una mano, si quieres. Obviamente no estaré a tu nivel; lo mío era el derecho mercantil y de eso hace ya una eternidad, pero podría ayudarte.

Ella negó con la cabeza.

—Esto no funciona.

—¿Qué no funciona?

Como ella seguía en silencio, Zane asumió por pura inercia que se refería al combo letal de la niña y el trabajo.

—Dormirá un buen rato, podrás adelantar…

—Será mejor que te vayas —lo interrumpió ella, tajante.

Zane frunció el ceño, completamente descolocado.

—¿Perdón?

—Ya lo has oído.

Se dio la vuelta y pasó por su lado. O lo intentó, porque Zane se lo impidió cogiéndola del brazo.

—La cuestión es que no sé si he oído bien…

Ella lo miró.

—Me has oído perfectamente. Vete.

—Para —le advirtió, cerrando los dedos alrededor de su brazo para evitar que se soltase—. ¿Qué quieres decir con que me vaya?

—¿Tienes problemas de comprensión auditiva? Que te pires.

—¿Me estás echando?

—¡Bingo! —se zafó de su agarre con un tirón brusco, cargado de mala hostia.

—Sé que estás nerviosa, Faith, pero no conviertas esto en un problema mayor del que es.

Ella soltó una carcajada seca mientras le daba la espalda y empezaba a alejarse.

—Tranquilo, que yo no busco un problema más. Contigo como problema ya tengo el cupo más que cubierto.

Zane bufó.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Explícame ese nada —exigió, siguiéndola hasta la cocina.

—¿Que te explique qué? ¿Lo que no me pasa?

—Faith… No me hagas perder la paciencia.

—Tampoco es que suelas tener mucha cuando se trata de mí.

—Y menos tendré como no me cuentes ya qué es lo que te pasa.

—Como si te importara.

Zane resopló.

—Como vuelvas a repetir eso, te juro que te cojo, te planto sobre mis rodillas y te azoto.

—Desde luego, eres un buen cura. De repente, la Inquisición tiene mucho sentido.

—Sigue dándole vueltas al asunto si quieres ponerme a prueba.

Y Faith sabía perfectamente que hablaba en serio.

—No tengo que explicarte nada —replicó, llenando un vaso de agua.

—Claro que no. Pero lo vas a hacer de todas formas.

Faith dejó el vaso en la encimera con más fuerza de la necesaria, sin llegar a beber.

—¿Qué quieres que te diga? —espetó, girándose hacia él—. ¿Que tengo un juicio mañana y que no puedo concentrarme? ¿Que llevo días sin poder pensar con claridad? ¿Que todo esto es demasiado para mí? ¿Que me arrepiento de haber aceptado esa custodia? No pedí nada de esto y estoy jodida. ¿Te vale?

Él la miró un momento en silencio antes de hablar.

—No.

—¡¿No?!

—No. No me vale. Dime la verdad.

—¿Y qué te crees que he hecho?

—Decirme una verdad a medias. Que todo esto es demasiado ya lo sé, pero lo estamos haciendo bien.

—¿Haciéndolo bien, dices? —rio con ironía.

—Casi has vuelto a la oficina, te ayudo en todo lo que puedo y…

—¡Y ese es el maldito problema! —estalló ella, perdiendo los papeles por completo—. ¡Tú eres el problema! —le apuntó al pecho con un dedo acusador, como si fuera el origen de todos sus males.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Y no te hagas el santo, padre Zane —escupió ella, cargada de rabia.

—¿Y qué cojones he hecho yo, si puede saberse?

—¡Que me tienes al límite! ¡¿Es que no lo ves?!

—Lo que veo es que vas a despertar a la niña como no bajes la voz.

—¡Joder!

—Faith...

—No —le advirtió ella al ver que él tenía intención de acercarse—. No quiero tenerte cerca. No quiero que estés aquí. ¿No es suficiente eso para que te vayas?

Él fue a responder que no, pero ella no estaba esperando una respuesta.

—No pedí que aparecieras en mi casa, ni que limpiaras, ni que cocinaras, ni que te quedaras, ni que...

Se pasó las manos por la cara, desesperada.

—¿Ni qué? —la animó a continuar.

—¡Ni que jugáramos a las casitas, joder!

—¿Estamos jugando a las casitas?

Ella lo ignoró por completo, metida en su propia espiral.

—Que parecemos un puto matrimonio.

Bueno, eso era verdad. Salvo por el pequeño detalle de que no lo eran en la única parte que a Zane realmente le interesaba.

Casi soltó un gemido, como le pasaba siempre que su cerebro derivaba hacia ese terreno con ella.

—¡Yo! ¡Y un cura! Un cura que está aquí metido todo el día, haciéndose cargo de algo que no es su responsabilidad solo porque le remorderá la conciencia y... y... ¿Y si quiero tener una cita y meter a un hombre en casa, qué hago?

—¿Hay alguien a quien quieras meter? —de repente, se había puesto de muy mal humor.

—Esa no es la cuestión.

—Oh, pues yo creo que sí —se lo comían los celos.

—La cuestión es que… que… —lo señaló con el dedo, temblando de pura frustración—. ¡No me mires así! Deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—¡Así, joder, así! No tienes que mirarme así. Ni siquiera tendrías que mirarme. Mucho menos estar aquí. Renunciaste, ¿recuerdas?

*Y vuelta la burra al trigo,* pensó Zane.

—Firmaste ese papel y te fuiste y me dejaste sola con todo esto. A mí, que no me gustan los niños. Pero claro, ¿qué iba a hacer? ¿Dejarla tirada? ¡Pues no! Porque yo no soy como tú. Así que hice lo que jamás creí que haría y me hice cargo de una niña que no es mía —soltó una carcajada amarga—. Una niña con unos padres zumbados a los que se les ocurrió en algún momento que yo podía ser una opción —otra carcajada—. ¿Cuándo fue la última vez que me vieron? —los cuatro se conocieron en la universidad, pero hacía más de una década que no veía a esa pareja—. Y ya entonces sabían perfectamente que los niños no eran lo mío.

—Para no gustarte, lo estás haciendo muy bien —era la verdad.

Ella bufó.

—No me dores la píldora.

—No lo hago. Lo estás haciendo de maravilla. Emma te adora.

—¡El problema es que a ti también te adora! —joder, ¿es que no lo entendía?

Zane parpadeó.

—¿Y por qué es eso un problema?

—Porque por eso estás aquí. Como si nada, como si tuvieras derecho a estar, como si... ¡Como si te importara!

—Me pica la mano —resopló—. ¡Deja ya la dichosa cantaleta! ¡Claro que me importa!

Él también estaba ya al límite.

—¡Ella! ¡Te importa ella! Yo solo soy un maldito daño colateral y soy yo la que está jodida. ¿Es que no lo ves? Me estás destrozando y no sé... no sé qué hacer contigo —sonaba derrotada—. Ni cuando me miras y me haces pensar que quizás... —no terminó la frase—. Ni cuando me tocas por accidente y pienso... Joder, ojalá no fuera accidental. Ojalá lo hicieras de verdad.

—Faith…

—Llevo unos días así y no puedo más. Por eso vete. Vete y déjame en paz. ¡Porque me estoy volviendo loca de deseo, joder!

Faith abrió los ojos de par en par, horrorizada al darse cuenta no solo de cómo acababa de perder por completo los papeles, sino de todo lo que acababa de soltar por la boca.

¿Pero cómo había llegado a ese punto?

No es que ella fuera precisamente la reina del autocontrol, pero tampoco era una dramática de manual ni, mucho menos, de las que perdían los nervios de esa manera.

—¡¿Ves?! ¡Ya no sé ni lo que digo! —exclamó, intentando aferrarse como a un clavo ardiendo a su locura transitoria y al estrés de los últimos días para excusar el patinazo que acababa de dar.

Aunque igual él ni siquiera se había enterado, ¿no?

Ilusa.

Claro que Zane se había enterado de todo. A ese hombre no se le había escapado absolutamente nada. Si estaba callado no era porque no la hubiera oído, sino exactamente por todo lo contrario.

Es que no sabía qué decir.

Zane se había quedado completamente en blanco. Lo de quedarse sin palabras iba camino de convertirse en una patología clínica cada vez que estaba a solas con ella.

Esa mujer había soltado tantas cosas de golpe que Zane no sabía ni por dónde empezar. Así que no empezó por ningún sitio.

Dio un paso hacia ella.

—No te acerques —dijo Faith, retrocediendo instintivamente hasta que la encimera le impidió seguir haciéndolo.

Zane se acercó de todas formas.

—He dicho que no...

—Lo he escuchado.

Estaba demasiado cerca. Lo suficiente para que Faith tuviera que levantar la vista para mirarlo.

Lo suficiente para que el espacio entre los dos dejara de ser espacio.

—Vete —le rogó.

—Vamos a ver si lo entiendo…

—No hay nada que entender.

—Crees que eres un daño colateral.

—Yo no dije eso.

—Oh, sí que lo dijiste.

—No en ese sentido.

—Como dijiste que no me importas.

—Tampoco dije eso.

—Quizás no con esas palabras exactas, pero es lo que querías decir.

—No sé de dónde te sacas esa conclusión, pero nada que ver.

—Crees que no me importas.

—¡Pues claro que no te importo!

Faith gimió de pura frustración al darse cuenta de que se la acababa de jugar.

—¡¿Por qué iba a importarte?! —intentó salvar su escasa dignidad.

—La verdad es que yo me pregunto exactamente lo mismo —reconoció él.

—Pues no hay nada que preguntar, porque no tiene que tener respuesta.

Ella intentó escurrirse hacia un lado, pero él plantó sus manos sobre la encimera, dejándola completamente atrapada contra el mármol.

—¿Qué haces? —el horror tiñó la voz de Faith al verle acortar la distancia entre los dos, invadiendo su espacio vital.

—Me deseas.

—¡Jamás dije eso! —exclamó ella, horrorizada.

—Y crees que yo no te deseo.

—Déjame…

Él la miró fijamente y soltó un suspiro.

—¿Crees que estás sola en esto? ¿De verdad te crees que eres la única que está sintiendo esto?

—No sé de qué hablas.

—Lo sabes de sobra, nena.

Faith ahogó un gemido al escuchar ese apelativo cariñoso, pronunciado con ese tono de voz tan ronco y sensual.

—No puedes llamarme así.

—Acabo de hacerlo —Zane soltó un suspiro pesado al captar la mirada de pánico de ella—. Créeme, sé muy bien que no debo —confirmó él—. Como tampoco debo desearte, y mírame. No puedo evitar hacerlo.

Y esa era la verdad.

—No me mientas.

—¿Crees que te miento?

—No digas esto solo para hacerme sentir mejor.

Zane soltó una carcajada seca, puramente irónica.

—No puede ser verdad —insistió ella, negando con la cabeza.

—Lo es, y lo sabes —le clavó los ojos, implacables—. Lo sabes con la misma certeza con la que yo sé que tú me deseas.

Faith volvió a abrir los ojos de par en par, acorralada.

—No sabes disimular, cariño —se burló él, arrogante.

Pero ella no estaba para el sentido del humor de Zane. Le dio un empujón en el pecho con ambas manos, pero él ni se inmutó.

—¿A mí no se me nota?

Zane le puso las manos en las caderas.

—Deja de jugar conmigo.

—Ojalá fuera un juego —rio él, y sonó tan ronco y desesperado que le puso los vellos de punta—. Ojalá fuera todo una mentira, pero no. No lo es. No es una mentira que me acueste todas las putas noches con una erección de caballo por haberme pasado el día entero pensando en ti.

—Zane…

—Entiendo que estés jodida, Faith. Porque yo lo estoy igual.

Ella tragó saliva, sintiendo que el aire de la habitación había desaparecido de repente.

—¿Y qué vamos a hacer?

Él sabía de sobra lo que tenía que hacer.

—Debería irme —dijo él, acercando el rostro al de ella, compartiendo exactamente el mismo oxígeno.

No, no era eso lo que debía hacer, ¡sino todo lo contrario!

—Deberías —susurró ella, cerrando los ojos por el puro y humillante placer de sentirlo tan cerca.

—Sí. Todo sería muchísimo más fácil si lo hiciera. Pero no quiero irme…

Zane apoyó la frente contra la de ella. Apretó el agarre en sus caderas, posesivo.

—Me muero por besarte —admitió, con la voz completamente rota.

Tiró de ella para encajarla por completo contra su cuerpo, clavándole la erección directamente en el vientre para dejarle clarísimo hasta qué punto no estaba jugando.

Ella gimió de placer.

—Joder, cómo deseo hacerlo —murmuró, mortificado.

—¿De verdad? —preguntó ella en un susurro tembloroso, sin abrir los ojos.

—Te deseo tanto que siento que me voy a volver loco si no te beso ahora mismo.

—Hazlo —casi le rogó—. Bésame, por favor.

—No lo haré llevando este alzacuellos. Te mereces mucho más que un beso prohibido, Faith.

Y eso fue como echarle un cubo de agua helada por encima.

Faith abrió los ojos de golpe, se separó de él de un empujón y se alejó, poniendo distancia entre ambos.

—Vete.

—Faith…

—Vete y déjame en paz. Vete y olvídate de mí. De Emma. ¡De todo!

—¡Como si fuera tan fácil!

—¿No lo es? —la ironía en su voz.

—¡Claro que no lo es! —se pasó una mano por el pelo, perdiendo por primera vez toda la compostura—. Llevo un alzacuellos que me está asfixiando cuando lo único que deseo es quitármelo. Deshacerme de todo. Arrancarte ese maldito chándal que me está volviendo loco, sentarte desnuda en esa encimera, hundirme en ti ¡y follarte hasta que grites mi nombre! —explotó, sorprendiéndola—. Follarte una y otra y otra vez. Recuperar todos los años que llevo sin hacerlo. Contigo.

—Pues quítatelo —lo desafió de nuevo ella—. Quítatelo, deja de esconderte detrás de esa maldita sotana. ¡Deja de utilizarla como excusa!

—¿Eso crees que hago? —preguntó él, sonando dolido.

—Eso es exactamente lo que llevas haciendo años.

Se quedaron allí los dos, congelados, mirándose fijamente mientras el oxígeno de la cocina desaparecía entre sus respiraciones erráticas y cargadas de rabia.

—Supongo que sí —masculló Zane finalmente, dando un paso atrás para romper la jodida burbuja que los asfixiaba—. Que será mejor que me vaya.

Y, sin decir una sola palabra más, se dio la vuelta y salió de la cocina.

Un momento después, el eco del portazo de la puerta principal reventó el silencio del apartamento.

—¡Joder! —exclamó Faith.

Le fallaron las rodillas, se dejó caer al suelo despacio y dejó salir de golpe toda esa tensión que llevaba días acumulando en el pecho.

En forma de llanto.



# Capítulo 14

—¡Vaya horitas! —exclamó Dakota al ver a su hermano.

Frunció el ceño mientras miraba a Cole, su marido, que venía detrás de Zane y haciendo aspavientos exagerados con la mano.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, sin entender el código de gestos de su esposo.

Cole puso los ojos en blanco.

—En serio, nena, a veces no sé cómo eres tan buena en tu trabajo —señaló a Zane con la cabeza—. Está borracho.

—No estoy borracho —Zane se dejó caer en el sofá—. Solo que no estoy acostumbrado a beber.

—Pero si eres un pozo sin fondo —resopló Cole, sentándose al lado de su mujer.

—Pero ¿qué le pasa? —susurró Dakota, mirando a su marido.

Cole se encogió de hombros.

—Vete tú a saber.

Los dos miraron a Zane, que tenía la vista clavada en el techo con la expresión de alguien que está manteniendo una conversación muy

intensa consigo mismo y no está ganando.

—Zane —dijo Dakota.

—Mmm…

—¿Qué ha pasado?

Silencio.

—Nada.

—¿Tiene nombre el problema? —dijo Dakota.

Zane cerró los ojos.

—Déjalo estar, Dakota.

—Ah, entonces sí tiene nombre. Faith, supongo.

Zane miró a su hermana con el ceño fruncido.

—¿Por qué das por hecho que es esa letrada del averno?

—¿Quién iba a ser si no? ¿El padre Tom? ¿Sor Angustias? —Dakota chasqueó la lengua—. Dudo mucho que ninguno de ellos consiga hacer que te emborraches así.

—Eso solo lo consigue una mujer —confirmó Cole, asintiendo con aires de experto.

Zane resopló.

—Ella no es una mujer cualquiera. Es insoportable —explicó él—. Enterada. Cabezota. Imposible. Incapaz de pedir ayuda, aunque se esté hundiendo. Convencida de que siempre tiene razón —hizo una pausa, clavando los ojos en la nada—. Y extremadamente sexy.

Cole, que justo en ese momento le estaba dando un sorbo a su bebida, escupió todo el líquido de golpe.

Dakota, sin embargo, ni pestañeó. Ni dijo nada. Se quedó estática.

Zane la miró.

—Entonces tiene que ser genético.

A Dakota le daba miedo preguntar.

—¿Qué tiene que ser genético?

—Lo de quedarnos sin palabras. A mí me está pasando demasiado últimamente.

—Oh... —Dakota seguía sin entender nada.

Lo mismo era que el embarazo le estaba afectando a las neuronas. El primer trimestre era lo peor.

—Tu hermana nunca se queda sin palabras —intervino Cole, limpiándose la barbilla y ganándose un codazo en las costillas por parte de su mujer—. ¡Auch! ¿Pero por qué pegas? Si es verdad.

—Por eso —dijo Zane, señalando vagamente a su cuñado—. Ella tampoco. Y sin embargo…

Dakota miró a su hermano.

—Voy a necesitar que me expliques qué está pasando. Con frases completas, si es posible.

—¿Cómo estás de las náuseas? —miró a Cole—. Ya te ha perdonado, por lo que veo.

—Zane... —le advirtió su hermana.

—Hoy Emma estaba rarilla, no sé qué demonios le pasaba. Vuelta para acá —hizo un gesto hacia un lado con una mano—, vuelta para allá —repitió el movimiento hacia el otro—. Pero conseguí que se durmiera. ¡Y justo ahí es cuando todo se ha ido al carajo!

Los otros dos abrieron la boca para preguntar por qué, pero él no les dio ni medio segundo de margen.

—Faith me quiso echar.

Cole se encogió de hombros con pasmosa tranquilidad.

—Ya, bueno, lo raro es que no lo haya hecho antes. Todavía no entiendo cómo habéis conseguido manteneros a menos de un metro de distancia sin mataros el uno al otro.

—Oh, seguimos queriendo matarnos —asintió con la cabeza.

Cole también asintió, si es que eso era lo que se esperaba de ese par.

—Pero de placer.

Silencio sepulcral e incómodo en la sala.

—Como os decía —continuó él, como si estuviera dando el parte meteorológico—, me quiso echar. No me quise ir. A ella se le cruzaron los cables y empezó a hablar, y hablar, y hablar, y reconoció que me desea. La acorralé contra la encimera. Me exigió que me quitara la sotana. Le dije que me moría por quitármela y hacerla mía allí mismo, pero que no podía. Y me fui dando un portazo. Fin del resumen.

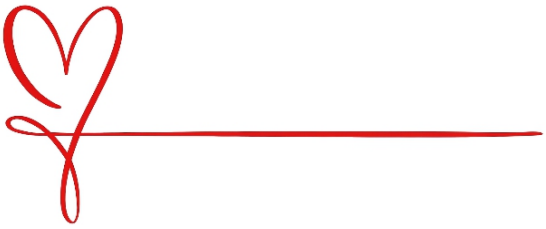
Segundo silencio incómodo.

Esta vez, con eco.

—Zane... —dijo Dakota muy despacio, procesando la bomba que acababa de escuchar—. ¿Estás enamorado de Faith Ashford?

Zane se levantó del sofá.

—Necesito otro trago.



Una cerveza después…

El silencio en el ático de los Vane era total. O casi total, si teníamos en cuenta los suspiros lastimeros de Zane.

Cole y Dakota todavía estaban asimilando todo lo que acababan de escuchar.

—Entonces... —Dakota carraspeó—. Todo esto ha pasado en...

—Días —confirmó Cole, alucinando—. Lo cual no es poco tiempo para decirle a alguien que quieres hacerla tuya —se rio, no pudo evitarlo—. La madre que te parió.

Dakota lo miró de mala manera, pero la verdad era que le estaba costando la vida no reírse.

—En la encimera le dije que quería ponerla.

—No son necesarios tantos detalles —intervino Dakota rápidamente.

—Pero claro, con el maldito alzacuellos no puedo —se lo fue a quitar, y entonces frunció el ceño—. ¿Dónde está?

Cole y Dakota también miraron su cuello, preguntándose lo mismo, dándose cuenta en ese momento de que no lo llevaba.

—Pues no está —dijo Zane.

—A lo mejor es que no tiene que estar —dijo su hermana.

—¡Claro que no tiene que estar! —le dio la razón—. Nunca tendría que haber estado.

—Ahí tengo que darte la razón —él la miró fijamente y ella suspiró —. A ver, eres mi hermano y respeto tus decisiones, pero sabes que nunca lo entendí.

—Ni yo —dijo Cole.

—Ni yo —dijo Zane.

Los otros dos pusieron los ojos en blanco.

—Entonces ¡¿por qué demonios te hiciste cura?!

Mira que Cole era una persona con bastante autocontrol, pero Zane, a veces, lo ponía a prueba.

—Faith cree que lo hice por esconderme.

—¿Esconderte de qué? —preguntó Cole.

—Y que es una excusa.

—¿Por qué o para qué necesitarías ninguna excusa?

Zane hizo un gesto con la mano.

—Eso no importa ahora —masculló.

—Bueno, un poco sí —dijo Cole.

—Hay cosas que importan más.

—Eso no te lo voy a negar.

—Como dónde diablos está el alzacuellos.

Cole se apretó el puente de la nariz.

—Pero ¡qué va a importar eso! —exclamó, perdiendo la paciencia.

Zane lo pensó.

—Pues nada, en verdad —reconoció—. Mejor pienso en la toga.

—¿La toga? ¿Vas a volver a ejercer? —Cole ya estaba redactando mentalmente el contrato blindado que le iba a poner sobre la mesa.

Porque Zane iba a trabajar para él, vamos, aunque tuviera que pagarle una obscenidad de dinero. Siempre había querido ficharle, pero el muy idiota había preferido meterse a cura para joderle los planes.

—Soy muy caro —advirtió Zane, moviendo el líquido ámbar de su vaso.

—¿Eso es un sí? —Dakota todavía no salía de su asombro—. ¿Vas a dejar el sacerdocio?

—Claro, con la señora Higgins —asintió él, con la solemnidad absoluta que solo te da llevar tres copas de más.

—¡Zane, haz el jodido favor de centrarte! —ahora fue Dakota la que se apretó el puente de la nariz con dos dedos, haciendo un esfuerzo titánico para no apretar otras cosas.

Como el cuello de su hermano, por ejemplo. Con muchísima fuerza.

¿Es que no podía articular dos frases seguidas con sentido?

—Qué vas a hacer con Faith. Y con Emma. ¡¿Y con tu vida?!

Zane tenía muy claro qué iba a hacer. O creía tenerlo claro antes de emborracharse.

Iba a responder a esa pregunta cuando su móvil sonó. Tardó en sacarlo.

Resopló.

—Es la letrada del mal —anunció, sonando enfadado.

Aceptó la llamada y se puso el móvil en la oreja.

—Lo siento por irme así —ni siquiera le dio tiempo a ella decir nada.

Cole y Dakota no soltaron una carcajada de milagro.

—¿Ya no estás enfadada? —preguntó él. Esperó un momento—. ¿Faith?

Al ver que ella no decía nada, se separó el móvil de la oreja para mirar la pantalla. Lo mismo había recuperado el sentido común y le había colgado, pero no. La llamada seguía activa.

—Faith, ¿estás ahí?

Entonces la escuchó sollozar.

Zane se puso en pie de un salto. La borrachera se le fue de golpe.

—Faith, ¿qué te pasa? —Pero ella solo era capaz de llorar—. Cariño, por favor, me estás asustando. ¡¿Qué te pasa?!

El pánico hizo acto de presencia, instalándosele en la garganta. ¿Le había pasado algo? ¿A ella? ¿A Emma?

—¡Pero por Dios, habla! —exclamó.

Él sabía de sobra que gritarle al teléfono no era precisamente la táctica más brillante para relajar a alguien al borde de un ataque de nervios. El problema es que no sabía por qué estaba en ese estado, ¡y eso era justo lo que necesitaba averiguar antes de volverse loco!

—Zane... —su hermana, que también se había levantado, le puso una mano en el brazo para pedirle que se relajara—. Así no ayudas.

¡Ya lo sabía!

—¡Joder! —exclamó, pasándose la mano libre por el pelo—. Nena, por favor…

No era consciente de los apelativos que le estaban saliendo de la boca, algo que, por supuesto, no pasó desapercibido para Dakota y Cole.

—Respira y dime qué pasa. ¿Estás bien? ¿Emma está bien?

—Zane... —sollozó ella al otro lado de la línea.

—Sí, cariño. Estoy aquí.

—¿Puedes venir? —ella sorbió por la nariz—. Te necesito.

Zane ya estaba a un paso de reventar la puerta de salida.

—Voy, nena. Ya voy.



# Capítulo 15

Zane entró en la zona de urgencias pediátricas del hospital como si estuviera a punto de excomulgar a todo el personal médico.

Había llegado hasta allí gracias a Dakota, que era la única de los tres que no tenía alcohol en sangre, y gracias a un auténtico milagro de la paciencia, porque su hermana y su cuñado habían tenido que pelear a gritos con él para que les diera exactamente noventa segundos para quitarse el pijama.

Noventa. Ni uno más.

Cole, de hecho, llevaba unos calcetines desparejados y el abrigo echado por encima de una camiseta de propaganda, porque Zane había estado a punto de robarles el coche y dejarlos en tierra si no salían ya.

Como ellos habían tenido que quedarse buscando un hueco en el aparcamiento, Zane irrumpió solo en la sala de espera, yendo directo hacia el mostrador de admisión.

—Emma Keller —apoyó ambas manos sobre el mostrador para arrinconar visualmente a la recepcionista—. Ha entrado hace un rato. Dónde está.

La mujer parpadeó y le echó una rápida mirada. Después, para nada intimidada, volvió a centrarse en su pantalla.

—¿Es usted familiar directo?

—No.

—Lo siento mucho, señor, pero si no es familiar directo no puedo darle ninguna información. La ley de protección de datos me prohíbe...

—Me importa una reverenda mierda la ley de protección de datos. Hay una mujer llorando y una bebé enferma ahí dentro que me necesitan, así que me va a decir el maldito número de box ahora mismo o voy a abrir cada puta puerta de este hospital hasta encontrarlas —amenazó.

—Lo siento, pero no puedo…

—¡Me importa una mierda lo que usted pueda! —estalló Zane, golpeando el mostrador con la palma de la mano abierta.

—Señor, le voy a pedir que baje la voz y se retire del mostrador —dijo la mujer con toda la calma de quien no es la primera vez que vive algo así.

—¡Me va a decir dónde están a la de ya!

Joder, es que se estaba volviendo loco.

—Le ha pedido que se aleje —intervino una voz grave a sus espaldas.

Zane se giró. Un guarda de seguridad que le sacaba media cabeza y quince kilos de músculo lo miraba con cara de tener muy pocas ganas de aguantar gilipolleces a esas horas.

—Y yo le voy a pedir a usted que se aparte de mi camino si no quiere que necesitemos otro box libre para traumatismos —gruñó Zane, con la adrenalina y los restos del alcohol y el miedo nublándole el poco sentido común que le quedaba.

El guarda de seguridad entrecerró los ojos y echó mano a las esposas que llevaba en el cinturón.

—Muy bien, listo. Dese la vuelta y ponga las manos a la espalda. Está usted alterando el orden público en un recinto hospitalario.

Zane rio con ironía.

—¿De verdad va a detener a un sacerdote? ¿Está seguro de eso? —lo desafió Zane, ignorando olímpicamente a la cantidad de gente en la sala de espera que ya estaba pendiente del espectáculo, grabando con sus móviles.

Estupendo. Seguro que mañana abría los informativos y era trending topic en TikTok.

El guardia lo repasó de arriba abajo con lentitud. Ni rastro de alzacuellos, la ropa hecha un desastre y un tufo a alcohol que tiraba de espaldas.

—Claro, un sacerdote —se burló el hombre con una sonrisa sin gracia—. Y yo soy el maldito Papa de Roma. El primer papa negro. Lo que está usted es borracho.

—¡No estoy borracho!

—Zane, por Dios —siseó Dakota, que ya había llegado a su lado y le tiraba de la manga, intentando que se calmara antes de que lo redujeran por la fuerza.

Cole se interpuso ágilmente entre su cuñado y el guarda de seguridad, que ya tenía la mano en las esposas y no parecía tener ganas de escuchar a nadie.

—¿Pero qué demonios te pasa? —Dakota estaba alucinando.

Zane, absolutamente desesperado, se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Necesito verlas, yo…

—¡No vas a verlas hoy, ni mañana, porque te vas a pasar un par de días en el calabozo, joder! ¿No podías haber llamado a Faith y te

habrías ahorrado todo este puto teatro? Pero no, tenías que liarla y conseguir que ahora no te vayan a dejar entrar.

—¡Tiene el maldito móvil apagado! Tan tonto no soy.

Ella le dedicó una mirada que gritaba «permíteme que lo dude».

—¡Pues muy mal! —estalló Dakota, llevándose una mano al vientre de forma instintiva.

—¿Estás bien? —preguntó su hermano, genuinamente alarmado.

Ella lo fulminó con unas ganas palpables de cometer un homicidio en primer grado allí mismo.

Él levantó las manos en un gesto de pura rendición, sintiendo que el pecho le iba a reventar de la angustia.

—Lo siento. Ya me relajo.

Dakota lo miró con los ojos entrecerrados, llena de suspicacia. No se creía ni media palabra de esa repentina calma, pero terminó asintiendo con la cabeza.

Entonces fue ella quien se giró hacia el mostrador y se acercó a la recepcionista de admisión, desplegando su mejor sonrisa.

—Discúlpelo, por favor. Está de los nervios. Su novia y la hija de ella están ahí dentro. La chica lo ha llamado llorando a mares hace diez minutos y ya ve… —lo señaló con un gesto de lástima y suspiró teatralmente—. El amor hace estragos.

La mujer miró al supuesto sacerdote borracho. Luego miró a la guapísima pelirroja.

—¿Son hermanos?

—Para mi absoluta desgracia.

—Ya… pero es que la ley de protección de datos... —empezó a recitar la recepcionista, aunque con mucha menos convicción que antes.

—Mire —la interrumpió Dakota, apoyándose en el mostrador con elegancia y bajando la voz a un tono confidencial y letalmente persuasivo—. ¿Ve a ese de ahí? Sí, el de la camiseta de la pizzería. ¿No le suena?

La mujer entornó los ojos hacia Cole, escudriñando a un tipo que, a juzgar por su cuestionable gusto para vestir, parecía no tener donde caerse muerto.

—Haga memoria... —insistió Dakota, disfrutando del cortocircuito mental de la recepcionista—. O mejor, la ayudo yo. Cole Vane.

La mujer abrió un poco los ojos, conectando los cables de golpe.

Dakota asintió con la cabeza, implacable.

—Exactamente. El nieto de Alexander Vane. Voy a tener que llamar al abuelo de mi marido ahora mismo para decirle que le están prohibiendo a mi hermano la entrada al hospital que su propia familia financia —hizo el amago de sacar el móvil del bolsillo.

La recepcionista se quedó pálida. Miró a Dakota, después al supuesto heredero millonario vestido de pizzero, tragó saliva y asintió nerviosamente.

—B-box número tres. Al fondo del pasillo a la derecha —susurró rápidamente.

—¡Gracias! —Dakota se giró, dispuesta a gritarle el número a Zane para que se tranquilizara, pero ya era tarde, ya había esquivado al guarda con la ayuda de Cole y corría pasillo adentro a una velocidad increíble.

Dakota suspiró. Al día siguiente tendría que lidiar con una crisis mediática de proporciones épicas en la que estarían involucrados los Vane.

¡Qué remedio! Todo fuera por el amor.

Zane empujó la puerta del box número tres con un manotazo que casi arranca la hoja de sus bisagras.

Allí estaban las dos.

Emma descansaba en una pequeña camilla pediátrica, conectada a lo que él dedujo que sería suero y algún que otro medicamento. Dormía plácidamente.

Faith estaba hundida en el típico e incómodo sillón de plástico a su lado, aferrando la mano regordeta de la niña.

Cuando levantó la vista y lo vio aparecer, una sonrisa exhausta le tembló en los labios.

Zane cruzó la escasa distancia que los separaba en dos zancadas. Al llegar junto a Faith, la agarró de la mano libre, tiró de ella para levantarla del asiento y la envolvió directamente entre sus brazos.

Faith se aferró a su camisa con los puños. Escondió la cara en la base de su cuello, y rompió a llorar.

Zane cerró los ojos, hundió el rostro en el pelo de ella y la apretó todavía más fuerte contra su pecho, respirando su olor.

—Lo siento —lloraba ella contra su camisa—. Lo siento mucho.

—¿Qué sientes? —la separó un poco de él, lo justo para cogerle la cara entre las manos y obligarla a mirarle—. ¿Qué sientes, nena? Que Emma se haya puesto enferma no es culpa tuya.

—Lo siento —repitió ella, con la voz temblorosa—. Sé que estás enfadado conmigo y yo…

—No estoy enfadado contigo.

Lo estaba consigo mismo, que era una mierda muy diferente.

Por lo que había pasado, por haber salido dando un puto portazo adolescente y haberlas dejado solas justo cuando Emma se ponía enferma.

No volvería a hacerlo. No volvería a separarse de ellas.

—No sabía si llamarte. O si... —hipaba ella.

—Claro que tenías que llamarme —la cortó él de raíz, limpiándole las lágrimas con los pulgares—. Siempre tienes que llamarme, ¿lo entiendes? Siempre. Mírame —ordenó.

Ella lo hizo.

—Siento haberme marchado así, como un imbécil, y dejarte sola y… —tragó saliva, tragándose también de paso todo el orgullo que le quedaba—. Estamos juntos en esto. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza.

—Respira. Está bien. Todo estará bien —le dio un beso en la frente.

—Me asusté —reconoció ella.

—Me lo imagino —le dio un beso rápido en la nariz—. Pero ya pasó, ¿vale? —dejó otro beso en su frente.

Ella asintió y volvió a esconderse contra su pecho, abrazándolo con fuerza, sin la más mínima intención de salir del refugio de esos brazos en lo que le quedaba de vida.

Estuvieron un rato así, aferrándose el uno al otro como si el mundo se fuera a acabar, hasta que finalmente se separaron y tomaron asiento en un par de incómodos sillones, uno al lado del otro.

Los dos clavaron la vista en Emma.

—¿Qué ha pasado? —preguntó entonces Zane. Con una mano envolvía los deditos de la niña y, con la otra, se negaba en rotundo a soltar a Faith.

Faith tragó saliva, intentando deshacer el nudo de la garganta.

—Se despertó llorando, pero no era su queja normal para pedir el biberón. Era un llanto débil, patético. Fui a cogerla de la cuna y estaba ardiendo. Literalmente.

Él le dio un apretón en la mano, animándola a soltarlo todo.

—Estaba lacia, como medio muerta, sin fuerzas ni para abrir los ojos... Joder, Zane, me cagué de miedo —confesó, con la voz rota—. La metí en la bañera para intentar bajarle la temperatura, pero nada. Cero reacción. Así que la envolví en una toalla, cogí las llaves del coche y salí volando hacia urgencias. Te juro que ni siquiera recuerdo cómo he conducido hasta aquí.

—Tenías que haberme llamado antes.

Ella se tensó al instante. Hizo el amago de soltarle la mano, pero él se lo impidió, apretando el agarre con más fuerza.

—No. Mírame.

Ella dudó, orgullosa.

—Por favor —le rogó él esta vez.

Ella lo miró entonces.

—No te lo estoy diciendo a malas, ni echándotelo en cara. Sé de sobra que es culpa mía, por cómo me comporté, que no lo hicieras. Solo quiero que te quede claro que siempre, pase lo que pase, puedes llamarme. Que voy a estar ahí.

Ella terminó asintiendo con la cabeza.

—Gracias —susurró con un hilo de voz—. Gracias por estar.

Joder, no tenía que agradecerle absolutamente nada.

—Gracias a ti por dejarme estar —dijo él entonces.

Los resultados de los análisis que le habían hecho a Emma no tardaron mucho en llegar.

El médico del turno de urgencias entró en el box con la calma clínica del que está acostumbrado a lidiar cada noche con padres primerizos al borde del colapso coronario. Miró la gráfica, comprobó el estado de Emma, que ya dormitaba plácidamente gracias al efecto de la medicación, y luego los miró a ellos.

—Faringitis vírica —sentenció, desmontando de un plumazo cualquier teoría apocalíptica que Faith hubiera maquinado en su cabeza—. Es un virus de lo más común. No hay infección bacteriana, la analítica está limpia y los pulmones perfectos. La fiebre alta siempre es muy escandalosa en bebés, pero no es más que su cuerpo haciendo su trabajo.

Faith soltó un suspiro tan profundo que pareció desinflarse por completo.

Zane, que no se había separado de ella, le dio un suave apretón en la cintura.

—¿Entonces no es nada grave? —preguntó la abogada, necesitando escucharlo una vez más para creérselo.

—Nada en absoluto —le aseguró el doctor con una sonrisa cansada—. Descanso, la medicación pautada para mantener a raya la temperatura y vigilarla un poco. Si no hay picos raros en las próximas cuarenta y ocho horas, como nueva. Le quitamos la vía y os mando a casa.

Un momento después, los tres salían de la zona de cuidados mínimos. Zane llevaba a Emma dormida en brazos y con la otra mano agarraba con firmeza la de Faith.

Ella se había intentado soltar un par de veces, pero él había entrelazado sus manos con más fuerza.

—No —dijo él cuando ella lo intentó de nuevo.

—Pero pueden verte.

—Pues que me vean.

—No creo que a un cura…

Volvió a intentar soltarse.

—No —negó Zane de nuevo.

Ella suspiró. Solo entonces se dio cuenta de un pequeño y gigantesco detalle: no llevaba el alzacuellos.

—Oh, ¿y el alzacuellos?

Él masculló algo entre dientes que Faith no llegó a descifrar.

—¿Qué?

—Hablaremos de ello luego.

—¿Que no lleves el alzacuellos y huelas a destilería tiene algo que ver?

Él la miró de reojo.

—Hablaremos de ello luego —repitió, tajante.

Faith entendió que sería mejor dejarlo estar. Al menos, hasta luego.

Cuando Cole y Dakota los vieron salir, una sola mirada entre ellos bastó para decirlo todo.

—¿Está bien? —preguntaron al unísono al llegar hasta ellos.

—Está bien —confirmó Faith, soltando el aire—. Gracias por estar aquí.

Dakota se acercó, le dio un abrazo y dejó que se desahogara llorando un poco más. Mientras, Cole le dio un golpecito en el hombro a Zane.

—¿Estás bien? —le preguntó a su cuñado.

Zane asintió con la cabeza.

—No teníais que haber esperado. Dakota no está para esto.

—Estoy bien —dijo Dakota, poniéndose una mano protectora en la barriga—. Estamos bien.

Faith logró sonreír entre lágrimas.

—Felicidades a los dos. Por la boda y por el bebé —murmuró.

No había tenido ocasión de decirlo antes porque no se habían visto.

—Ya tendremos tiempo de ponernos al día con calma —dijo Dakota, quitándole hierro al asunto—. Ahora os llevamos a casa, ¿vale? Tenéis que descansar.

—Pero no tenemos sillita para el coche…

—Tenemos sillita —la cortó Cole—. Soy un hombre de recursos —le guiñó un ojo.

Salieron del hospital y, un rato después, tras pasar por la farmacia de guardia para comprar la medicación que el doctor le había recetado a Emma, Dakota paró el coche delante del edificio de Faith.

No hizo falta preguntarle a Zane si iba a quedarse con ellas. Era obvio.

—A la sotana le quedan dos días —sentenció Cole desde el asiento del copiloto, mientras los miraba alejarse del coche, cogidos de la mano.

—Yo diría que unos minutos —corrigió Dakota.

Cole giró la cabeza para mirarla, entrecerrando los ojos.

—¿Crees que será en la encimera?

Dakota puso una mueca de asco absoluto y arrancó el coche.

—No quiero saberlo. Es mi hermano —dijo, haciendo reír a su marido.

—A ti te gusta en la encimera —contraatacó él, bajando el tono—. Si quieres, al llegar también podemos…

—Podemos —aceptó ella sin dudar, arrancándole un gemido ahogado.

—Ya estamos tardando en llegar a casa, nena.

Dakota soltó una carcajada.

—Por cierto, ¿qué es eso que le estabas metiendo a la fuerza bajo el abrigo al salir de la farmacia?

—¿Lo has visto? —preguntó Cole, fingiendo una ofensa que no sentía.

—Eres malísimo, menos mal que no te dedicas al contrabando. Parecías un traficante de poca monta en un callejón.

—Una caja de preservativos —confesó él con toda la naturalidad del mundo—. La compré en la farmacia cuando entramos a por la medicación de la niña. Pensé que, dadas las circunstancias, a Zane le harían más falta que el propio jarabe. La abrí antes y le metí uno suelto en el bolsillo del pantalón con disimulo; por si la urgencia le pilla lejos.

Dakota soltó otra carcajada, esta vez más sonora.

—Bien hecho —concluyó ella, asintiendo con aprobación—. Al menos uno de los dos está pensando con la cabeza que toca.



# Capítulo 16

Zane dejó a Emma en la cuna, la tapó con la mantita, comprobó que el monitor verde parpadeaba tranquilo, y cerró la puerta del cuarto sin hacer ruido.

Cuando volvió al salón, no había nadie.

Siguió la luz encendida hasta la cocina.

Faith estaba apoyada en la encimera con una taza entre las manos. El chándal arrugado, el pelo todavía revuelto del hospital, los hombros por fin bajados después de horas en tensión.

Zane se paró en el umbral y la miró.

Ella no tardó mucho en darse cuenta de su presencia y posó sus ojos en él.

—¿Se ha quedado tranquila?

—Sí.

—Bien —bebió un poco más de agua, y dejó el vaso a un lado.

—¿Y tú? ¿Estás más tranquila?

Hubo algo en su tono de voz, una vibración grave y deliberada, que hizo que Faith se pusiera repentinamente nerviosa.

—No.

—Vaya... —suspiró él, acortando la distancia entre los dos.

Se detuvo a un palmo de ella.

—¿Hay algo que pueda hacer?

Ella negó con la cabeza.

—Tenerte cerca no ayuda —reconoció.

—Una pena —la envolvió entre sus brazos—, porque yo me siento bastante mejor cuando te tengo así de cerca.

—Zane... —suspiró ella, dejándose envolver.

Necesitaba ese momento y no pensaba negárselo; le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho.

Estuvieron un rato así, en silencio, mientras Zane le dejaba pequeños y esporádicos besos en la cabeza.

Hasta que ella se apartó lo justo para mirarlo a la cara.

—No juegues conmigo —le pidió entonces, sintiendo con absoluta claridad la erección que él tenía clavada en su vientre.

Ella apoyó las manos en el pecho de él. Su primer instinto fue empujarlo, pero, curiosamente, no lo hizo.

—Jamás haría eso —susurró él.

—Entonces suéltame.

Él negó con la cabeza.

—No puedo —y era la maldita verdad—. Y tampoco quiero. Me gusta tenerte así.

—Pero no podemos estar así. Sabemos que es imposible, Zane. Y yo no quiero repetir lo de antes.

—¿Y si fuera posible?

—¿Qué?

—¿Y si fuera posible? ¿Y si nosotros fuéramos posibles? —levantó una mano y le acarició el labio inferior, arrancándole un gemido.

—No lo somos. ¿Por qué martirizarnos con escenarios hipotéticos?

—¿Y si lo fuéramos? —insistió él—. ¿Podría besarte?

—Zane…

—¿Podría hacerte mía?

Ella, al entender que él necesitaba una respuesta clara, se dejó de rodeos y le soltó la verdad sin filtros.

—Si lo fuéramos, sería tan patética que yo misma te rogaría que me besases. Aunque solo fuera una vez.

—Faith...

—Si tuviéramos una sola posibilidad… —rio, irónicamente —Joder, qué patética soy, ¿no?

—No —negó él—. Cuéntamelo —le pidió—. Cuéntamelo todo. Necesito saberlo. Si tuviéramos una sola posibilidad…

—Si tuviéramos una sola posibilidad —ella dudó, pero al final suspiró pesadamente y se dispuso a ser completamente sincera—. Desearía saber qué se siente al estar entre tus brazos. Cómo se siente que tú, precisamente tú, estés dentro de mí.

Zane tragó saliva al escucharla, nervioso.

—Si hubiera una mínima opción de que pasara algo entre nosotros —continuó ella—, la querría sin dudarlo. Me gustaría que fuera verdad, Zane. Sentir que de verdad me deseas —rio agónicamente —. Patética, ¿no?

Patético era él, que había vuelto a quedarse sin habla.

Joder, no sabía qué esperaba escuchar. Quizás una mentira a medias o, en el caso de enfrentarse a la verdad, desde luego no a ese puto nivel de verdad.

No se esperaba que ella se desnudara emocionalmente de esa manera delante de él. Sabía de sobra que no era nada fácil para Faith y que seguramente ahora mismo se sentía tremendamente vulnerable. Y patética, como acababa de decir. Pero ahí estaba, aguantando el tipo después de soltarlo absolutamente todo.

No, no era patética. Era la mujer más maravillosa y valiente que había conocido nunca.

El único patético era él. Pero dejaría de serlo; se haría merecedor de ella.

Zane deslizó la mano hasta el cuello de Faith, haciéndola temblar ante el peso de ese contacto.

—Hay una cosa más que necesito saber.

—¿Tu ego todavía no ha tenido bastante? —ironizó ella.

Él la ignoró.

—¿Era mi nombre el que gemías en la bañera?

Faith resopló. Movió las manos que tenía apoyadas en el pecho de él y lo empujó con ganas, pero él no cedió ni un milímetro.

—¿No he sido ya lo bastante patética por hoy?

Él negó despacio con la cabeza.

—¿Te resulta patético desearme?

—¿Acaso no lo es?

—No —negó él al instante—. Para mí no. Y si de verdad lo es, créeme que soy el más patético de los dos con diferencia.

—Zane, déjalo, por favor.

Se estaba empezando a agobiar de verdad.

—No puedo. Y no quiero —Zane apretó ligeramente los dedos alrededor de su garganta—. Contéstame —ordenó.

*Di que no.*

—Sí. ¿De acuerdo? —le apartó la mano del cuello de un manotazo —. Sí, gemía tu nombre. Me he masturbado pensando en ti y no, no es la primera vez que lo hago. Y me temo que tampoco será la última. ¿Ya está tu ego satisfecho? ¿Ya soy lo suficientemente patética? —estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Puedes dejarme ya en paz y olvidarte de mí?

—Jamás —juró él, a un milímetro de sus labios, justo antes de devorarla.

Fue un beso hambriento, posesivo. Una batalla que ninguno de los dos quería perder.

Faith respondió al instante. Sus manos se hundieron en el pelo de él con desesperación, mientras su lengua salía al encuentro de la de Zane y se enredaba con ella, arrancándoles un gemido sordo a ambos.

La mano de él bajó por su espalda hasta anclarse en su trasero. Apretó con una fuerza que la hizo jadear y la atrajo de golpe hacia sí, clavándole su dura erección directamente en el vientre. Faith se arqueó, buscando más fricción, más contacto, presionando sus pechos contra el torso de él y arrancándole un nuevo gruñido que vibró contra sus labios.

Jadeando, Zane rompió el beso solo lo estrictamente necesario para morderle el labio inferior, tirando de él con los dientes.

—Qué bien sabes, joder.

Le dio otro beso, este más corto y urgente, antes de bajar por su cuello, ese que él mismo había marcado con sus dedos segundos antes. Lo besó, lo lamió y aspiró su aroma como si fuera el aire que necesitaba para seguir vivo.

Y en ese momento, era así.

—Y qué bien hueles.

Ella apretó la mano que tenía en su nuca para mantenerlo allí, echando la cabeza hacia atrás para darle un acceso total. Mientras,

la mano de Zane que seguía en su trasero se deslizó bajo la tela del chándal.

Él soltó un gemido al encontrar por fin su piel desnuda, suave y cálida.

—¿Tanga? —susurró contra su oído, con la voz rota.

No era una pregunta que necesitase respuesta; sus dedos ya estaban jugando con el hilo, separándolo de la piel y dejando que volviera a su sitio con un chasquido que la hizo gritar.

—Me gusta —su otra mano se deslizó bajo la sudadera, tocando la piel de su vientre.

Agarró un pecho y lo apretó, marcando su posesión.

—Pero te prefiero sin nada.

Se separó de ella lo justo para agarrar el bajo de la sudadera y quitársela por la cabeza con un movimiento experto y urgente. Ya sin estorbos, se deshizo del sujetador, liberando sus pechos, y se quedó un segundo contemplándolos. Eran perfectos, hechos a la medida exacta de sus manos.

—Oh, señor... —gimió ella, echando la cabeza hacia atrás cuando Zane los apresó y los apretó con firmeza.

Con los pulgares, acarició ambos pezones erectos, haciéndola temblar.

—Por favor —rogó ella en un susurro desesperado, ofreciéndose a él.

Como si hiciera falta que le rogara. Como si él no estuviera deseando lamerlos, morderlos y tirar de ellos con los dientes. Como si no necesitara, más que respirar, perderse en ese par de tetas perfectas.

Y eso fue exactamente lo que hizo: enterró la cara entre ellas y se dio un festín, mientras Faith le tiraba del pelo, gimiendo de puro placer, con el cuerpo arqueado hacia su boca.

Cuando terminó de rendirles culto, se puso de rodillas frente a ella. Levantó la mirada y clavó sus ojos en ese par de iris que lo miraban entornados, nublados por el deseo.

Sin dejar de mirarla, Zane metió los dedos bajo el elástico del pantalón de chándal y lo deslizó hacia abajo, hasta los tobillos. Ella levantó un pie y luego el otro, deshaciéndose por completo de la ropa.

—Me gusta —dijo Zane, recorriendo con la vista el pequeño y delgadísimo tanga que tenía frente a él. Pero no tardó ni un segundo en deshacerse también de eso—. Pero esto me gusta mucho más.

La tenía completamente desnuda frente a él.

Impresionante.

—Zane… No tienes que…

*Oh, pues claro que tengo que…,* pensó él. Y se dispuso a demostrártelo.

Zane acercó el rostro a su entrepierna y aspiró su aroma, cerrando los ojos un instante.

—Mierda, Faith —la obligó a abrir las piernas un poco más—. Todavía no te he probado y ya sé que voy a ser un maldito adicto a tu coño.

Le dio un lengüetazo lento, profundo, y gimió de puro placer contra su piel.

—Hostia puta —gruñó, saboreándola—. Estás empapada.

Y se dispuso a devorarla.

A Faith nunca la habían saboreado así. Nadie la había besado ni la había mirado como lo estaba haciendo ese hombre arrodillado frente a ella, con las manos en su trasero, comiéndosela como si de verdad fuera el único oxígeno que necesitaba para seguir vivo.

Zane no tuvo piedad. Le separó los labios vaginales con los dedos y lamió su clítoris sin la más mínima contemplación.

Le encantaba su sabor. Le volvía jodidamente loco.

Pero si había algo que le gustaba más que eso, era escucharla gemir. Y odiaba que intentara morderse la lengua para evitarlo.

—No hagas eso —le advirtió, clavando los ojos en ella—. No te cortes. Quiero oírte gritar, Faith —le dio otro lametón—. Quiero escuchar tus gemidos mientras te como el coño.

Ella enredó los dedos en su pelo con más fuerza y empujó el rostro de él contra su sexo, incapaz de dejar de moverse, completamente desesperada.

Zane combinó el asalto de su lengua con el de sus dedos, que hundió en ella, moviéndolos con una sincronía letal, profunda e implacable, rematando con un leve roce de los dientes en su punto más sensible que le arrancó un grito de placer.

Lamió, mordió y la empujó al límite, acelerando el ritmo hasta que notó el cambio inminente en su respiración.

Faith le soltó el pelo e hizo el amago de separarse de él, abrumada por la intensidad.

—No, nena. Eso sí que no. Lo quiero todo.

Le apretó las caderas contra su boca y la devoró con ansia, llevándola al extremo con los dedos hasta que ella se rompió en mil pedazos, corriéndose con un espasmo violento.

Al sentir que ella cedía, que las piernas dejaban de sostenerla, se levantó y la atrapó, antes de que cayera.

La pegó contra él, sujetándola por la cintura mientras ella recuperaba el aliento con la cara escondida en su cuello.

—Te tengo —murmuró él, con la voz completamente ronca.

Y lo decía en todos los sentidos posibles.

Cuando ya pudo volver a respirar y podía mantenerse en pie por sí misma, lo miró.

—Eso ha sido… —ella dejó la frase a medias al encontrarse con su mirada.

Con el pulgar, limpió el rastro de humedad que mojaba los labios y la barbilla de Zane.

Cuando terminó, él no la dejó apartar la mano. Agarró ese mismo dedo, se lo metió en la boca y lo chupó despacio, clavando sus ojos en los de ella. Lo sacó con un último lametón que la hizo tragar saliva.

—Me encanta tu coño —le dio un beso, dándole a probar su propio sabor—. Y espero que a ti también te guste, porque pienso comértelo muchas veces. Tantas como besarte.

Y volvió a hacerlo. Volvió a besarla hasta que ambos estuvieron sin aliento.

—Yo también quiero saborearte —dijo ella, y se mordió el labio.

Se moría de ganas de hacerlo. De probar su sabor. De tenerlo entre las manos. De tocarlo. De acariciarlo.

De hacer que se corriera en su boca.

Zane sonrió. Esa jodida sonrisa ladeada y canalla que resultaba de lo más pecaminosa.

—Debería decirte que no —dijo él, acariciándole el labio inferior con el pulgar para obligarla a soltarlo de entre sus dientes, mirándola con toda el hambre que sentía—. Debería decirte que después. Que primero necesito follarte.

—¿Pero…? —ronroneó.

Él se echó hacia atrás, separándose lo justo.

—Pero no seré yo quien te niegue lo que quieres. Sobre todo, porque me muero por sentir tu boca en mi polla.

Levantó las manos a la altura de las caderas en un falso gesto de rendición.

—Soy tuyo, nena. Haz conmigo lo que quieras.

No era una afirmación hecha a la ligera ni el típico cliché soltado en pleno calentón.

Era la pura verdad.

Era suyo. Absoluta y completamente suyo.

Y lo sería siempre.



Faith no era el tipo de mujer que se lanzaba a lo salvaje en la cama. A ver, tampoco era una mojigata de manual, pero teniendo en cuenta su desolador historial de abogados engreídos, oficinistas estirados y tipos aburridamente predecibles, el sexo nunca había sido una experiencia para tirar cohetes.

Pero con Zane la cosa cambiaba.

Ella se sentía diferente. Libre. Absolutamente poderosa. Deseada de verdad.

Que era exactamente como debería ser.

Así que, sin pensárselo dos veces, lo empujó por el pecho con la fuerza justa para que él trastabillara y chocara de espaldas contra el frigorífico, clavando sus ojos en los de él a la vez que bajaba la mano y le apresaba la erección por encima de la tela.

—Oh, joder... —un gruñido bajo, casi animal, le rasgó la garganta a Zane mientras ella lo acariciaba con una lentitud cruel y calculada.

Por fortuna para la cordura de él, no lo torturó demasiado. Fue directa a por la hebilla del cinturón y comenzó a desabrocharla, con las miradas de ambos ancladas en el movimiento de sus dedos. Después, le desabrochó el pantalón, dejando que cayera al suelo, bajó la tela del bóxer y, por fin, lo liberó.

Los dos se quedaron en silencio, atrapados en la imagen de la implacable dureza de Zane, que Faith acababa de rodear con la mano.

Un sonido estrangulado murió en la garganta de él ante el contacto directo con su piel.

¿Cuánto hacía que nadie lo tocaba así? ¿Que nadie lo miraba de esa manera, relamiéndose los labios como estaba haciendo ella, demostrándole que de verdad se moría por probarlo mientras deslizaba la mano de arriba abajo por su polla?

Estuvo a una fracción de segundo de clavarle las manos en el pelo, obligarla a ponerse de rodillas y empujarle la cabeza para acabar con aquella tortura de una vez por todas.

Si ella hubiera tardado un segundo más en moverse, lo habría hecho.

Pero Faith se dejó caer de rodillas entre sus piernas y lo ayudó a deshacerse de la ropa por completo.

Entonces, volvió a tomarlo en su mano y lo acarició despacio. Lo acarició una, dos veces, sintiendo el leve estremecimiento en los muslos de él, la forma en que se hinchó un poco más con cada pasada lenta de su pulgar.

Recogió una gota de humedad que después lamió con todo el maldito descaro del mundo mientras levantaba la mirada hacia él.

—Oh, mierda.

¿Podía haber en el mundo algo más jodidamente sexy que eso?, se preguntó Zane.

Él enredó las manos en el pelo de ella. La miraba con los párpados ligeramente caídos, con la respiración perdiendo por fin la batalla por el control.

Ella sonrió; una curva pequeña, casi imperceptible, cargada de puro poder, antes de volver a bajar la vista.

Entonces se inclinó.

Primero le dio un beso cerrado en la punta, casi casto. Una auténtica burla. Luego abrió los labios y dejó que la lengua asomara, recorriéndolo de abajo arriba en un movimiento deliberadamente agónico y lento.

Escuchó el siseo del aire escapándosele a Zane de entre los dientes.

Lo envolvió con los labios, solo la cabeza al principio. Succionó, presionando. Él soltó un sonido bajo; no un gemido, sino el gruñido contenido de un hombre a un milímetro de romperse.

Bajó un poco más, dejando que entrara centímetro a centímetro en su boca.

No tenía absolutamente ninguna prisa. Quería desquiciarlo por completo.

Se lo metió hasta el fondo y lo sacó despacio. Sintió cómo las manos que él tenía enredadas en su cabeza se tensaban, cómo su cuerpo entero se ponía rígido mientras luchaba, seguramente, contra la necesidad instintiva de empujar, de follarle la boca y metérsela hasta la maldita garganta.

Entonces aceleró el ritmo.

Colocó su mano en la base, acompañando la fricción, masturbándolo al mismo ritmo implacable con el que su boca subía y bajaba.

—Sí, nena, chúpame —la voz de él salió rota, entrecortada—. Cómeme la polla.

Ella lo hizo. Se movió un poco más rápido, acompasando el ritmo al empuje desesperado de las caderas de él.

—Oh, sí, así —gruñó Zane, ayudándola a marcar el ritmo con las manos ancladas en su cabeza.

Joder, estaba en el puto cielo.

Sabía que iba a ser una maldita delicia sentir esos labios sobre él, pero la realidad estaba a punto de reventarle la cabeza.

—Sí, nena —le apartó el pelo de la cara con una mano temblorosa, necesitando verla—. Quiero que me comas la polla cada maldito día de mi vida.

Faith apretó un poco más los labios.

—Voy a follarte esa boca cada día.

Faith succionó con fuerza.

Zane se tensó y comenzó a moverse desesperadamente.

—¡Sí, joder, sí!

Un gemido largo, completamente roto, rasgó el silencio de la cocina.

—Nena… me voy a correr.

Empezó a empujar más rápido, perdiendo la poca cordura que le quedaba. Marcó el ritmo con las manos ancladas en la cabeza de ella, llevándola hasta el fondo, hasta el límite mismo donde a Faith casi se le corta la respiración.

—¡Mierda!

Zane se corrió con un espasmo violento, rindiéndose por completo. Ella lo recibió, tragando en pequeños movimientos mientras su mano seguía acariciándolo con suavidad, exprimiendo hasta la última pulsación de placer de su cuerpo.

Cuando terminó, él se retiró lentamente, con el pecho subiendo y bajando sin control. La agarró por debajo de los brazos y tiró de ella

hasta ponerla de pie.

Y entonces la besó con un hambre salvaje, como si no la hubiera tocado todavía.

Cuando por fin se separaron para respirar, él le acarició los labios, que ahora estaban hinchados y brillantes.

—Gracias —le dijo con verdadera gratitud.

No tenía por qué haber hecho nada de eso. Pero lo había hecho.

Estaba completamente maravillado con ella.

Ella sonrió. Fue una sonrisa dulce, pequeñita y desarmante. El tipo de sonrisa que hizo que el corazón de Zane se estrujara sin remedio.

—A mí también me gusta cómo sabes —se puso de puntillas y le dejó un beso en los labios.

Un beso que volvió a ponerlos a los dos a un latido del infarto.



# Capítulo 17

Estaban completamente desnudos, con la piel resbaladiza por el sudor. Zane, sentado en el sofá; Faith, a horcajadas sobre él.

Se besaban con la urgencia desesperada de quienes no pueden hartarse el uno del otro por más que lo intenten.

Las manos grandes de Zane se hundieron en su culo, apretando la carne con fuerza posesiva, guiando cada movimiento. Faith tenía los dedos clavados en su pelo, tirando mientras deslizaba su sexo empapado arriba y abajo sobre la polla dura y caliente que latía debajo de ella.

El roce era constante, resbaladizo, casi insoportable.

—Joder… —gruñó Zane contra sus labios—. Me estás volviendo loco.

Zane se separó lo justo para lamerle el labio inferior con la lengua y luego morderlo con ganas, arrancándole un jadeo ronco antes de volver a reclamar su boca con violencia.

—Qué maravillosa tortura.

Porque eso era exactamente: una tortura exquisita que los tenía a los dos desquiciados. A él, necesitando enterrarse hasta el fondo

dentro de ella; a ella, muriéndose por sentir cada centímetro abriéndola y llenándola.

Menos mal que los años de celibato le habían otorgado a Zane un control casi insultante sobre su propio cuerpo. De no ser por esa disciplina de hierro, al mínimo roce habría perdido la puta cabeza y se habría corrido allí mismo como un adolescente desesperado.

—Me voy a correr si sigo así —gimió ella, con la voz a punto de quebrarse, temblando contra su boca.

—Hazlo —ordenó él con la voz ronca.

Bajó la cabeza y se metió un pezón en la boca, succionándolo con fuerza.

—Córrete sobre mi polla.

Ella comenzó a moverse más rápido, más desesperada, frotando su clítoris hinchado contra toda la longitud de su erección. Sus jugos lo cubrían por completo, haciendo que el roce fuera aún más resbaladizo y caliente.

—Qué rico... —dijo ella, entregada por completo al placer, con la voz entrecortada—. Joder, qué rico se siente...

Zane deslizó una mano entre sus nalgas y rozó con el dedo ese pequeño agujero fruncido, presionando suavemente.

—Cuando te folle de verdad, también voy a follarte por aquí —murmuró contra su piel—. Voy a reclamar cada centímetro de tu cuerpo.

Faith soltó un gemido ahogado y se movió con más urgencia. Zane encontró su clítoris con los dedos y lo acarició.

—Mírame —le ordenó de repente—. Quiero ver tu cara cuando te corras.

Zane frotó su clítoris, sin piedad.

Ella abrió los ojos y los clavó en los de él.

El orgasmo la golpeó con fuerza. Todo su cuerpo se tensó, temblando violentamente mientras se corría. Mantuvo la mirada fija en él hasta que las últimas sacudidas la atravesaron.

Cuando terminó, se derrumbó sobre su pecho, respirando con dificultad.

Zane la rodeó con los brazos y le acarició la espalda despacio, dejando que recuperara el aliento.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Ella solo asintió contra su cuello.

Al cabo de un rato, Faith levantó la cabeza, avergonzada al notar lo mojado que estaba todo entre ellos. Intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza por las caderas.

—¿Adónde crees que vas?

—Te he mojado todo... —murmuró ella, luciendo avergonzada.

—¿Y qué te hace pensar que querría limpiarme? —la besó—. Me encanta que me mojes. Quiero que me marques así. Quiero que te corras encima de mí tantas veces como te dé la gana. No tienes ni puta idea de cuánto me pone eso —la besó de nuevo, haciéndolos gemir a ambos—. Me vuelve loco sentirte así de mojada, así de sucia para mí.

Ella dudó una fracción de segundo, mordiéndose el labio inferior, pero terminó por ceder. Volvió a relajarse contra su pecho, aunque todavía con un leve rubor en las mejillas.

—Yo también quiero sentirte… tu semen sobre mí —confesó.

La sonrisa de Zane se volvió peligrosa.

—Vas a sentirlo. En tus tetas, en tu vientre, en tu boca, en ese culo tan apretado… y dentro de tu coño. Voy a llenarte hasta que no puedas más.

Ella se mordió el labio con más fuerza, claramente excitada de nuevo. Empezó a moverse lentamente sobre él.

—Te necesito dentro de mí —susurró.

—Y yo estoy deseando follarte —respondió él, empujando las caderas hacia arriba.

Faith lo miró directamente a los ojos.

—Sin nada.

Zane frunció el ceño, la mente nublada por el deseo.

—¿Cómo que sin nada?

—Sin condón. Sin nada entre nosotros.

—Faith…

—Estoy limpia. Hace mucho que no… Y de verdad, estoy sana. Me hice pruebas.

—Yo también. A todo —replicó él, casi con ironía, pensando en su larga temporada de celibato.

Ella soltó una carcajada.

—Ya lo supongo.

—Aun así… —insistió Zane, aferrándose al último hilo de raciocinio que le quedaba.

Debería decirle que no. Debería ser el responsable, el que pusiera freno. Debería agarrarse a la poca cordura que aún conservaba y negarse en rotundo.

Pero él ya no era un hombre cuerdo.

Era un hombre desesperado, a punto de follarse a la mayor tentación que se le había cruzado en la vida. Una tentación que, para su absoluta perdición, había resultado ser puro fuego en sus manos.

Y lo último que quería en ese preciso instante era que un trozo de látex se interpusiera entre los dos.

—Tomo la píldora —añadió ella, mirándolo con esos ojos brillantes de deseo y necesidad.

Estaban sanos. Los dos.

Así que, ¿por qué no?

—Si solo vamos a tener una noche…

¡¿Perdona?!

Cualquier mísera duda que pudiera quedarle a Zane desapareció de un plumazo en ese mismo segundo.

¿De verdad ella se pensaba que aquello era cosa de una sola noche? ¿Se creía que podían desearse de esta manera, follar como auténticos salvajes, arder hasta enfermar, y que después todo terminaría ahí?

No. Ni de coña.

Aquello no iba a ser el polvo de una noche. Ni de lejos.

Y precisamente por eso lo harían sin condón. Porque él no tenía la más mínima intención de volver a tocar a nadie más en toda su puta vida. Y ya se encargaría personalmente de que a ella ni siquiera se le pasara por la cabeza mirar a otro hombre que no fuera él.

Iba a decírselo. Iba a dejarle claro que esto no era temporal, que esto apenas estaba empezando. Pero las palabras murieron en su garganta cuando Faith se alzó lo justo sobre sus rodillas, rodeó la erección gruesa y caliente de Zane con la mano y la guio hasta la entrada de su sexo empapado.

Bajó apenas unos milímetros.

La cabeza hinchada de su polla presionó contra su entrada resbaladiza, abriéndola apenas, sintiendo ya el calor abrasador que lo esperaba dentro.

—Joder… —gruñó Zane, clavándole los dedos en las caderas con fuerza.

Ella siguió bajando, lenta y constante, hasta que lo tuvo completamente dentro. Zane echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un momento, respirando con dificultad.

—Dios… espera —murmuró, la voz estrangulada—. Dame un segundo.

Aquello era el puto paraíso. El placer más grande y absoluto que había sentido en toda su vida.

No era ningún inexperto; antes de ordenarse sacerdote había tenido una larga, larguísima carrera sexual. Había follado de todas las formas posibles. Pero nunca, nada ni nadie, le había hecho sentir lo que le estaba haciendo sentir esa mujer.

Claro que también era la primera vez que la metía a pelo. Y, joder, en ese preciso instante tuvo la absoluta certeza de que todos los años de celibato habían merecido la pena solo por llegar a ese momento exacto dentro de ella.

Faith se quedó quieta, acariciando su pecho y sus abdominales duros, disfrutando de la sensación de tenerlo tan profundo.

Cuando Zane abrió los ojos, ella ya había empezado a mecerse suavemente.

Ella sonrió, traviesa y provocadora.

—Eres peligrosa —dijo él con una sonrisa torcida.

Le agarró el cuello con una mano, apretando lo justo para dominarla.

—Las chicas malas como tú merecen un castigo —susurró, y le soltó un azote fuerte en el culo que los hizo gemir a los dos.

Faith gimió y empezó a montarlo con más rapidez. Zane la dejó hacerlo un rato, pero pronto perdió la paciencia. La sujetó por la cintura, la levantó de golpe y salió de ella. La tumbó de espaldas en el sofá y se arrodilló entre sus piernas abiertas.

Le miró el coño hinchado y brillante, y sin avisar le soltó una cachetada sonora directamente sobre él.

Ella gritó, una mezcla de sorpresa y placer, y sus caderas se sacudieron hacia arriba.

—¿Te gusta que te castigue? —preguntó Zane, la voz oscura.

Le dio otra cachetada, más fuerte.

Faith apretó sus propios pechos, retorciéndose de gusto.

—Tócate —ordenó él mientras se masturbaba lentamente, observándola.

Ella bajó una mano temblorosa hasta su entrepierna.

Sus dedos rozaron la piel enrojecida por el golpe, arrancándole un siseo al sentir cómo el escozor punzante chocaba de frente y se fundía con el placer mientras empezaba a tocarse, retorciéndose bajo su mirada.

—Eres insaciable —gruñó Zane—. Nunca tienes suficiente, ¿verdad?

—No… —jadeó ella.

—Bien…

Cuando vio que estaba a punto de correrse, Zane le apartó la mano.

—Porque yo tampoco voy a tener suficiente de ti nunca.

Se tumbó sobre ella, apoyándose en las manos y la penetró de una embestida profunda y brutal.

—Eres adictiva, nena —dijo, la voz estrangulada—. Eres droga para mí.

Faith gritó.

Zane gruñó.

—Perfecta —murmuró, empezando a follarla con golpes duros y profundos—. Estás hecha para mí.

Se dejó caer y la besó con violencia mientras la penetraba sin descanso.

—Nos corremos juntos —ordenó contra su boca.

Las embestidas se volvieron salvajes, frenéticas. Faith empezó a temblar, contrayéndose alrededor de su polla, y lo miró a los ojos con total rendición.

Ese gesto lo empujó al abismo.

—Me corro… —gruñó Zane.

Faith explotó al mismo tiempo, apretándolo con fuerza mientras él se derramaba dentro de ella con un rugido gutural.

Cayó sobre su cuerpo, enterrando la cara en su cuello. Faith lo abrazó con fuerza, impidiéndole moverse.

—No quiero que esto termine —susurró contra su piel.

Zane se incorporó lo suficiente para mirarla a los ojos, todavía dentro de ella.

¿Terminar? Aquello no podía terminar por la sencilla razón de que él ya se había hecho irremediablemente adicto a ella, y no tenía la más mínima intención de pisar una clínica de rehabilitación.

—No va a terminar —juró—. Esto apenas acaba de empezar.



# Capítulo 18

El juicio que Faith tenía esa mañana estaba a punto de comenzar. Estaba en el juzgado, pero su cabeza estaba en otro lado.

Pensaba en Zane y en cómo se había despertado esa misma mañana. En su cama. Y abrazados.

¡Haciendo la cucharita, por el amor de Dios!

Se les había ido la cabeza a los dos. Bueno, a él más porque, al fin y al cabo, ella era una mujer libre. Él no. Él estaba casado con un ser superior y le acababa de poner los cuernos con ella.

Porque eso contaba como infidelidad, ¿verdad?

Gimió mentalmente al recordar lo que habían hecho, y habían dicho...

Sí, una infidelidad de las que no se perdonan ni con cien años de rosarios. Pero como Dios era misericordioso, o eso vendían, seguro que a él lo perdonaba, ¿no?

Señor…

La cuestión era que esa mañana se había despertado, y como si no tuviera bastante con sentir la erección del cura clavada en su

trasero, que un poco más y la hace gemir en voz alta al recordar cómo sabía y cómo la llenaba…

*No, Faith, ni se te ocurra ir por ahí.*

Lo que decía, abrió los ojos y se topó de bruces con la mirada de Emma, que la observaba fijamente desde la cuna. Ojo, no le reprochaba nada; por fortuna para su karma, la niña todavía no entendía de sacrilegios.

Faith pegó un salto, agarró la manta de un tirón y se enrolló en ella, arrepintiéndose en ese mismo momento porque, al llevarse la tela, había destapado a Zane, que solo vestía un bóxer.

Faith no pudo evitar repasarlo en toda su maravillosa casi desnudez e imaginarse muy, pero que muy bien, lo que había dejado de esa tela.

Él se despertó entonces. La miró, y una sonrisa lenta, inmensamente pecaminosa y de absoluto sinvergüenza, se formó en sus labios.

—Buenos días, nena.

Un grito ahogado salió de la garganta de Faith, lo que a él solo le sirvió para echarse a reír.

—Qué buenos días ni qué ocho cuartos —se plantó delante de la cuna para bloquearle la visión a Emma—. Es que no tienes vergüenza, ¡que la niña está aquí! ¡Tápate!

Hablando de la niña…

Le tocó la frente y suspiró de puro alivio al comprobar que no estaba caliente.

—No ha tenido fiebre en toda la noche —aclaró Zane.

Ella miró hacia atrás y apartó la vista de golpe, volviendo a centrarse en Emma al comprobar que Zane se había puesto de pie, completamente desnudo y en todo su glorioso esplendor.

Casi gime. Qué patética era.

—¿Lo has comprobado?

—Claro —respondió él, con un tono de «obviamente, me ofende que lo dudes»—. Ya sabemos que tú, cuando duermes, duermes. Y después de tantos orgasmos…

Ella soltó un grito ahogado. Zane rio.

Faith cogió a la pequeña en brazos y salió disparada del cuarto rumbo a la cocina para prepararle el biberón.

—No te ofendas, nena. Solo digo que tienes el sueño muy profundo. Menos mal que estoy yo aquí —la siguió él.

—Es que no deberías estar aquí.

De pronto, Emma desapareció de sus brazos por arte de magia.

—Ya hablaremos de eso después, igual que de lo que pasó anoche.

—No sé de qué hablas —mintió ella vilmente.

Zane sonrió, acortó la distancia y le plantó un morreo que le arrancó un gemido de pura sorpresa.

—Ya veo que no.

—Pero ¿qué haces? —logró articular ella.

¿Una vez era una infidelidad perdonable, pero dos? ¿De verdad Dios tenía tanta paciencia?

—Mucho menos de lo que me gustaría hacerte. Anda, tira, yo me encargo de Emma.

—¿Y por qué vas a encargarte tú estando yo aquí? —intentó quitarle a la niña de los brazos, más por recuperar el control de su vida que por otra cosa.

—¿Quizás porque no soy yo el que tiene un juicio en un par de horas?

Faith abrió los ojos de par en par, horrorizada. El mundo se detuvo un segundo.

—¡Mierda, el juicio! —gritó—. ¡¿Y ahora qué hago?!

—¿Cómo que qué haces? ¿Ducharte y arreglarte? Aunque si quieres ir así, oliendo a sexo y a mí... —Zane soltó un gruñido bajo —. Joder, qué cachondo me pones.

—¡Zane! —exclamó ella, perdiendo la paciencia—. Céntrate.

Emma soltó una carcajada, como si ver a Faith al borde del colapso fuera el mejor espectáculo de la ciudad. Zane también se rio; lo cierto era que lo era.

—¿Cómo voy a ir a ningún juicio estando la niña enferma?

—Yéndote.

—Zane…

—Está mejor, mírala —y era verdad, la cría tenía otro color—. Y yo me quedo con ella.

—Pero tú tendrás que…

—Yo tengo que quedarme aquí —la interrumpió, tajante—. Y esperar a que vuelvas para que hablemos. Pero después de follarte. —ella lo miró, escandalizada—. Porque no nos da tiempo ahora, ¿verdad?

—¡Estás loco, loco! —gritó ella antes de salir corriendo de la cocina hacia el baño.

Emma volvió a reír. Zane la miró con complicidad mientras escuchaba los pasos precipitados de Faith por el pasillo.

—Sí, es una dramática —le susurró a la niña.

—¡Te estoy escuchando, Prescott! —llegó el grito desde el fondo de la casa.

—¡Eso es lo que quiero yo, nena! ¡Volver a escucharte gritar mi nombre!

Zane soltó una carcajada cuando la escuchó maldecir.

Joder, si es que le encantaba esa mujer. ¿Cómo demonios no se había dado cuenta antes?

La cantidad obscena de polvos que podrían haber echado ya… No se iba a perdonar en la puta vida haber estado tan ciego.

Pero bueno, ya se encargaría él de arreglarlo. La compensaría con muchos orgasmos, cada día de su vida.

Faith no tardó mucho en reaparecer por la cocina, completamente vestida y armada para la guerra. Emma se estaba tomando el segundo biberón, la pobre estaba muerta de hambre por culpa de la fiebre.

—¿Seguro que puedes quedarte con ella?

—Sí.

—¿No tienes obligaciones?

—No —la cortó él en seco, plantándole una taza de café en las manos—. Bebe. Te va a hacer falta.

—Gracias.

Se lo bebió casi de un trago.

—No sé cuánto tardaré.

—No hay problema.

—¿Seguro? ¿De verdad no tienes que…?

Se calló cuando él la acorraló contra la encimera.

—¿Y si empiezo a anotar un azote por cada vez que me preguntes lo mismo? —le dio un beso en los labios.

Dulce. Lento.

Insuficiente.

Sonrió, satisfecho, al verla roja como la grana.

—El culo se te pone de este mismo tono cuando te azoto —ella gimió. Él también—. No puedo estar cerca de ti —gruñó, pero no se alejó—. Vete ya si quieres llegar al juicio a tiempo —acercó sus labios al oído de ella—. Porque estoy a un gemido de levantarte esa falda, destrozar las medias y el tanga que sé que llevas, subirte en la encimera y follarte hasta que no recordemos ni nuestros nombres.

La polla de Zane saltó al escuchar el gemido de placer que había soltado ella.

Se separó un poco y la miró a los ojos.

—Lo haré cuando vuelvas —remató, guiñándole un ojo.

Faith salió huyendo de casa.

¿Para cuando volviera? ¿Pero se había vuelto loco o qué?

Igual todavía estaba medio dormido y no era del todo consciente de… Qué va. Era Zane. A ese hombre no se le escapaba un detalle.

Y Faith no estaba entendiendo absolutamente nada.

El día anterior había huido despavorido por no poder besarla, y por la noche la había hecho gemir como no lo había hecho nadie en su vida.

¿Y no se sentía culpable? ¿Y encima quería repetir? ¿Pero qué coño le pasaba a ese hombre?

Iba a acabar volviéndola loca de atar.

Suspirando, y temblando también, todo hay que decirlo, lo llamó por teléfono.

—Está exactamente igual que hace cinco minutos. Es decir, bien. Y comiéndose una galleta —respondió él a modo de saludo.

—Oh.

—Sí, oh —la imitó—. Para no gustarte los niños, te has adaptado muy bien al papel.

—¿Qué esperabas? No soy mala persona.

—Nunca he pensado eso.

—Oh.

—Sí, oh.

Faith casi podía ver la sonrisa en su voz.

—¿Seguro que no tienes nada que hacer? No sé, ¿dar una misa, confesar a alguien o lo que sea que hagáis los curas?

—Anotado un azote extra. En el coño, además, que sé que te gustan.

—¡Zane!

—El que avisa no es traidor.

—¿Vas a seguir jugando conmigo?

Silencio.

Un tenso silencio al otro lado.

—¿De verdad crees que estoy jugando contigo? —el tono de burla desapareció por completo, volviéndose letalmente serio.

—No quise decir eso. Pero ambos sabemos que tú…

—Hablaremos de ello cuando llegues.

—No hay absolutamente nada de qué hablar. Lo de anoche fue un error, y ambos lo sabemos. No volverá a pasar.

—Lo de anoche no fue ningún error, y ambos lo sabemos. Y vaya si volverá a pasar. Será mejor que te vayas haciendo a la idea. Ahora céntrate, arrasa en ese juicio y demuéstrame que eres la segunda mejor abogada de la ciudad, porque el primero siempre seré yo. Y no tardes en volver. Emma te echa de menos. Y yo y mi polla, también.

Y sin más, le colgó. Dejándola con una estúpida sonrisa plantada en la cara.

Una sonrisa que se le borró de un plumazo en cuanto su cerebro procesó el hecho de que estaba sonriendo.

¿Por qué sonríes? ¡No sonrías!

El que sí sonreía era Zane, repasando mentalmente todas y cada una de las formas en las que iba a follársela ese día y los siguientes. Solo para demostrarle que, por supuesto, aquello iba a ocurrir una, y otra, y otra maldita vez.

Y toda la vida, si de él dependía.

Se lo habría dejado clarísimo esa misma mañana si a Emma no le hubiera dado por despertarse tan temprano. Se la habría follado ahí mismo para enseñarle exactamente lo que iba a pasar a partir de ahora.

Joder, cómo deseaba volver a hacerlo. Le bastaba con pensarlo un segundo para que la polla volviera a darle un tirón.

Sí, esa mujer se había convertido en su droga personal, y él ya estaba con el mono exigiendo una nueva dosis. Ni siquiera le había dejado un mísero beso al que agarrarse antes de salir huyendo por la puerta.

Pero ya se lo cobraría con intereses en cuanto la tuviera delante.

—Bah —soltó Emma, lanzando el sonajero bien lejos y trayendo a Zane de vuelta a la realidad de un plumazo.

Él sonrió, observando a Emma.

—Sí, pequeña. Eso es lo que voy a hacer.

Zane cogió el móvil e hizo la llamada que, sabía perfectamente, cambiaría sus vidas para siempre.



# Capítulo 19

El juicio se había alargado más de la cuenta, pero Faith había conseguido la victoria para su cliente.

—Lo sabía —dijo Zane con orgullo—. Sabía que lo lograrías.

—No fue fácil.

Faith no opuso resistencia cuando Zane, que se acababa de sentar en el sofá, tiró de ella hacia su regazo.

Acababa de entrar por la puerta; había llegado justo a tiempo para darle un beso en la mejilla a Emma antes de que Zane la acostara en la cuna.

Ahora, por fin, estaban solos en el salón.

—Te juro que hubo un momento en el que pensé que iba a ser un fracaso absoluto. Pero no fue así —suspiró, agotada—. Por suerte.

—Eres buena, cariño. Eso no es suerte.

Se quedaron un momento así, en silencio, solo mirándose.

Zane levantó una mano y, con los dedos, acarició el rostro de ella, haciéndola cerrar los ojos.

—Eres preciosa —susurró él.

Ella abrió los ojos de golpe y lo miró con cara de «pero qué me estás contando».

Él rio.

—Es verdad. Y lo sabes.

Le acarició los labios con el pulgar.

—Lo que sé es que no deberías estar haciendo esto.

Pero no hizo el más mínimo amago de separarse cuando él acercó el rostro y la besó.

Fue un beso dulce, cariñoso. Tierno. De los que hacían que a ambos se les apretara el corazón en el pecho.

—Zane, esto no está bien —susurró ella, deshaciéndose ya entre sus brazos.

—¿Besarte no está bien? —preguntó él.

Sus manos comenzaron a recorrerla, tocándola por todas partes, reclamando cada curva.

—Sabes que no.

Pero, a la vez que lo decía, levantó un poco la falda para poder acomodarse mejor sobre él.

Zane volvió a besarla, esta vez con mucha más intensidad.

—¿No te gusta que te bese? —le lamió el labio antes de volver a devorarle la boca.

—Sí... —gimió ella, perdiendo ya la cabeza por completo, con los dedos enroscados con desesperación en el pelo de él.

—Menos mal, porque me encanta besarte —otro beso profundo—. Sabes a gloria.

Ella ya se mecía sobre él, y su respiración empezaba a sonar un poco desesperada.

—Pero no podemos.

—Podemos —aseguró él—. Y queremos.

Y, para demostrárselo, metió una mano entre los dos, colándose bajo la falda y entre las medias y el tanga para acariciar su sexo empapado.

—Joder, cariño... No me digas que has estado así todo el día.

—Zane... —se dejó caer sobre él, escondió la cara en su cuello y se frotó contra su mano.

—¿Has pensado en esto? —acarició su sexo despacio—. ¿Has pensado en mí? —metió un dedo dentro de ella—. Contéstame.

—Sí.

—Yo tampoco he podido dejar de pensar en ti. Mírame —ordenó.

Ella lo hizo.

—Bésame.

Faith intentó agarrarse al último resquicio de su cordura.

—Zane, no podemos…

No pudo terminar la frase porque Zane hundió tres dedos de golpe dentro de ella, arrancándole un grito ahogado.

—Podemos —repitió él, implacable—. Y lo vamos a hacer —sacó los tres dedos y los volvió a clavar hasta el fondo—. Voy a follarte, Faith. O, mejor dicho, vas a follarme tú a mí mientras yo me como esas preciosas tetas que tienes. Y nos vamos a correr mientras nos comemos la boca, porque estamos los dos deseando hacerlo.

—Pero...

—Sé que tenemos que hablar —reconoció él—. Y lo haremos. Pero, por favor, después de follar. Llevo todo el puto día soñando con volver a hacerte mía, nena. Te juro que perderé la cabeza si no entro ya en ti.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Podía ver el deseo y la necesidad pura brillando en ellos. Exactamente lo mismo que sentía ella.

Aquello estaba mal, muy mal, ambos lo sabían de sobra. Pero ¿qué iban a hacer si se deseaban con esa intensidad?

¿No podía Dios, si es que de verdad existía, entenderlo un poco?

—Fóllame —dijo ella entonces, sorprendiéndose a sí misma—. Fóllame antes de que yo también me vuelva loca.

Una sonrisa letal, totalmente arrogante y pecaminosa, se formó en los labios de Zane.

—A tus órdenes, preciosa.

Y se dispuso a evitar que ambos perdieran la cordura.



Zane estaba recostado completamente en el sofá, con las piernas estiradas. Faith se encontraba encima de él, a horcajadas, con las rodillas a ambos lados de sus caderas.

Se movía despacio. Muy despacio. Subía y bajaba con movimientos suaves y profundos, casi perezosos, dejando que cada centímetro de su erección entrara y saliera de su interior con deliberada calma.

El placer era denso, pesado, casi abrumador por lo intenso que resultaba a esa velocidad.

—Joder, nena —gruñó Zane en voz baja, con los ojos entrecerrados—. Así, despacio… déjame sentir cómo ese coño tan caliente me traga entero.

Sus manos subieron hasta sus tetas, cogiéndolas con posesión. Las amasó lentamente, apretando la carne suave y pesada entre sus dedos. Con los pulgares rozaba sus pezones erectos, dibujando círculos lentos alrededor de ellos antes de pellizcarlos con suavidad, tirando apenas lo justo para hacerla gemir.

Faith dejó escapar un suspiro largo y tembloroso, arqueando ligeramente la espalda para ofrecerle mejor sus pechos.

Sus caderas seguían moviéndose con esa cadencia lenta y profunda: subía hasta casi dejar solo la cabeza de su miembro dentro, y luego bajaba despacio, tragándosela hasta la base, sintiendo cómo la llenaba por completo.

Zane levantó un poco la cabeza para lamer primero un pezón y luego el otro, chupándolos con calma, succionando la carne sensible mientras su lengua los acariciaba.

Faith gimió. Sus manos se apoyaban en el pecho de Zane para mantener el equilibrio mientras seguía montándolo con esa lentitud deliberada.

Cada vez que bajaba, su clítoris rozaba contra la base de su polla, enviando pequeñas descargas de placer que la hacían apretarse alrededor de él.

—Así —susurró Zane contra su piel—. Móntame, cariño, despacio. Quiero sentir cada centímetro de tu coño apretándome. Está tan mojado… tan caliente… ¡Joder, esto es el cielo!

Faith soltó un gemido más largo, inclinándose ligeramente hacia delante para que sus tetas quedaran más cerca de su cara. Zane no dudó: atrapó un pezón con la boca y lo chupó con fuerza mientras ella seguía cabalgándolo con esa lentitud deliciosa y tortuosa.

Poco a poco, Faith se dejó caer hacia delante hasta tumbarse completamente sobre el pecho de Zane. Sus tetas se aplastaron contra su torso sudoroso y sus caras quedaron a solo unos centímetros de distancia.

Sus respiraciones se mezclaban, calientes y agitadas.

Zane deslizó las manos por su espalda, un recorrido ardiente que terminó anclándose en su culo. Agarró una nalga con cada mano, amasando la carne suave y caliente para pegarla aún más contra él.

—Así… pégate a mí —murmuró con voz ronca contra sus labios—. Quiero sentir todo tu cuerpo mientras me follas.

Faith apoyó la frente contra la de él, rozando sus narices. Empezó a mover las caderas de nuevo, pero cambiando la táctica: movimientos cortos, profundos y circulares.

Una fricción letal, meciéndose sobre su polla en lugar de simplemente subir y bajar.

Cada roce era lento, asfixiantemente íntimo y devastador.

—Zane —susurró ella contra su boca, con la voz temblorosa—. Te siento tan adentro…

Él apretó su culo con más fuerza, separando ligeramente las nalgas para marcar el ritmo. Sus dedos se hundían en la carne, guiándola con absoluta posesión.

Faith jadeó contra sus labios y aceleró una fracción de segundo. Sus caderas trazaban círculos apretados, buscando esa fricción exacta de su clítoris contra la base de él en cada movimiento.

Zane subió una mano hasta su nuca, enredando los dedos en su pelo para inmovilizarla, y la besó despacio, profundo, devorándola mientras con la otra mano seguía reclamando su culo.

—Muévete así… sí… —susurró entre besos—. Fóllame lento, nena. Quiero que te corras conmigo dentro, sintiendo cómo te lleno por completo.

Los movimientos de ambos se sincronizaron en una agonía perfecta. Zane empujaba hacia arriba con firmeza, colándose un milímetro más hondo cada vez, mientras Faith se mecía sobre él con un ritmo implacable.

—Estoy tan cerca… —gimió ella, con la voz rota.

—Entonces córrete —ordenó él en un susurro grave y sucio, volviendo a usar las dos manos para aferrarle el culo—. Quiero sentir cómo me aprietas. Quiero que te corras despacio, empapándome entero mientras te lleno de semen.

Faith tembló sobre él. Sus caderas seguían dibujando círculos agónicos, cada vez más cerrados.

Zane no dejó de marcar la pauta con sus manos, guiándola, follándola desde abajo con una calma que los estaba destrozando a los dos.

—Joder… nena… me tienes al puto límite —gruñó él, sintiendo cómo el interior de ella empezaba a contraerse a su alrededor—. Córrete conmigo… quiero correrme dentro de ti mientras tiemblas.

Ella soltó un gemido largo y ahogado cuando la ola por fin rompió. Sus movimientos perdieron la cadencia, volviéndose torpes y maravillosamente desesperados.

Zane empujó un poco más, anclándola con fuerza contra él.

—Así… eso es… —susurró con la voz ronca—. Córrete para mí, cariño. Déjame sentir cómo me aprietas la polla mientras me corro dentro de ti.

Faith se tensó encima de él de golpe, enterrando la cara en su cuello mientras el orgasmo la atravesaba sin piedad, en oleadas largas y profundas. Su coño se contrajo con una fuerza letal, exprimiéndolo.

Zane soltó un rugido sordo contra su oído y se dejó ir al instante.

Sus cuerpos quedaron fundidos, temblando ligeramente, luchando por recuperar el aliento el uno contra el otro.

Atrapados en ese limbo asfixiante de sudor, placer y respiraciones entrecortadas, Faith hizo un débil amago de separarse, buscando aire.

Y un poco de dignidad.

Pero las manos de Zane, que seguían ancladas en su culo con una posesión letal, apretaron con fuerza.

—Ni se te ocurra moverte —gruñó él contra su oído.

Faith jadeó de pura sorpresa cuando sintió que la gravedad cambiaba de golpe. En una maniobra rápida, Zane invirtió las posiciones de ambos, sin llegar a salir de ella.

Un segundo después, ella estaba tumbada en el sofá y él estaba encima, atrapándola entre sus piernas, todavía hundido hasta el fondo en su interior.

Volvió a besarla. Fue un beso cargado de una dulzura agónica, tierno y devoto. Zane empezó a mecerse de nuevo, un balanceo lento, profundo y tortuoso.

—Zane… —susurró ella, abrumada por la intensidad que no parecía tener fin.

Él se separó lo justo para clavar sus ojos en los de ella, letales y posesivos.

—Todavía no, cariño —le dijo con la voz rota—. No es suficiente. No me basta.

Él sabía, con una certeza aterradora, que nunca tendría suficiente de esa mujer.

Ni en esta vida, ni en la otra.

Daba igual cuántas veces se la follara o lo profundo que entrara en ella; nunca iba a lograr saciarse. Era una adicción sin cura y una batalla perdida de antemano.

Pero joder, estaba más que dispuesto a pasarse el resto de su vida intentando saciarse polvo tras polvo.



# Capítulo 20

—¿No tienes que irte? —preguntó Faith un rato después.

Estaban desnudos, tumbados en el sofá, los dos de lado, besándose lentamente como si fueran...

¡Una maldita pareja!

Zane la miró fijamente al notar cómo todo el cuerpo de ella se tensaba por completo.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él.

—No es eso lo que he dicho.

Zane suspiró al verla levantarse. Esta vez, se lo permitió.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Solo te pregunto si no tienes que irte. ¿No tienes misa? —ella empezó a recoger su ropa del suelo—. ¿Confesiones? ¿Algo que hacer con tus amigos los curas o las monjas? —comenzó a vestirse a trompicones—. Llevas desde anoche aquí y…

—Y estás asustada.

—¿Yo? ¿Por qué iba a estar asustada? —preguntó ella, aunque sonó exactamente a eso—. No soy yo la que está haciendo algo

prohibido.

Cogió los pantalones de él del suelo y se los lanzó encima.

—Yo solo he echado un polvo.

—¿Un qué? —la interrumpió él, con un tono de voz letal.

Había una clara advertencia en su voz.

Advertencia que Faith, evidentemente, ignoró por completo.

—Bueno, uno o varios —añadió ella, empeorando la cosa de forma estrepitosa—. Pero no tengo nada que ocultar.

Zane cerró los ojos un instante y se levantó del sofá, dispuesto a vestirse también.

Porque si iban a discutir, mejor no hacerlo con el pirindolo por ahí colgado. O erecto, que era como solía estar si ella andaba cerca, pero ya nos entendemos.

—Yo soy una mujer libre. No como tú.

—Cualquiera diría que soy un hombre casado o algo así —ironizó él.

—¿Y no lo eres? —ella ya se estaba abrochando el sujetador—. ¿No dicen que los curas estáis casados con Dios?

Zane terminó de abrocharse los pantalones y se agachó para coger su camisa en el mismo momento en que ella se ponía la suya.

—Sí —confirmó él.

Ella asintió.

Claro, es que era así.

—Supongo que entonces soy un hombre separado —añadió Zane, con una calma pasmosa—. O, mejor dicho, divorciado.

Cuando Faith, que estaba concentradísima peleándose con los botones de su camisa, levantó la mirada, se encontró a Zane

plantado frente a ella, con los brazos cruzados y mirándola fijamente.

Serio.

Muy serio.

—¿Perdona? —articuló ella, que no estaba entendiendo absolutamente nada.

—He colgado los hábitos.

Ella abrió la boca, la cerró.

La volvió a abrir.

—Oh... —dijo entonces.

Porque ¿qué coño podía decir en un momento como ese?

—¿Por qué? —preguntó.

Zane enarcó una ceja y la miró con cara de «¿en serio me estás preguntando eso?»

Ella empezó a negar frenéticamente con la cabeza.

—No se te ocurra decir que ha sido por mí.

—Faith… —hizo el amago de acercarse, pero ella retrocedió, evitándolo.

—No —volvió a la tarea casi imposible de abrocharse los malditos botones con los dedos temblando—. No puedes hacer eso. ¡No puedes tirar toda tu vida por la borda por un polvo!

De repente, estaba asustada. Joder, claro que lo estaba. Aquello era demasiada presión para los hombros de cualquiera.

Ella podía lidiar con ser la tentación de una noche. Podía tragar con la culpa católica de haber corrompido a un siervo de Dios en un momento de debilidad, asumiendo que después él rezaría trescientos padrenuestros, se confesaría y el mundo seguiría girando.

Pero ser el motivo por el que un hombre intachable lo mandaba todo a la mierda para siempre... Eso era un nivel de responsabilidad que ella no había pedido.

Sentía que, literalmente, le había arruinado la vida.

—Deja de llamar un polvo a lo que tenemos.

—¿A lo que tenemos? —Faith rio, completamente irónica—. Lo que tenemos es sexo.

Zane apretó la mandíbula.

—Deja de llamar sexo a lo que acaba de ocurrir. No ha sido un simple polvo. Ni dos, ni tres.

—No, han sido varios polvos espectaculares, las cosas como son —no vio cómo a Zane se le hinchaban las narices—. Pero… ¿cuándo? —preguntó entonces, porque las piezas no le cuadraban en la cabeza—. ¿Cuándo lo has dejado?

Si el día anterior se había largado de allí peleando precisamente porque no podía tocarla...

Faith abrió los ojos de par en par al entenderlo de golpe.

—¡Joder! —exclamó—. Por eso me follaste.

—Faith… —le advirtió él, en un tono bajo y peligroso.

Ella rio de nuevo, histérica perdida.

—Llevo desde anoche sintiéndome como una auténtica mierda por lo que hemos hecho, por haberme acostado con un cura, preguntándome si todo esto te podía joder la vida, ¡¿y resulta que ya ni siquiera eres cura?!

—No te he visto muy preocupada hace un momento, más bien disfrutando bastante de los orgasmos.

Zane supo que había metido la pata hasta el fondo en el mismo instante en que lo dijo.

Pero, joder, es que no entendía qué coño le pasaba. ¿Por qué no se alegraba? Podrían estar juntos de verdad, sin remordimientos de ningún tipo. ¿Acaso no era eso algo bueno?

—Que te den, Prescott —bufó ella.

—Lo siento, no quise decir eso —hizo el amago de acercarse, pero ella no se lo permitió.

Estaba indignadísima.

A ver, que todo aquello era un alivio, las cosas como son. Pero eso no quitaba que tendría que habérselo dicho antes, ¿no? Y no dejarla a ella sintiéndose como la mierda porque era incapaz de evitar lo que estaba ocurriendo entre ellos. Sabía que no era su culpa; como ella misma había dicho, era una mujer libre.

Pero aun así…

—Técnicamente sigo siendo cura hasta que Roma firme el papeleo, me conceda la dispensa y me reduzca al estado laical —aclaró él, con una calma que la desquiciaba—. Pero a efectos prácticos, y para lo que a ti te interesa, sí. Ya no soy cura. Y no, desde luego no era esta la reacción que esperaba cuando lo supieras.

—¿Y qué esperabas? ¿Una fiesta? ¿Confeti? —bufó ella—. ¿Que me echara a tus brazos dispuesta a follar eternamente?

—Pues mira, eso era exactamente lo que esperaba, sí —no había ni una pizca de ironía en su voz.

—Pues perdona por no cumplir con tus expectativas —replicó ella, destilando sarcasmo.

—Faith…

—Perdona por no ponerme a saltar de alegría cuando me has soltado así, sin anestesia, ¡que has dejado toda tu vida por un calentón!

—Calentito te voy a dejar el culo como sigas llamando a lo nuestro un calentón —le advirtió él, cabreándose de verdad—. ¿Calentón?

—¡Es lo que es!

—¿A ti te parece que lo que acabamos de hacer ha sido por un calentón? ¡Una mierda ha sido un calentón! Un calentón es algo sin importancia, ¡y esto no lo es! Lo que acabamos de tener ahí no ha sido un puto calentón. Hemos hecho el amor, maldita sea. ¡Sin condón! ¿Por qué le quitas importancia? ¿A qué le tienes tanto miedo?

—Estás exagerando las cosas.

—¿Que estoy exagerando las cosas? —repitió él, incrédulo.

—Sí —afirmó ella, tajante—. Estás tergiversando todo.

—¡Al menos yo no me miento a mí mismo ni soy un cobarde como tú! —estalló él.

En ese preciso instante, escucharon llorar a Emma. Se había despertado. Zane se movió rápido para ir a por ella, pero Faith llegó antes. La sacó de la cuna en un movimiento puramente defensivo, apretándola contra su pecho e impidiendo que él se acercara un solo centímetro.

Zane suspiró pesadamente al verla parapetada tras la niña, usándola casi de escudo, y se pasó las manos por el pelo, frustrado.

—No sé qué te pasa, de verdad que no lo sé.

—Que quiero que te vayas, eso es lo que me pasa —replicó ella, meciendo a la niña contra su pecho para calmarla—. Vete y déjanos en paz.

—Pues vamos mal, porque yo no quiero irme. Ni dejaros en paz.

—Zane…

—Nena, por favor —le rogó—. Respira, ¿vale?

—¡No me trates como si estuviera loca, joder!

—¡No hago eso! Solo quiero que hablemos. Y que arreglemos esta puta mierda, sea lo que sea que esté pasando, ¡porque me importáis, joder! Me importas. Me importa Emma. Y me importas tú. Os quiero en mi vida. Sois la vida que quiero. ¿Qué es lo que he hecho tan mal? Explícamelo, porque no lo sé. ¿Qué querías que hiciera si no convertirme en alguien libre? ¿Seguir con esa maldita soga al cuello del alzacuellos y una sotana que nunca debería haber llevado? Mañana mismo aceptaré ese testamento, porque menos mal que Rebecca todavía no había enviado mi renuncia y empezaré a ejercer. Tengo un apartamento, lo sabes y…

—¿Que tú qué? ¿Que harás qué? —no podía creer lo que acababa de escuchar—. ¿Has hablado con Rebecca de esto?

Si ya estaba acojonada por todo el tema de la Iglesia, aquello la llevó directamente al límite. ¿Pero quién se creía que era para tomar ese tipo de decisiones sin consultarle absolutamente nada a ella?

—Te lo estoy diciendo, es lo que quiero.

Faith estaba a punto de arrancarse el pelo de la pura desesperación.

—Hace unos días rechazaste todo esto y ahora, de repente, porque hemos follado dos veces…

—Me pica la mano, Faith —le advirtió él, el tono bajo y peligroso.

—Porque hemos follado dos veces —repitió ella, ignorándolo por completo—, ¿ahora de repente ya no eres cura, no quieres esa vida y nos quieres a mí y a Emma en ella?

—Las cosas no son así.

—¡Son exactamente así! —exclamó ella—. ¡Y tienes la poca vergüenza de llamar a mi jefa y tomar decisiones por ti solo!

Él la miró, serio, inescrutable.

—¿No quieres que me haga cargo de Emma oficialmente?

Faith se pasó la mano por el pelo, desquiciada.

—No se trata de eso.

—¿Entonces de ti? ¿Yo sí soy para ti eso, un simple polvo? ¿Es eso? Un entretenimiento, el cura prohibido al que follarte para alimentar tu ego y…

Zane vio venir el tortazo. Lo vio perfectamente, pero no se movió un milímetro y lo aguantó entero.

—No te atrevas a juzgarme —le siseó ella, temblando—. No me conoces.

—Tú a mí tampoco —le aseguró él, con la mandíbula tensa por el golpe.

Ella rio irónicamente. Una risa rota.

—Lo sé —dijo entonces.

Levantó una mano al techo y la dejó caer, derrotada.

—Créeme, lo sé. No tengo ni idea de nada. No sé por qué dejaste tu vida de antes, ni por qué te ordenaste. Ni tengo idea de lo que pasa por tu cabeza más allá de que necesitas follarme —le soltó con rabia.

Eso dolió. Dolió mucho. Más que el golpe físico.

—No digas eso.

—Es así —era la jodida verdad—. No sé quién eres. Pero sí sé que no me gustas. No me gusta que tomen decisiones que me competen sin consultarme a mí.

—Faith…

—Vete —salió del dormitorio y caminó hasta la puerta; la abrió de par en par—. Márchate —dijo mirándolo.

—No hagas eso —pidió él, endureciendo el gesto—. Emma tiene que comer, y tú necesitas descansar y…

—Emma es mi responsabilidad. La acepté antes de que me nublara la cabeza un simple polvo.

—No te pases —le advirtió él.

—Vete —insistió ella—. Vete y no vuelvas.

—No puedes pedirme eso.

Zane sonaba auténticamente desesperado.

—Puedo. Y lo estoy haciendo. Vete —insistió.

Al ver que él no se movía, la rabia de Faith se resquebrajó, dejando paso al agotamiento.

—Por favor —le rogó con la voz quebrada—. Ahora mismo no soporto tenerte cerca.

Zane dudó. La miró durante unos segundos interminables, pero finalmente cogió su ropa, sus zapatos y caminó hasta la puerta.

Al pasar por el lado de Faith, se paró. Se acercó a Emma y le dio un beso en la frente. Después, le dio otro a Faith. Un beso que se demoró más de la cuenta. Un beso que sabía a disculpa, a derrota.

A miedo de perderla.

A esperanza de que, por favor, aquello no pasara.

—Puede que no sepa hacer las cosas —dijo él en un susurro ronco —. Y lo siento. Pero me importáis, Faith. Y os quiero en mi vida. Y no voy a disculparme por ello.

Entonces se marchó.

Cuando salió a la calle, sacó el móvil y marcó el número de su hermana.

—Hola.

—Dak, la he jodido. ¿Podemos vernos?



# Capítulo 21

Zane llevaba días pensando que iba a volverse loco.

—Joder, quién te ha visto y quién te ve —dijo Cole cuando Zane abrió la puerta de su apartamento.

Sí, tenía un apartamento.

¡Sorpresa! Los curas también podían tener propiedades. No era la gran cosa, desde luego nada que ver con el ático en el que Cole y su hermana vivían, pero era suyo.

Y después de haber dejado atrás su vida entera, y de que Faith le diera la patada del siglo, al menos no tenía que dormir bajo un puente ni rogarle a Dakota que le hiciera un hueco calentito en el sofá.

—¿Qué haces aquí a estas horas? ¿No deberías estar con Dakota?

Cole lo siguió al interior.

—Debería. Y es lo que querría hacer. Pero… —miró alrededor, escaneando el desastre absoluto que era aquel lugar, con botellas y platos sucios esparcidos por todos lados—. Está preocupada por ti. Y las opciones eran o que viniera ella o que viniera yo.

Zane sonrió, entendiéndolo.

—Vamos, que solo había una opción.

—Exactamente.

Zane sonrió un poco más, dejándose caer en el sofá.

—Dile que no se preocupe. Estoy perfectamente —masculló.

Cole hizo una mueca y escrutó al hombre que tenía enfrente.

—Sí, ya lo veo —se sentó en el borde del otro sofá y miró a su cuñado—. Estás jodido, ¿no?

Zane le devolvió la mirada.

—¿Qué te hace pensar eso? —intentó bromear.

—Nada. Una tontería mía al verte sucio, con la misma ropa de vete a saber cuándo y sin afeitar. Da pena verte.

—Se me pasará —suspiró pesadamente—. Estoy jodido —confirmó entonces—. Bastante. La he cagado. A lo grande.

—Tampoco habrá sido para tanto.

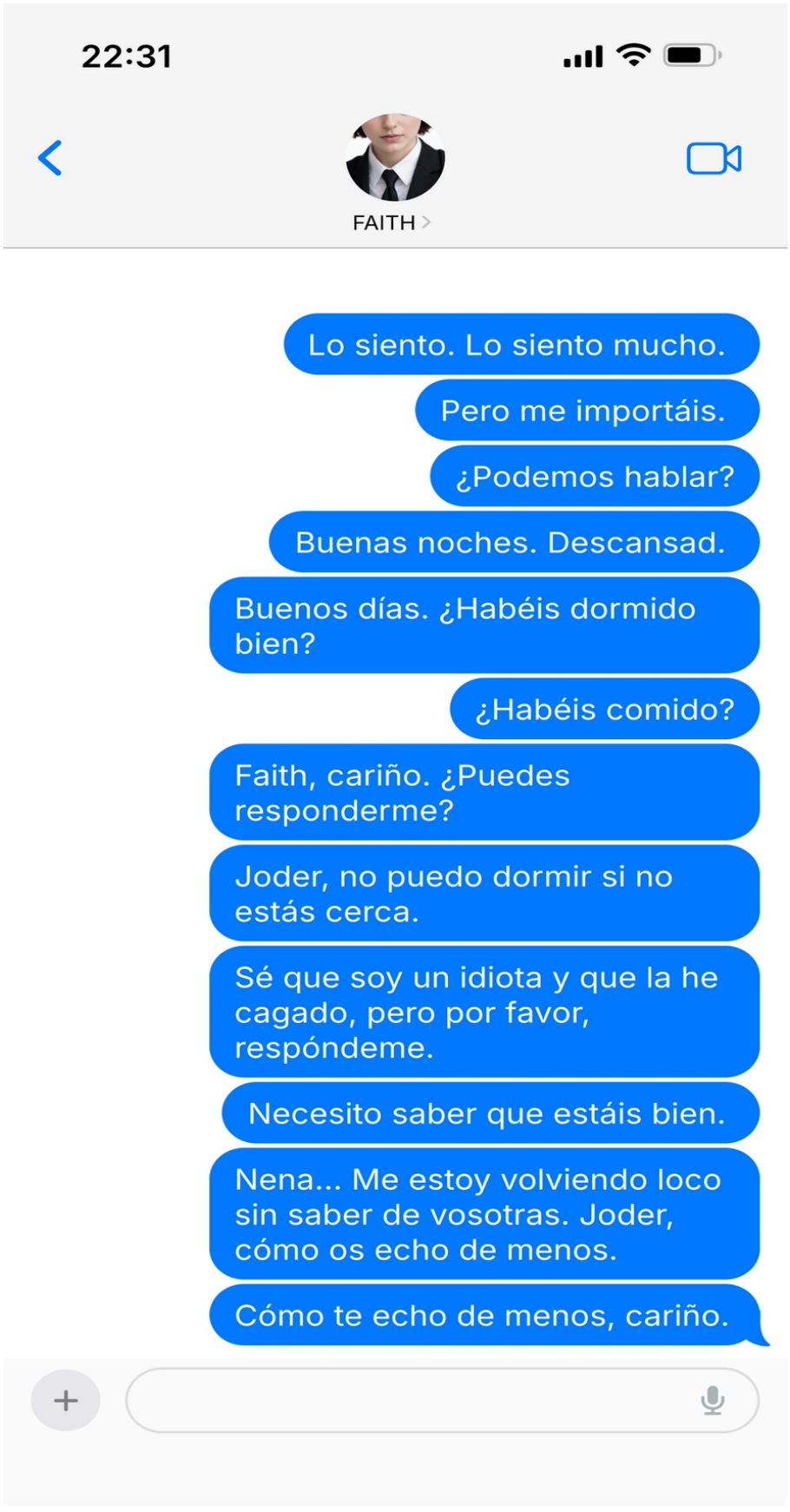
Zane suspiró profundamente y le relató la jugada maestra que había llevado a cabo.

Cole soltó un bufido al terminar de escucharlo.

—Vale, sí, la has cagado.

—Ya. Y no quiere ni verme.

Cogió el móvil de encima de la mesa y le mandó otro mensaje. Esperó un rato, con la tensión marcándole la mandíbula, y acabó tirando el aparato de vuelta sobre la madera.


22:31
FAITH
Lo siento. Lo siento mucho.
Pero me importáis.
¿Podemos hablar?
Buenas noches. Descansad.
Buenos días. ¿Habéis dormido bien?
¿Habéis comido?
Faith, cariño. ¿Puedes responderme?
Joder, no puedo dormir si no estás cerca.
Sé que soy un idiota y que la he cagado, pero por favor, respóndeme.
Necesito saber que estáis bien.
Nena... Me estoy volviendo loco sin saber de vosotras. Joder, cómo os echo de menos.
Cómo te echo de menos, cariño.

—Ni siquiera los lee. ¿Quieres una copa? ¿Una cerveza?

Hizo el amago de levantarse para coger un par de latas del frigorífico, pero Cole negó con la cabeza.

—No quiero. Y tú tampoco deberías beber más.

—Hay tantas cosas que no debería hacer… —suspiró, derrotado.

—Me alegra verte así.

—¿Te alegra verme jodido?

—Si es por una mujer, sí. Me alegra eso más que verte con la sotana. Sabes que lo odiaba.

Sí, lo sabía. Dakota quizás era más comprensiva en ese sentido, por decirlo de alguna manera. No lo entendía, pero lo respetaba. Pero Cole siempre había sido más implacable con el tema.

—¿Por qué tomaste ese camino? —se lo había preguntado muchas veces, porque de verdad que tenía curiosidad—. Apenas habías empezado y ya eras un abogado de éxito. Tenías buena mano con las mujeres. Un futuro prometedor… —negó con la cabeza—. Nunca lo entendí.

Zane todavía recordaba el momento en que les dijo a su amigo, que ahora era su cuñado, y a su hermana que había decidido tomar los hábitos.

Las caras que se les quedaron...

Sí, él sabía perfectamente que los había pillado por sorpresa y no les dio muchas explicaciones. Años después, la cosa seguía igual.

—¿Importa? —preguntó Zane.

—No —esa era la verdad—. Pero me gustaría saberlo.

Al ver que no iba a responderle, Cole cambió la pregunta.

—¿Qué vas a hacer?

—No voy a volver a ponerme la sotana, si es lo que te preocupa.

Cole resopló.

—Eso espero. Como también espero que te encargues de mi equipo legal.

Zane sonrió.

—¿Has venido aquí para ver cómo estoy? ¿Porque te lo pidió Dakota? ¿O porque quieres ficharme? —bromeó.

—Sí. Sí. Y sí.

Zane soltó una carcajada.

—Preferiría empezar en un puesto más bajo.

—No —una simple y rotunda negativa.

Y no era porque fuera su cuñado o su amigo. Si Cole no confiase en él ni en sus capacidades, no le estaría ofreciendo algo así ni borracho. Solo había dos personas en las que confiaba ciegamente en este mundo y eran esos hermanos. Dakota siempre había trabajado con él y, además, era su mujer. Necesitaba a Zane cerca.

—Y ni pienses en irte a trabajar a otro lado —le advirtió.

—Ni se me ocurriría.

—Bien. ¿Y sobre lo otro?

—¿Qué es lo otro?

—¿Qué vas a hacer con Faith? ¿Y con Emma?

—¿Qué quieres que haga, si no me contesta a los mensajes?

—¿Y? ¿Te vas a rendir así porque sí?

—¡Por supuesto que no! —exclamó, seguro de sí mismo, pero la seguridad desapareció de golpe—. La echo de menos, joder —apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos con fuerza—. La echo de menos y, a la vez, estoy cabreado con ella. ¿Tiene algún sentido? —miró de nuevo a Cole.

—Sí, bastante.

Él lo entendía perfectamente; le pasaba a menudo con Dakota.

—Estás enamorado de ella.

—¿No se supone que deberías preguntar eso en vez de darlo por hecho?

Cole rio.

—No dejarías toda tu vida por un par de polvos.

—Bueno, me alegra que al menos alguien piense así —dijo con amargura, recordando que Faith había dicho y repetido a gritos exactamente eso—. Me alegra saber que hay quien sí me conoce.

—¿Tú crees? —el tono y la pregunta de su cuñado le hicieron fruncir el ceño—. Te conozco en lo que dejas que se te conozca. Y a tu hermana le pasa igual. Pero no te conocemos del todo. Ya ves, ni siquiera ella sabe por qué tomaste esa decisión, y es tu hermana. ¿Cuánto conoce Faith de ti? ¿Cuánto la has dejado conocer?

Zane apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

Cole lo señaló con un dedo.

—Estás demasiado acostumbrado a leer a los demás, Zane. A escuchar sus mierdas, a dar tu opinión sagrada, a decirles qué camino tomar. Llevas años arreglando las vidas de otros desde un púlpito o un confesionario. ¿Pero y tú? ¿Cuándo te vas a parar a pensar en ti y en por qué tomaste las decisiones que tomaste?

Se levantó del sofá.

—Piénsalo —y se giró, dispuesto a marcharse—. Y no bebas más. Y dúchate, por Dios, que apestas. ¡Te veo en la oficina!

Zane esperó a que la puerta de la casa se cerrara con un clic seco para soltar un suspiro pesado.

¿Cuánto conocía Faith de él?

Bueno, pues mucho, ¿no? Se conocían desde hacía años. Ella sabía que…

Zane se quedó mirando fijamente las grietas del techo.

¿Qué? ¿Qué coño sabía en realidad? Además de que era sacerdote, de que tenía un máster en dar sermones y de las cuatro mierdas de dominio público que cualquiera podía averiguar en cinco minutos.

¿Qué sabía ella de él de verdad?

Que se moría por follársela, de eso no había duda. ¿Pero qué más le había dejado ver?

La respuesta lo golpeó con fuerza: nada. Absolutamente nada.

Cole tenía toda la razón. El alzacuellos había sido la barrera perfecta. Un escudo antibalas de tela blanca y plástico.

Durante años, Zane se había dedicado a escuchar los pecados, los miedos y las miserias de los demás, pero él jamás se había confesado con nadie. Faith sabía que era arrogante, sabía que era bueno calmando a Emma y sabía que en la cama hacían temblar los cimientos del edificio.

Punto final.

No tenía ni pajolera idea de por qué un abogado brillante con el mundo a sus pies lo había mandado todo a la mierda de la noche a la mañana para meterse en un seminario. No conocía sus demonios, ni sus cicatrices, ni qué le pasaba por la cabeza cuando no estaba ocupado intentando desnudarla con la mirada.

Y, aun así, él había tenido los santos cojones de plantarse en su casa, exigirle que lo aceptara de golpe en su vida y tomar decisiones legales sobre la niña sin darle siquiera el puto manual de instrucciones de quién era él realmente.

Zane apretó los dientes, se impulsó hacia delante y se levantó del sofá de un salto. Se miró la camisa arrugada y olió el rastro a alcohol

rancio y a autocompasión barata que lo rodeaba.

Daba asco.

Otra cosa en la que Cole tenía razón. Y a él no le gustaba tener que darle la razón.

Se acabó el lamerse las heridas. Iba a meterse en la maldita ducha, iba a afeitarse esa barba de vagabundo y, después, iba a pensar en cómo cojones se desmontaba un muro de contención que llevaba años construyendo.

Porque si quería a Faith en su vida de verdad, iba a tener que dárselo todo.

Sin secretos.

Sin sotanas.

Y sin escudos.



# Capítulo 22

—¿Estás segura? ¿No será un problema?

—Vete tranquila —Dakota le hizo un gesto con la mano para que se marchase de una vez por todas—. Estaremos bien.

Tenía a la niña en brazos y estaba encantada de la vida con ella.

Y Emma con ella, también.

—Pero en el trabajo…

—Soy la mujer del jefe. Por ende, la jefa —le recordó—. Venga, tira.

Faith no estaba muy convencida, pero ¿qué más podía hacer? Tenía un juicio y, evidentemente, no podía llevarse a la niña allí.

No, todavía no tenía niñera. Y no sería porque en los dos últimos días no hubiera tenido entrevistas para el puesto. Pero claro, cuando tu cerebro de abogada está configurado para ver negligencias legales hasta en la esquina de una alfombra, las entrevistas se convertían en interrogatorios de Guantánamo.

—¿Qué protocolo exacto de maniobra de Heimlich seguirías si la niña se atragantase con una pieza de plástico de dos centímetros a

tres manzanas del hospital más cercano, con el tráfico colapsado en hora punta? —le había preguntado a la primera candidata, una estudiante de veinte años que masticaba chicle con demasiada alegría.

La muchacha parpadeó, el chicle se le quedó paralizado entre los dientes y la miró aterrorizada.

—Eh… ¿Le doy unas palmaditas en la espalda?

—Siguiente —había sentenciado Faith, señalando la puerta.

La segunda entrevista había durado exactamente tres minutos. El tiempo que Faith tardó en sacar una carpeta de su maletín.

—Bien, este es un acuerdo de confidencialidad de quince páginas. Léelo con calma. Aquí tienes el formulario para la verificación de antecedentes penales. Ah, una última cosa: ¿estarías dispuesta a someterte a un polígrafo aleatorio mensual para verificar que no metes a ningún novio en la casa?

La mujer se levantó despacio, agarró su bolso como si fuera un escudo y huyó despavorida de la casa sin pedir siquiera que le validaran el ticket del aparcamiento.

Y luego estaba la joya de la corona…

—Tengo treinta años de experiencia criando niños, señorita —había presumido la mujer, estirando la espalda—. No hay rabieta que se me resista.

—Perfecto —Faith había asentido, cruzándose de brazos, muy seria—. Entonces supongo que sus conocimientos en negociación táctica de rehenes están actualizados en caso de que la niña se atrinchere en su cuarto con un berrinche extremo de nivel cinco. ¿Cuál es su estrategia de desescalada frente a una crisis hostil?

La señora la miró durante diez largos segundos, completamente convencida de que Faith estaba loca de atar.

—Yo… les doy una galleta.

Así que sí, seguía sin niñera.

Y lo único que se le había ocurrido en aquel momento era llamar a Dakota.

No eran amigas, ni mucho menos. Eran conocidas, sí, sobre todo por Zane, pero poco más. Pero Faith no tenía a nadie más en el mundo. Su madre había fallecido hacía cinco años y su padre… en fin, él ni siquiera sabía que ella existía, ni tenía por qué saberlo.

Así que no tenía a nadie.

*Bueno, a Zane,* se dijo. Pero enseguida negó con la cabeza.

Él no era una opción, no después de la bronca monumental que tuvieron cuando ella tuvo la brillante idea (nótese la ironía en esto) de echarlo de su casa.

Se había enfadado muchísimo, sí. Y no es que ahora estuviese arrepintiéndose de lo que hizo, porque el muy imbécil se merecía eso y más.

Una patada en el culo le vendría bastante mejor. O en las pelotas, a ver si así dejaba de pensar de una maldita vez con la cabeza de abajo.

Pero ella no era de las que no reconocían sus errores, y admitía que había llevado el tema por donde no debía. Emma no tenía la culpa ni tenía que pagar las consecuencias de lo que fuera que estuviese ocurriendo entre ellos dos.

Pero bueno, ¿qué más daba? Parecía que a él tampoco le había importado demasiado la cosa, ¿no?

Sí, sí, mucho mensajito, pero poco más.

—¿Verás a Zane? —le preguntó entonces a Dakota.

Dakota dudó un segundo.

—Es mi hermano.

Faith hizo un pequeño asentimiento con la cabeza.

—Cole espera que se pase por la oficina para el tema del contrato, así que puede que lo vea.

—¿Contrato? ¿Va a empezar a trabajar con él? ¿Entonces es verdad que dejó el sacerdocio?

Dakota enarcó las cejas.

—Pensé que lo sabías.

—Eh… sí, sí, solo que… —carraspeó.

Ni ella misma sabía cómo explicarlo, así que qué más daba.

—¿Tienes algún problema con que él vea a la niña? Si es así, me puedo quedar en casa con ella.

—¡No! —negó rápidamente Faith—. No, por favor, no es eso. A Emma le encantará verlo. Y sé que él también querrá verla.

*Y yo también quiero verlo,* pensó, pero no lo dijo en voz alta porque era una soberana estupidez.

—Intentaré recogerla lo antes posible.

—No te preocupes —miró a Emma y sonrió—. Estaremos bien.

—Gracias, Dakota —de verdad que estaba agradecida—. No sabía qué hacer y…

—Has hecho bien —dijo ella entonces—. Puedes contar conmigo siempre que lo necesites, ¿vale?

Y no lo decía por puro compromiso, era la verdad.

—Mira por dónde, así practico antes de que nazca el mío —le guiñó un ojo.

Con una sonrisa más tranquila, y después de darle un último achuchón a Emma, Faith abrió la puerta del despacho de Dakota.

—Faith —la llamó esta entonces.

Faith se giró, con la mano aún en el pomo.

—¿Sí?

—Gracias.

Faith frunció el ceño, completamente descolocada.

—¿Por qué?

—Por devolverme a mi hermano. Por darle motivos para querer vivir una vida de verdad.

A Faith, sin poder evitarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Tragó saliva, apartando la mirada un segundo, y negó con la cabeza.

—Yo no hice nada.

—Sí lo hiciste. Y Emma también. No sé si vosotros dos… —dejó la frase en el aire—. Pero nunca dudes de que sois importantes para él.

A punto de echarse a llorar allí mismo, Faith asintió con la cabeza y se marchó a toda prisa de la oficina de Dakota.

—Bueno, preciosa —miró a Emma, que estaba entretenidísima con su mordedor—. ¿Vamos a molestar a Cole?

—¡Bah! —dijo Emma, emocionada.

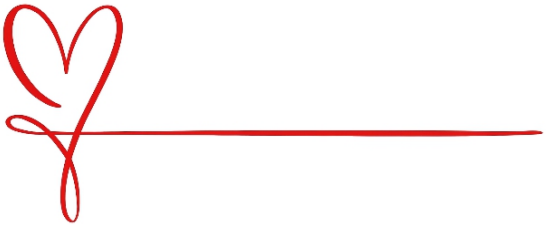
Dakota sonrió.

—Me caes bien, ¡pero que muy bien!

Sacó el móvil del bolsillo y marcó.

—Dak… —respondió él al otro lado de la línea.

—Zane, estoy con una personita a la que sé que tienes muchas ganas de ver.



No había batido el récord de velocidad cruzando la ciudad de puro milagro. Cuando Dakota le dijo por teléfono que tenía a Emma, a Zane le faltó tiempo para colgar, salir por la puerta de su apartamento y plantarse en el bufete de Cole saltándose un par de semáforos en ámbar tirando a rojo oscuro.

Dakota estaba sentada en uno de los sillones de cuero del despacho de su marido, con la niña en el regazo, jugando con el mordedor. Cole, de pie junto a la cristalera, lo vio entrar como un huracán y arqueó una ceja, pero tuvo el buen juicio de no decir ni media palabra.

—Dame a la niña —fue lo único que dijo Zane a modo de saludo.

Dakota sonrió, complacida, y se la entregó.

En el momento en que sintió el peso de Emma contra su pecho, Zane soltó todo el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Cerró los ojos un segundo y hundió la nariz en el pelito fino de la bebé. Olía a polvos de talco, a leche y a Faith.

Joder. Cómo la había echado de menos. Habían pasado solo unos días, pero se le habían hecho una eternidad.

Emma soltó un balbuceo feliz, reconociéndolo al instante, y le agarró la camisa con sus deditos regordetes. Zane le besó la cabeza, sintiendo que una parte de él, esa que llevaba días flotando a la deriva en un mar de autocompasión y alcohol barato, volvía a anclarse a la tierra de golpe.

—¿Cómo ha acabado contigo? —preguntó por fin, mirando a su hermana—. ¿Le ha pasado algo a Faith?

—Tranquilo, respira —le cortó Dakota—. Tenía un juicio y la enésima entrevista para niñera ha sido un desastre. Me llamó porque no tenía a nadie más.

Zane asintió despacio. El alivio de saber que Faith estaba bien chocó de frente contra la frustración que sentía por lo que acababa de escuchar.

Le sentó como una patada en el estómago.

Faith había preferido llamar a su hermana, una mujer a la que apenas conocía y con la que se había cruzado un par de veces por puro compromiso, antes que coger el maldito teléfono y marcar su número.

Sí, lo entendía. Habían acabado a gritos, ella lo había echado de casa y le había dejado muy claro que no quería ni verlo.

—No la culpes. No sabía qué hacer.

Lo entendía perfectamente, joder. Pero eso no quitaba que le escociera en el orgullo.

—Ya… pero está bien, ¿no?

—Yo la vi muy bien.

—¿Y no puso ningún problema porque yo…?

—No.

—Bien… —suspiró aliviado.

—Tiene unas ojeras bastante profundas, eso sí —dijo su hermana por joderlo un poquito—, pero nada raro para una madre, sobre todo primeriza.

—Seguro que se pasó toda la noche trabajando —suspiró Zane.

—Es lo que tú tendrás que hacer a partir de ahora para ponerte al día de todo el tiempo perdido —dijo Cole, empujando unos documentos por encima de su mesa—. Tu contrato.

—Estoy con la niña.

—Ahora, Prescott. Que nos conocemos.

Zane puso los ojos en blanco.

—Emma, igual que no te quería en el confesionario, tampoco te quiero en un despacho, que lo sepas. Tú sé libre…

—Como si la fueras a dejar ser libre, controlador —bufó Dakota, que estaba intentando arrancarle a la niña de los brazos, fracasando estrepitosamente—. Pero suelta ya, coño, que solo vamos a la cafetería mientras lees eso.

Zane no la soltó. Dakota se dio por vencida.

Sin soltar a la cría, Zane cogió un bolígrafo y estampó su firma en el contrato.

—Pero ¿qué haces? ¡Si ni siquiera lo has leído! —exclamó su cuñado.

Zane se encogió de hombros.

—Me fío de ti.

Lo cual era algo que significaba muchísimo para Cole, la verdad.

—Además, si cuando lo lea veo algo que no cuadra o un sueldo menor del que me merezco… no te preocupes, sé perfectamente cómo hundirte.

Cole puso los ojos en blanco.

—Me estoy arrepintiendo de meterte en mi equipo.

—Siempre puedes romper el contrato —dijo Zane.

Cole bufó, lo miró con cara de «ni de coña, Prescott», y guardó la carpeta del contrato en el cajón de su escritorio bajo llave.

—Como me arruines, te devuelvo a la parroquia con un lazo.

—Suerte con eso —replicó Zane.

No volvería a aquel lugar.

La verdad era que nunca tendría que haber estado allí.

—Zane… ¿qué vas a hacer? —preguntó entonces Dakota.

Zane podía hacerse el tonto y preguntarle de qué estaba hablando, pero ¿serviría de algo?

—Arreglar las cosas —dijo él—. O al menos intentarlo.

Firmar aquel contrato con su cuñado era solo el primer movimiento en el tablero. La prueba tangible que necesitaba para demostrarle a Faith que no iba a la deriva, que tenía un plan, un trabajo decente y una vida real fuera de la Iglesia.

Ahora le tocaba la parte verdaderamente jodida. Desnudarse delante de ella (metafóricamente hablando, aunque lo otro tampoco lo descartaba) y tragarse el orgullo para rogarle una maldita oportunidad. Necesitaba que le dejara demostrarle quién era de verdad. Sin escudos y sin secretos.

Y, a cambio, necesitaba que ella hiciera lo mismo. Porque, de golpe y porrazo, se había dado cuenta del inmenso abismo de cosas que no sabía sobre ella, y de repente se moría por saberlas absolutamente todas.

También estaba el pequeño detalle de tener que pedirle permiso para lo de la tutela de Emma, claro. A ser posible, esta vez sin sonar como un puto dictador tomando decisiones por su cuenta.

Y luego, ya si se alineaban los astros y tenía toda la suerte del universo, a lo mejor hasta lograba que le diera una oportunidad a lo suyo, ¿no?

Paso a paso.



# Capítulo 23

Faith respiró profundamente antes de abrir la puerta de su casa. Sabía quién estaba al otro lado, pero no por eso se sentía más preparada para encontrarse con él.

Vestido con un impecable traje azul marino que hacía resaltar el tono rojizo de su pelo, y que no tenía absolutamente nada que ver con la lúgubre ropa que solía llevar, con una corbata perfectamente anudada en lugar del alzacuellos, allí estaba Zane.

Faith se quedó mirándolo como una reverenda idiota.

Y él no se quedaba atrás.

Joder, cuánto la había echado de menos. Y sí, tenía ojeras. Unas cuantas. Pero estaba preciosa.

—Hola —dijo él.

—Eh… —Faith carraspeó, saliendo de su estupor—. ¡Hola, preciosa! —sacó a Emma del carrito y le dio un beso sonoro—. ¿Cómo has pasado el día? ¿Te has portado bien? —preguntó mientras entraba en la casa.

—No quería venirse conmigo, se ha quedado llorando por Dakota —comentó Zane, entrando con el carrito, para dejarlo a un lado en

el pasillo—. Mi futuro sobrino va a ser un repelente mimado, lo estoy viendo venir.

Faith soltó una risa inesperada.

—Y por tu parte también, seguro —dijo, mirándolo de reojo.

—No lo dudes —rio él también, soltando el aire despacio, infinitamente aliviado de que no estuvieran volando cuchillos entre ellos.

Faith se sentó con Emma en el sofá.

Zane se quedó de pie, mirándola.

—¿Puedo…? —empezó, señalando el sitio libre a su lado, pero dejó la pregunta a medias al ver que ella enarcaba las cejas.

*Paso a paso, Zane*, se dijo a sí mismo, *paso a paso.*

—Gracias por dejar que la trajese yo y que pasara la tarde con ella —metió las manos en los bolsillos del pantalón, nervioso.

—De nada.

—¿Puedo hacerlo otra vez? ¿Pasar tiempo con ella?

Faith sonrió, casi con dulzura, al ver lo absurdamente nervioso que estaba.

—Creo que a ella le encantará.

—A mí también.

—Lo sé.

—¿Y a ti? —ella enarcó las cejas todavía más—. Me refiero a que… —joder, pero qué difícil era aquella mierda, ¿no? —. Me refiero a si no tienes ningún problema con eso. Con que pase tiempo con ella.

—¿Debería tenerlo?

—No. Sabes perfectamente que no.

—Bien entonces.

—Bien… —carraspeó, tenso, y señaló la puerta con el pulgar—. Supongo que será mejor que me vaya.

—Supongo…

—Bueno…

—Bien.

Dio un paso, dispuesto a marcharse, aunque no quería hacerlo en absoluto.

—Aunque…

—¿Sí? —preguntó desesperado, dejando de moverse en el acto.

Faith estuvo a punto de soltar una carcajada. Joder, era tan adorable.

—¿Has cenado? —preguntó entonces.

Él negó con la cabeza.

—No, y te juro que me muero de hambre.

Ahí fue cuando Faith rio, no pudo evitarlo. Ese era el Zane de siempre.

Y no era tan malo, ¿no? Sí, un poco (o un bastante, tal vez) arrogante. Y dominante. Y cabezota, posesivo, un controlador de manual y un manipulador experto en salirse siempre con la suya.

Pero también era cariñoso. Y se preocupaba por ellas. Era protector, leal hasta la médula, absurdamente atento y tenía una paciencia infinita con la niña.

«Gracias. Gracias por darle motivos para querer vivir una vida de verdad. Nunca dudes de que sois importantes para él.»

Las palabras de Dakota resonaron en su cabeza. Y era verdad. Sí, él no solo se lo había dicho, sino que se lo había demostrado. Con creces.

Y ella no podía tirar todo eso por la borda porque él hubiera metido la pata… Hasta el fondo, vale, pero bueno, podía llegar a entenderlo.

Al menos, podían llegar a una tregua, ¿no? Por Emma. Porque Emma los necesitaba a los dos.

Y ella lo necesitaba a él.

Al menos, en lo que a su papel con Emma se refería. En lo referente a ellos dos…

Ese ya era otro tema.

Paso a paso, ¿no?



# Capítulo 24

—¿Por qué te ordenaste sacerdote?

Estaban sentados en el sofá, comiendo comida china que habían pedido a domicilio porque Emma no parecía tener ninguna gana de dormir y seguía en su parque, jugando.

Zane, que estaba a punto de meterse un tenedor rebosante de fideos en la boca, se detuvo en seco. Dejó el cubierto sobre el plato, y la miró.

—Lo siento —dijo ella rápidamente—. Sé que no hablas del tema y tal vez no sea el mejor momento —eso no era ir paso a paso ni de coña, joder—, pero me gustaría saberlo. Quizás algún día…

—Mi vida era una mierda —empezó, sin paños calientes, sorprendiéndola.

—No tienes que…

—Quiero hacerlo —la interrumpió él—. Yo también necesito contártelo, Faith.

Ella asintió con la cabeza y se giró por completo, dispuesta a escucharlo. Él hizo lo mismo, imitando su postura.

—Dakota y yo lo habíamos pasado muy mal, pero logramos salir del hoyo. Nada más cumplir la mayoría de edad, me puse a trabajar en bares sirviendo copas, repartiendo comida, rompiéndome el lomo en lo que fuera con tal de poder pagar un alquiler para que mi hermana y yo tuviéramos un techo —sí, esa parte de la historia ella ya la conocía—. Y lo logré. Ella empezó a trabajar poco tiempo después, así que las cosas no nos iban nada mal económicamente.

—¿Pero…?

—Pero para cuando ella empezó a ayudar, yo ya era un adicto.

La noticia golpeó a Faith por sorpresa, dejándola sin aire. No sabía qué esperaba escuchar, pero, desde luego, no era eso.

—Nadie lo sabe. Y nadie se dio cuenta jamás —continuó Zane, con un deje de amargura—. No es que lo supieran y hayan mantenido el secreto por lealtad, no. Cole y Dakota, las dos personas que más significaban para mí en este jodido mundo, confiaban tan ciegamente en mí que ni siquiera lo vieron venir.

—Y siguen sin saberlo —adivinó ella.

—Sí. Siguen sin saberlo. Solo lo sabes tú. Bueno, y la señora Higgins.

—¿La señora Higgins?

Él hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Una devota muy cotilla. Hablaremos de ello cuando lleguemos a la parte de «cómo y cuándo colgué los hábitos».

—Vale… —Faith parpadeó, asimilando el golpe—. No me lo esperaba.

Zane se encogió de hombros, restándole una importancia que a todas luces tenía.

—No busco justificarme. No hay justificación que valga para terminar metido en algo así, pero era joven y tenía demasiadas responsabilidades. O, mejor dicho, yo mismo me asfixiaba

cargándomelas a la espalda, porque Dakota nunca me demandó tanto. Pero yo sentía que tenía que hacerlo. Que tenía que salvarla. Y, por el camino, caí como un perfecto idiota.

No, no era un idiota a ojos de ella.

—¿Y cómo acabaste saliendo de ahí?

—No soy una persona religiosa, lo sabes. Nunca lo he sido, igual que Dakota tampoco. Quizás, yo incluso era más radical y menos creyente que ella, a pesar de que en el orfanato nos trataron muy bien y todo eso. Pero… había alguien en quien yo confiaba mucho. Un cura. Y él sí se dio cuenta. Él me ayudó a salir del pozo. Me alejó de todo mi entorno y, casi sin darme cuenta, terminé metido en un seminario pasando el mono. Fue, de lejos, lo más duro que he hecho en mi vida.

—Me lo imagino.

Pero la verdad era que no. Faith sabía perfectamente que no se lo podía ni imaginar. Tuvo que ser una pesadilla absoluta, horrible y asfixiante pasar por todo ese infierno completamente solo, aislando a su propia hermana para protegerla.

—Después de aquello, el mundo real me daba un poco de miedo —confesó Zane, bajando el tono de voz—. Así que me escondí en la sotana. Era un refugio seguro. Recuerdo que el padre Tom, que así se llama, me decía constantemente que huir de la vida no era la solución, pero terminó ayudándome a quedarme. Y también es quien me ha ayudado a salir. Y aquí estoy —rio, pero fue una risa seca, cargada de pena—. Esa es la triste y cutre razón por la que terminé vistiendo una sotana en vez de una toga. Podría inventarme algo más emocionante, pero no. Es así.

Faith se quedó un momento mirando a la nada, pensativa, procesando todo lo que él le acababa de soltar.

—Jamás he vuelto a consumir —dijo él entonces—. Bueno, estos últimos días he bebido más de la cuenta —había una culpabilidad evidente en su voz—. Pero nada que supere los límites. He estado

cerca de las drogas muchas veces mientras vestía la sotana y no, Faith. Eso quedó muy atrás. Ese Zane quedó muy atrás.

—¿La seguías vistiendo por seguridad? —lo volvió a mirar.

Él lo pensó un segundo antes de responder.

—Por costumbre, más bien. Era eso, el padre Prescott. Esa ha sido mi jodida vida desde entonces. Y no tenía ningún aliciente que me hiciera cambiar. Hasta ahora —reconoció.

*Hasta vosotras*, quiso decir.

Y ella lo entendió perfectamente.

—¿Y no tienes miedo?

—¿A volver a caer en ello? —ella asintió—. No —esa era la más pura verdad—. El sacerdocio ha curado esa parte de mí, y siempre estaré agradecido por ello.

—Me alegro —y era verdad—. ¿Piensas contárselo a tu hermana y a tu cuñado?

Zane dudó un instante, pero terminó asintiendo con la cabeza.

—Si algo me gusta de ellos, es que siempre han confiado en mí, aunque a veces esa fe ciega no me haya ayudado una mierda —rio él, intentando quitarle un poco de hierro al asunto—. Me gustaría hacer lo mismo con ellos. Creo que se lo merecen. Pero también me da miedo. Miedo a que me miren diferente.

—¿Yo te estoy mirando diferente? —preguntó ella.

Él la miró fijamente a los ojos antes de atreverse a responder a esa pregunta.

—Creo que no —dijo, sonando inusualmente temeroso—. Espero que no.

—No —le aseguró ella con firmeza—. Todo el mundo mete la pata, Zane. No eres el primero ni serás el último que cae en eso, y ninguno de nosotros está libre de que le pase. La gente que termina

así no es ni más tonta ni más débil ni más nada. Nos puede pasar a cualquiera. Lo importante es que saliste de ahí.

—Gracias —dijo él, visiblemente emocionado.

Ella no tenía ni idea de lo importante que era para él escucharla decir eso.

Dios… Necesitaba abrazarla.

Y no, él no tenía que darle las gracias por absolutamente nada. Las gracias las tenía que dar ella. Porque él hubiera tenido el valor de abrirse de aquella manera, soltándole algo que, a todas luces, no era nada fácil y que era evidente que le aterraba confesar.

Porque no quería decepcionar a nadie. Tampoco quería que lo mirasen o lo tratasen diferente, ni que vivieran con el miedo constante a que él volviera a caer en aquella mierda.

—Eres muy valiente —dijo ella, sorprendiéndolo.

—Para nada, cualquiera habría hecho lo mismo.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no es cierto, y lo sabes. Cualquiera se quedaría revolcándose en la mierda. No cualquiera tomaría la decisión más dura de su vida. Porque tuvo que ser un infierno salir de eso, Zane, así que no te quites méritos.

—Gracias —susurró él.

—Y deberías contárselo. Por ellos, pero sobre todo por ti. Te vendrá bien liberarte del peso de ese secreto y mostrarte de verdad ante ellos. Te quieren, no te van a tratar diferente.

Eso esperaba él.

—No quiero que tú me trates diferente —reconoció—. Me importas, Faith. Y si bien esto puede ser un problema para que me des una oportunidad como algo más, espero que no lo sea para que me dejes mantenerme cerca de Emma.

Tenía unas ganas locas de abrazarlo al verlo allí sentado, tan vulnerable. Y tan sincero.

—No soy jueza, no tomo esas decisiones —se encogió de hombros —. Si sus padres te dejaron la tutela y tú aceptaste, ¿quién soy yo para…?

La frase murió en sus labios y terminó en una carcajada cuando él la estrechó entre sus brazos, pillando al vuelo lo que ella le estaba diciendo.

—¿De verdad? —preguntó él.

Se separó un poco y le cogió la cara entre las manos, mirándola con una emoción que apenas le cabía en el pecho.

—¿Puedo aceptar la tutela? ¿Estás de acuerdo con eso?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Faith.

—Pero con condiciones.

—Las que quieras, cariño. Las que quieras.



# Capítulo 25

Días antes, aquella vez en la que Zane estuvo a punto de perderlo todo…

—¿Se encuentra bien, padre?

—Perfectamente —mintió Zane.

Estaba sentado en uno de los bancos de la iglesia, inmóvil, con las manos rígidamente entrelazadas sobre el regazo y mirando a la nada.

—¿Le he dicho alguna vez que no sabe mentir?

Zane soltó una risa breve, más parecida a un suspiro cansado, y desvió la mirada hacia ella.

—Más veces de las que me gustaría admitir, sí.

—Pues parece que no le ha servido de mucho escucharme, así que se lo recuerdo por si se le había olvidado: no sabe mentir.

—Gracias por el apunte.

—De nada, padre.

La señora Higgins se acomodó mejor en el banco, apoyando ambas manos sobre la empuñadura del bastón, y se quedó mirando al frente.

—¿Quiere confesarse? —preguntó ella al cabo de un momento, sin apartar la vista del altar.

Zane giró la cabeza de golpe para mirarla. La seriedad absoluta de su tono le arrancó una sonrisa incrédula.

—¿Puede confesarme?

La anciana se encogió de hombros con toda la calma del mundo.

—Ambos sabemos que no. Pero estoy segura de que sería un pecado menor para Dios dadas las circunstancias, ¿no cree? Es evidente que necesita hablar, y dudo mucho que vaya a ir a contárselo al obispo.

Zane dejó escapar una carcajada baja, genuina, y negó con la cabeza.

—¿Le he dicho alguna vez que es demasiado lista para su propio bien?

—Y para el suyo.

—Especialmente para el mío —corrigió él entre risas, rindiéndose a la evidencia.

Aquella mujer era un caso perdido. Una anciana menuda, descaradamente impertinente y demasiado perspicaz como para dejarle esconderse detrás de una sonrisa ensayada o de un comentario irónico. Con ella nunca le habían funcionado los rodeos, y mucho menos ahora.

La señora Higgins esperó un instante antes de lanzar la bomba, como si quisiera darle unos segundos de cortesía para decidir si iba a seguir fingiendo que allí no pasaba nada o si iba a tirar la toalla de una vez.

—¿Quién es ella?

Esta vez, Zane no sonrió. Tampoco se tensó ni apartó la vista.

Tampoco lo negó.

—Desde luego, demasiado lista —murmuró Zane al fin, rompiendo el silencio.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo, padre —replicó ella con una pequeña sonrisa—. Aunque quizá ya no debería llamarlo así.

—Dentro de un rato ya no podrá hacerlo —admitió.

—Me alegro.

Zane parpadeó.

—No sé si tomarme eso bien, señora Higgins. ¿Es que hay otro cura con el que pretenda confesarse? —bromeó, intentando recuperar un poco el control de la situación.

Ella soltó un ruidito de desdén y golpeó suavemente el suelo de piedra con el bastón.

—No tengo tantos pecados, padre. Pero me gustaba hablar con usted.

Zane la miró, genuinamente sorprendido.

—A mí también me gusta hablar con usted.

—Escucharme, más bien —la anciana enarcó una ceja, sin perder un ápice de su habitual agudeza.

—Eso mismo —concedió él, levantando las manos en señal de rendición.

La señora Higgins sonrió.

—Puedes seguir haciéndolo, Zane. Pero solo si me llamas Margaret.

—Hecho, Margaret —rio él.

—Bien… ahora que somos amigos… ¿quién es ella?

Zane tragó saliva.

—Alguien que me importa mucho.

—Eso es evidente.

Y tanto que lo era. Estaba a punto de mandarlo todo al carajo por ella.

Por ellos.

—Alguien que me hace querer dejar todo esto a un lado. Alguien que me hace desear, por fin, una vida de verdad, lejos de aquí. Sin miedo. Alguien que me hace mirar al futuro, y no al pasado. Alguien que me hace querer tener una oportunidad. Una familia.

—Me gusta esa mujer, Zane.

—Y a mí, Margaret. Y a mí.

Un rato después, Zane estaba plantado delante del hombre que lo había ayudado a salir de la miseria. Lo más gracioso de todo era que no tuvo ni que abrir la boca; así de bien lo conocía.

—¿Y bien? —preguntó el anciano—. ¿Cómo se llama la mujer por la que por fin has decidido dejar de esconderte?



# Capítulo 26

Zane ya era, oficialmente, el tutor legal de Emma.

Había estampado su firma esa mañana y ya había comprado algunos muebles para la habitación de Emma.

Bueno, todavía no había hablado con Faith de eso, pero era evidente que la niña se quedaría con él a dormir y demás, ¿no? Custodia compartida.

Claro que él preferiría que la cosa no fuera exactamente así y que Faith también se mudase con él, pero iba a tener que currárselo un poco.

O bastante.

No es que Faith estuviera distante, ni rara. Y, después de la bomba que le había soltado, la verdad es que aquello era un jodido alivio. Pero tampoco se le había tirado a los brazos, las cosas como son.

Y él… bueno, él andaba un poco con pies de plomo porque no quería volver a meter la pata.

Quería hacer las cosas bien de una maldita vez, y eso implicaba ser completamente sincero con la gente que le importaba.

Por eso, la noche anterior, después de salir del apartamento de Faith… Lo cual le costó la misma vida, las cosas como son, porque él no quería irse bajo ningún concepto, pero era lo que tenía que hacer; eso, y marcharse de allí sin besarla.

Una jodida tortura.

La cuestión es que, después de marcharse de allí, fue directo al ático donde vivían Cole y Dakota y les soltó la verdad. Sin anestesia.

Dakota se pasó un buen rato llorando a moco tendido, reprochándole haber pasado por todo aquel infierno completamente solo, pero, sobre todo, reprochándose a sí misma no haberse dado cuenta de absolutamente nada. Le hizo jurar que jamás volvería a ocultarles algo así.

Y Cole, su cuñado y mejor amigo se limitó a darle un abrazo.

—Gracias por confiar en mí —le dijo, emocionado.

Faith tenía toda la razón del mundo, y él se sentía más ligero después de soltar aquella losa. Ojalá lo hubiera hecho antes, lo mismo no habría perdido tantos años de su vida escondido.

Aunque, pensándolo bien en frío, en realidad no había perdido nada. Se había recuperado a sí mismo, se había curado (de una manera extraña y diferente, podría ser; incluso un poco hipócrita, también), pero lo había hecho sin hacerle daño a nadie.

Al contrario, intentando ayudar a todo el mundo.

Tampoco lo había hecho tan mal, ¿no?

Llamó al timbre del apartamento de Faith. Era la hora de la cena y él traía refuerzos en forma de bolsas de comida, porque estaba cien por cien seguro de que ella no tenía absolutamente nada preparado.

Faith abrió la puerta y, sin molestarse siquiera en mirar quién era (porque sabía de sobra quién era), le endosó a la niña directamente en los brazos.

—Tu turno —dijo a modo de saludo.

Emma soltó una carcajada al ver a Zane, y a él se le escapó una sonrisa idéntica de oreja a oreja.

—Hola, peque —dijo entrando en la casa con la niña en un brazo y la cena en el otro—. ¿Molestando a Faith?

—Quiere jugar y yo no puedo —soltó ella, dejándose caer de nuevo frente al ordenador con cara de querer asesinar a alguien—. Mañana tengo un…

—Faith —la interrumpió él al ver que estaba a tres segundos de perder los papeles—. Respira —ordenó.

Y, sorprendentemente, ella lo hizo.

—Estoy aquí, ¿vale? —ella asintió—. Trabaja tranquila, nena, yo me encargo.

Y eso hizo. Se encargó de la niña. Jugó con ella, la bañó, le dio la cena y la metió en la cuna en cuanto se durmió.

Después, caminó de vuelta hasta donde estaba Faith, le agarró la mano y tiró de ella, levantándola de la silla sin darle opción a réplica.

—Pero ¿qué haces?

—Vamos a cenar.

—Pero yo no…

—A cenar, Faith —ordenó él.

La obligó a sentarse en el sofá mientras él se encargaba de preparar la mesita baja para que comieran los dos.

—Necesitamos una niñera —soltó Zane en cuanto se dejó caer a su lado.

Faith soltó una risa cansada.

—Lo sigo intentando, pero no me gusta ninguna.

—¿Has entrevistado a muchas?

—No lo quieras saber.

Zane rio por lo bajo mientras le servía una buena ración de pasta en el plato. Esa noche tocaba italiano.

—¿Te has parado a pensar que a lo mejor el problema no son las niñeras, sino que tú eres demasiado exigente?

Faith lo fulminó con la mirada, pero se metió un tenedor lleno de pasta en la boca y terminó suspirando.

—Creo que puede ser, sí —admitió al fin.

Zane volvió a reír.

—Puedo encargarme yo del casting. Si te parece bien.

—¿Zane Prescott pidiéndome permiso para hacer algo? —bromeó ella, enarcando una ceja.

Él se encogió de hombros, perdiendo de golpe cualquier rastro de burla.

—No quiero meter más la pata. Estar lejos de vosotras ha sido una puta mierda y no quiero volver a sentirme así.

Faith dejó de masticar y se quedó mirándolo fijamente.

—Lo siento —dijo entonces ella, tragando con esfuerzo—. Tenía que habértelo dicho antes, pero lo siento de verdad, Zane. Exageré las cosas y me pasé de la raya.

Él negó con la cabeza, quitándole hierro al asunto.

—No, yo no lo hice bien. Pero aprenderé.

—Supongo que los dos tenemos mucho que aprender —sonrió ella entonces.

Y eso era una verdad como un templo. A ella todo aquello le venía grande. Menos mal que él estaba allí, porque si no...

—Lo haremos juntos.

Ella asintió, jugando con la comida en el plato.

—Mientras podamos.

Zane frunció el ceño de inmediato.

—¿Qué coño significa eso?

—Bueno, no siempre podremos estar así, ¿no?

—¿Así cómo?

—Así —los señaló a los dos con un vaivén del dedo—. Llegará un momento en el que tú tengas pareja y...

No la dejó terminar. La agarró por la nuca, acortó la distancia de un tirón y la besó como si se le fuera la vida en ello.

Cuando por fin se separó de ella, ambos estaban con la respiración entrecortada.

—No vuelvas a decir una gilipollez así si no quieres que te bese hasta dejarte sin aire.

—Zane... —gimió ella, con la cabeza dándole vueltas.

Él le acarició el labio inferior con el pulgar, respirando pesadamente.

—¿Otra, Faith? ¿En serio? —negó con la cabeza, soltándola despacio—. Te juro que tengo unas ganas locas de ponerte sobre mis rodillas y azotarte ahora mismo... A ver si así dejas de decir tonterías. Joder, mira que intento comportarme, pero no me lo pones fácil. Otra, dice —masculló, sonando genuinamente ofendido —. ¡Como si pudiera desear a otra!

—Lo dices como si te gustase la idea de hacerlo —carraspeó ella, intentando recuperar la compostura.

—Oh, claro que me gustaría —replicó él, metiéndose un tenedor de pasta en la boca con total naturalidad—. Me gustaría desear a alguien menos cabezota y menos tocapelotas, pero mira tú por dónde. Me tuve que ir a enamorar de la menos mansa.

—¿Qué?

A Faith se le resbaló el tenedor de las manos. El golpe metálico contra el suelo resonó en todo el salón.

Zane la miró, arqueando una ceja. Arrogante.

—¿No era exactamente eso lo que querías escuchar y por eso me estabas provocando?

Como ella bien sabía, él de tonto no tenía un pelo.

Ella solo quería picarlo un poco, pincharle las costillas, porque, joder, lo veía demasiado comedido, demasiado prudente, y ese no era su Zane.

Y a ella le ponía el Zane de verdad.

Así que lo estaba pinchando un poco para hacerlo saltar y, con un poco de suerte, conseguir exactamente lo que acababa de pasar: que perdiera el control y la besara como llevaba días deseando que hiciera.

Pero jamás imaginó que fuera a escuchar aquello.

—Esto… yo…

No tenía ni puñetera idea de qué decir.

Zane sonrió. Alargó la mano, agarró la de ella y tiró con fuerza hasta sentarla a horcajadas sobre su regazo, con las rodillas a ambos lados de sus caderas.

—¿Tú qué? —le preguntó entonces.

La pregunta terminó convirtiéndose en un ronco gemido cuando ella se acomodó justo sobre su erección. Sí, un beso y ya estaba duro como una piedra.

Y sin beso también, para qué engañarse a estas alturas.

—Tú has dicho que… —ella ni siquiera era capaz de terminar la frase.

—Que estoy enamorado de ti —repitió él, clavando sus ojos en los de ella sin un ápice de duda—. ¿No lo sabías?

Ella negó con la cabeza, todavía en shock.

—Pensé que sí —él le acarició la mejilla con los nudillos—. ¿Por qué te crees, si no, que lo dejé todo?

—No me jodas diciendo que ha sido por mí —soltó ella, genuinamente aterrada.

—¿Y por qué no?

—¡Porque eso es una locura, ¿no lo entiendes?! —se levantó de un salto, escapando de su regazo.

Él la dejó ir.

—No, no lo entiendo, nena. Explícamelo.

Él también necesitaba entenderla. Necesitaba saber a qué demonios le tenía tanto pánico.

—Porque eso me hace directamente responsable de tu vida. Yo no quiero ser la razón de que hayas colgado la sotana. ¿Y si alguna vez terminamos? —empezó a pasearse por el salón de un lado a otro, como un león enjaulado.

—¿Eso significa que ya somos algo? —aprovechó él para lanzar la pulla.

Ella lo ignoró por completo.

—No podría soportar que me odiases el día de mañana. Que alguna vez me echases en cara que por mi culpa lo perdiste todo, que renunciaste a tu vocación o a tu refugio o a lo que coño fuera por una relación que se fue a la mierda. ¿No lo entiendes? ¡Es demasiada presión, Zane!

—Lo que entiendo —dijo él, cortándole el paso en seco y agarrándola por la cintura para frenarla— es que tienes miedo.

—¿Y tú no? —contraatacó ella, sin molestarse en negar lo evidente.

—No —respondió él, rotundo—. Tengo miedo a perderte, Faith. No a amarte.

Se apoyó contra el borde de la mesa grande del salón y tiró de ella hasta encajarla entre sus piernas abiertas.

—Lo he pasado mal porque tú no estabas, pero jamás me arrepentiré de haberte elegido.

—Pero puede salir mal.

—Y puede salir maravillosamente bien —le cogió la cara entre las manos, obligándola a mirarlo—. Y puedes venirte mañana mismo a vivir conmigo, puedes darme el «sí, quiero» que tanto me muero por pedirte, y podemos formar una familia y ser felices de una vez.

—Zane… —se le anegaron los ojos de lágrimas.

—¿No te gustaría nada de eso?

—¿Y si no funciona?

—¿Y si sí?

—¡Hasta hace nada eras cura!

—Y hasta hace nada me odiabas.

—Nunca te odié.

—Me alegra saber eso. Y que no niegues lo otro, también. Me amas, nena.

Menudo farol se estaba tirando. A ver, él estaba casi seguro de que ella sí sentía algo por él. Claro que lo sentía.

¿O no?

—Yo no dije eso nunca.

Zane la besó hasta hacerle perder la cabeza.

—¿No me amas? —preguntó sobre sus labios.

—¡Claro que te amo! —¿cómo podía dudarlo?— Pero esa no es la cuestión.

La besó.

—Yo creo que sí.

La besó otra vez.

—La cuestión es…

No la dejó terminar porque la besó de nuevo.

—¿La cuestión es…? —insistió él, justo antes de besarla otra vez.

—¿Y si no funciona? Tampoco nos conocemos tan bien.

Se conocían desde hacía años, pero había cosas que no sabían sobre el otro.

—Me conoces —dijo él.

—No lo suficiente —insistió ella.

—¿Crees que no? Sabes que soy bueno en la cama —bromeó—. ¿Qué más necesitas saber?

Ella resopló. Él rio.

—Me conoces en lo importante.

—¿En qué?

—En que te quiero y mandaría al mundo a la mierda con tal de estar contigo. Con vosotras. Sois mi prioridad. ¿No es suficiente, nena? Me conoces bien. Eres la persona que más me conoce en el mundo. Sabes lo peor de mí y, aun así, no lo usas como excusa para rechazarme.

—Jamás te rechazaría por eso. Te admiro por ello.

—Y yo te amo por ello.

Faith empezó a llorar al escucharlo. Él le limpió las lágrimas con los pulgares.

—Me conoces, cariño. Sabes lo peor y no has salido corriendo. Y te juro que no hay absolutamente nada que puedas decirme de ti que me haga querer salir corriendo.

—A veces ronco —hipó ella.

Y lo peor es que no estaba bromeando; estaba preocupada de verdad.

Zane soltó una carcajada.

—Lo sé. Y sigo aquí. Y si me das la oportunidad, siempre seguiré aquí. Cariño, ¿qué es lo que de verdad te da miedo?

—¿Y si no funciona?

Y dale con lo mismo. Era peor que un disco rayado.

—¿Y si sí? ¿Nos perdemos todo lo bueno que podemos vivir por el miedo a que tenga fecha de caducidad? Es que, aunque fuera así, lo quiero, Faith. Lo quiero todo contigo. No quiero llegar a viejo y arrepentirme de no haberlo intentado.

Ella lloraba ya como una magdalena.

Joder, es que todo aquello era demasiado. Demasiado rápido, demasiado intenso...

¿Demasiado bueno para ser verdad?

Pero eso no quitaba que pudiera ser real, ¿no?

—¿Quieres que nos casemos? —susurró ella entonces, casi sin aliento.

Faith jamás en la vida olvidaría la sonrisa que se le dibujó a Zane en ese instante.

—Sí, quiero —dijo él, justo antes de comérsela a besos.



Un instante después, la que estaba apoyada sobre la mesa era Faith, inclinada hacia delante mientras Zane se colocaba detrás de ella.

La postura la dejaba expuesta a él de la forma más vulnerable y provocadora posible: con las piernas abiertas, su coño brillaba, hinchado y chorreando, completamente a su merced.

Zane frotaba lentamente la cabeza gruesa de su polla arriba y abajo por todo su sexo. Pasaba por el clítoris hinchado, bajaba hasta la entrada y volvía a subir, extendiendo sus jugos por todas partes.

El roce era resbaladizo, lento y una auténtica tortura.

Faith temblaba con cada pasada. Empujaba el culo hacia atrás, suplicando que la penetrara.

—Joder… —gruñó Zane con la voz ronca mientras seguía moviendo su polla contra ella—. Mira cómo chorreas. Me encanta ver tu coño así, empapado, pidiendo a gritos que te lo meta todo.

Le dio un azote suave en una nalga, haciendo que la carne temblara. Luego volvió a frotar la cabeza hinchada contra su entrada, presionando solo un poco, lo justo para abrirla ligeramente y, acto seguido, retirarse.

Faith soltó un gemido ahogado.

—Deja de torturarme… —jadeó, con la voz entrecortada—. Métemela ya. Quiero sentirte entero dentro.

Zane clavó los dedos en sus caderas y se frotó otra vez, más fuerte, haciendo que la cabeza de su polla rozara su clítoris con insistencia.

—Todavía no —murmuró él con la voz oscura—. Quiero que tiembles un poco más.

Faith gimió más fuerte; las piernas le temblaban visiblemente.

—Zane… por favor… —suplicó, empujando el culo hacia atrás, desesperada.

Zane soltó un gruñido y, por fin, colocó la cabeza de su polla justo en la entrada. Empujó lentamente, abriéndola centímetro a centímetro, hasta que la tuvo completamente enterrada en ella.

—Joder… —gruñó él, quedándose quieto un segundo, sintiendo cómo aquellas paredes lo devoraban.

Faith soltó un gemido largo y gutural al sentirlo llegar tan hondo. Empujó hacia atrás, exigiendo más.

—Muévete —pidió casi sin aliento—. Fóllame. Duro.

Zane le agarró las caderas con ambas manos y empezó a embestir con golpes profundos y letales. Sus caderas chocaban con su culo a cada envite, haciendo que la carne de Faith rebotara y que sus tetas se aplastaran aún más contra la madera de la mesa.

Cada embestida la empujaba hacia delante, pero él la sujetaba con fuerza, clavando los dedos en su piel y tirando de ella hacia atrás para enterrarse hasta el fondo.

—Joder —gruñó Zane, consciente de que a ese ritmo iba a durar muy poco.

—Más fuerte… —exigió ella, con la voz rota—. ¡Más!

Zane soltó un gruñido y aceleró el ritmo. Un azote en una nalga, luego otro en la otra. La piel se le puso roja al instante.

—Así te gusta, ¿verdad? —masculló Zane, mientras seguía follándola sin piedad.

Faith gritó de puro placer y empujó el culo hacia atrás, saliendo al encuentro de cada embestida.

—Sí… joder, sí —jadeó—. No pares.

—Nunca —juró él.

Zane se inclinó sobre su espalda, sin aflojar el ritmo de las caderas. Deslizó una mano por su vientre hasta encontrar su clítoris hinchado y empezó a frotarlo sin compasión mientras la penetraba con fuerza.

Faith se tensó por completo, temblando de forma violenta.

—Me voy a correr… —gimió, casi sin voz—. Zane… joder…

—Córrete —ordenó él, follándola todavía más rápido, restregando los dedos contra su clítoris.

El orgasmo la golpeó con una fuerza brutal. Faith soltó un grito largo y roto mientras su sexo se contraía con violencia alrededor del miembro de Zane. Todo su cuerpo temblaba, las piernas estaban a punto de fallarle, pero él la sujetó fuerte por las caderas y siguió follándosela a través del clímax, exprimiéndolo al máximo.

—Joder… qué pasada —gruñó Zane, sintiendo cómo aquellas contracciones lo apretaban.

Cuando las sacudidas de Faith empezaron a remitir, él salió de ella despacio.

La hizo girar sobre sí misma sin apenas esfuerzo y la sentó en el borde de la mesa alta, abriéndole las piernas. Se colocó entre ellas y volvió a enterrarse en su interior de un solo empujón profundo.

Faith soltó un gemido ahogado y le rodeó la cintura con las piernas, clavándole los talones.

—Bésame, nena. Bésame mientras me corro dentro de ti.

Faith lo besó con auténtica hambre.

Zane se movía ya sin ningún tipo de control. Sus testículos golpeaban contra ella en cada embestida.

El placer subió de forma rápida y letal.

—Ahora —rugió él.

Se enterró hasta el fondo y se corrió con un gruñido animal, sin dejar de empujar con suavidad, vaciándose por completo en su interior.

Se quedaron así durante un buen rato, con la respiración rota, pegados el uno al otro.

Zane le acarició la espalda sudorosa y le dejó un beso húmedo en el cuello.

—Joder… —murmuró contra su piel—. Eres increíble —se separó los centímetros justos para clavar sus ojos en los de ella—. Y mía.

La besó despacio.

—Siempre seré un adicto —susurró contra sus labios—. Pero solo a ti.

Faith parpadeó, todavía intentando recuperar el aliento. Poco a poco, una sonrisa cargada de suficiencia se dibujó en sus labios antes de devolverle el beso y ponerlo cardíaco otra vez.

—Te quiero —ronroneó ella contra sus labios—. ¿Tú me quieres?

—Más que a nada en este mundo —juró él.

Ella amplió la sonrisa, pícara.

—Entonces, demuéstramelo —exigió, plantando una mano en su hombro y empujándolo hacia abajo.

Zane soltó una carcajada, sabiendo perfectamente lo que quería.

—Cada puto día, nena.

Se dejó caer de rodillas frente a la mesa, le agarró las caderas y lamió su sexo, empapado por el rastro de los dos.

Y ahí radicaba la ironía de todo el asunto. Él podía ir de dominante de manual, pero, a la hora de la verdad, era ella quien lo tenía sometido por completo a él.

Zane levantó la vista un segundo. Tenía los labios brillantes y la mirada más intensa que ella había visto en su vida.

—Te lo voy a demostrar todos los días —le juró, con la voz oscura y ronca—. De todas las formas que pueda.

Y lo hizo. Vaya si lo hizo.



# Epílogo

Cole le dio un largo trago a su cerveza y apoyó la cadera contra la isla de la cocina. Señaló con el cuello de la botella hacia el salón.

Allí, Emma y su propio hijo, Alex, corrían en círculos alrededor de la mesa de centro, gritando a pleno pulmón como si estuvieran invocando a algún demonio sumerio mientras destripaban uno de los cojines.

A menos de un metro del apocalipsis, Dakota y Faith compartían una botella de vino tinto en el sofá. Charlaban con una tranquilidad pasmosa, completamente ajenas al ruido y al nivel de destrucción, riéndose a carcajadas de vete a saber qué.

Inmunidad maternal nivel experto.

—Cualquier día de estos me dará algo —gimió Cole.

Zane, a su lado, le dio un sorbo a su propia cerveza sin apartar la vista del caos del salón.

—Si no te ha dado ya…

—También es verdad.

Cole negó con la cabeza, pero fue incapaz de borrar la media sonrisa de idiota absoluto que se le ponía en la cara siempre que miraba a Dakota.

—Es desordenada —empezó Cole.

—Mandona —replicó Zane, aunque él se refería claramente a Faith.

—Dramática.

—Controladora.

—Neurótica a veces.

—Cabezota siempre.

—Tiene muy mala hostia cuando quiere —añadió Cole.

—No da su brazo a torcer ni aunque la maten —remató Zane, dándole un trago a la cerveza.

Se quedaron en silencio un par de segundos.

En el salón, Faith soltó una carcajada limpia, echando la cabeza hacia atrás, y chocó su copa de vino con la de Dakota.

A Zane se le cerró la garganta de golpe. Llevaban ya un buen tiempo viviendo juntos, habían sobrevivido a juzgados, a miedos absurdos y a berrinches de madrugada, y a él seguía faltándole el puto aire cada vez que ella sonreía de esa manera.

—¿Te has arrepentido alguna vez? —preguntó Cole de repente, dándole un leve codazo amistoso.

Zane miró primero a Emma.

La vio ahí, tan distinta ya de aquella niña diminuta que había llegado a sus vidas. Estaba creciendo. A una velocidad absurda, injusta.

Preciosa.

Entonces miró a Faith, la mujer con la que había construido una familia.

Pensó en su sonrisa, en su ternura, en lo valiente que era incluso cuando estaba muerta de miedo, en su inteligencia, en su orgullo, en cómo se ponía nerviosa y fingía que no, en la forma en que protegía a Emma del mundo entero.

Lo desquiciaba. Lo volvía loco. Y por eso mismo, no concebía que fuera de nadie más.

Y, sí, también recordó cómo gemía su nombre por las noches, cómo se deshacía entre sus manos y cómo seguía siendo capaz de ponerlo de rodillas con una sola mirada cada vez que le daba la gana.

En ese momento, como si lo sintiera, ella lo miró. Y sonrió.

—Nunca —juró él, dejando la cerveza y caminando hacia ella.

Porque sí.

Porque la necesitaba.

—Te quiero —susurró contra sus labios un segundo después.

Luego bajó la mano hasta su abultado vientre.

—Os quiero a los tres —añadió en un susurro, incluyendo en el lote a Emma, a ella y al nuevo inquilino que ya empezaba a dar guerra.

—Nosotros también te queremos. Más que a nada —aseguró ella.

Y entonces besó a aquel hombre que se lo había dado todo, el que le había demostrado, una y otra vez, que no pensaba irse a ninguna parte.

Que estaría ahí. Con ella.

Siempre.


fin

# NOVELAS

Vega Manhattan

01 — Emmanuel

02 — Huyendo del príncipe azul

03 — Ódiame... Pero quédate conmigo

04 — Una propuesta arriesgada (Serie Propuesta 1)

05 — Una propuesta peligrosa (Serie Propuesta 2)

06 — En las manos del Duque

07 — Siempre fuiste tú (Serie FBI 1)

08 — Nunca imaginé que fueras tú (Serie FBI 2)

09 — Siempre serás tú (Serie FBI 3)

10 — Te protegeré siempre (Serie FBI 4)

11 — La seducción del Highlander

12 — ¡No lo hagas! La organizadora de bodas

13 — Para mi desgracia, mi jefe

14 — Todo por sentir

15 — Toda una vida

16 — Un lugar para refugiarse

17 — No callaré para siempre

18 — Cambiaste mi vida

19 — Sin mirar atrás

20 — Mi lugar eres tú (Relato navideño)

21 — Prometo no amarte hasta que el pacto nos separe

22 — Cupido. ¡La madre que te parió!

23 — Lo que provocas en mí

24 — Un hermanastro por Navidad (Relato navideño)

25 — Tengo ganas de ti

26 — Jefe, ¡que te den!

27 — Un regalo de Navidad para ti (Relato navideño)

28 — ¡Por qué no te callas!

29 — Raven (Serie La Mansión 1)

30 — Rain (Serie La Mansión 2)

31 — Romeo (Serie La Mansión 3)

32 — Raider (Serie La Mansión 4)

33 — Un jefe por Navidad (Relato navideño)

34 — Vengo a hablar de mi jefe

35 — Improbesemos

36 — A la mierda el amor

37 — Vuelve a casa por Navidad (Relato navideño)

38 — Cupido. ¡Por qué mi Jefe!

39 — Una Lady en jeans

40 — Cupido. ¡Por qué mi hermanastro!

41 — El amor es ciego

42 — Sí, ¿quiero?

43 — Trato hecho (Serie Tentación 1)

44 — He pecado (Serie Tentación 2)

Recopilaciones

— Serie Propuesta
— Serie FBI
— Serie La Mansión